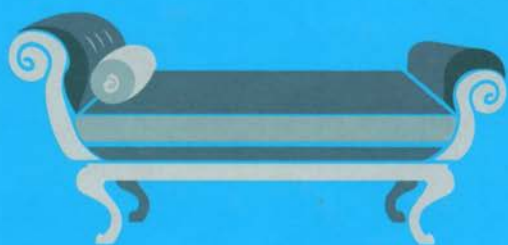


COMPRENDE  
LA PSICOLOGÍA



S I G M U N D  
**FREUD**

---

El fundador del psicoanálisis

SALVAT

DIGITALIZADO POR

**QS<sup>®</sup>** Colecciones

Título original: *Capire la psicologia*

© 2016, Hachette Fascicoli s.r.l., edición original

© 2017, Editorial Salvat, S.L., presente edición

Editorial Salvat, S.L.

C/Amigó, 11, 5ª planta

08021 Barcelona, España

El material gráfico utilizado en esta obra es de dominio público

Textos: Anna Giardini, Ilaria Baiardini, Barbara Cacciola, Marina Maffoni,

Laura Ranzini, Francesca Sicuro

Revisión original: Marco Barbieri

Diseño: Studio Dispari

Traducción: Javier Lorente

Realización editorial: Ormobook, Servicios Editoriales

ISBN Colección: 978-84-471-3172-3

ISBN Tomo: 978-84-471-3173-0

Depósito legal: B 25048-2016

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

La norma del editor es utilizar papeles fabricados con fibras naturales, renovables y reciclables a partir de maderas procedentes de bosques que se acogen a un sistema de explotación sostenible.

El editor espera de sus proveedores de papel que gestionen correctamente sus demandas con el certificado medioambiental reconocido.



# ÍNDICE

Introducción	5
--------------	---

## LA VIDA Y LA ÉPOCA

Cronología	8
La vida	11
La época	27

## LA IMPORTANCIA DE FREUD Y SU MÉTODO

El método freudiano	37
---------------------	----

## EL PENSAMIENTO

La teoría general de la psique	67
El principio de placer y el principio de realidad	79
Lapsus y actos fallidos	85
Pulsiones, angustia y defensas	93

El desarrollo de la sexualidad y el complejo de Edipo	105
Civilización, colectividad y arte	121
Luces y sombras de su legado	129
Lecturas recomendadas	135
Bibliografía	137
Comité científico	141

# INTRODUCCIÓN

Han pasado más de cien años desde que Freud comenzase a publicar sus obras, unos libros que han cambiado la historia del pensamiento sobre el funcionamiento del ser humano.

Freud representa en la psicología un papel análogo al de Einstein en la física. Leerlo hoy quizá parezca anacrónico, aun cuando todos los que han venido después han pensado y escrito, siguiendo o enfrentándose a sus análisis e incluso los psicólogos teóricos contemporáneos, a pesar de que no se refieran directamente a sus trabajos, pueden considerarse sus herederos. Conviene tenerlo en cuenta.

Irma, Dora, Elisabeth von R. o Hans se han convertido en pacientes célebres en todo el mundo y han espoleado el pensamiento y la imaginación de un gran número de futuros profesionales, y también de profanos.

Como puede imaginarse, los intentos por dar un significado a los sueños son muy anteriores a Freud, pero solo tras su gran esfuerzo se ha pretendido hacerlo de una manera científica y, aunque su ensayo al respecto ya pertenece a la historia, quien acometa tal tarea en la actualidad necesariamente se habrá visto influido por la obra.

No menos revolucionaria es su lectura sobre el sufrimiento psicológico: todos padecemos, en mayor o menor medida, ciertas psicopa-

tologías relacionadas con la vida cotidiana. Asimismo, el inconsciente es una parte intrínseca de nosotros y la interacción entre Ello, Yo y Superyó da lugar a comportamientos que se manifiestan a diario. Quizá su incidencia varíe —ahí radica la diferencia entre normalidad y enfermedad—, pero no hay nadie cuya psique carezca de pulsiones y mecanismos de defensa universales.

La angustia, el miedo, los deseos difíciles de expresar: nada nos es ajeno, ni siquiera lo más oscuro, y Freud tuvo la valentía de observarlos y comprender que, precisamente, vivimos gracias a su existencia. Todos experimentamos pulsiones sexuales, pulsiones de vida (Eros) y pulsiones de muerte (Tánatos): si aprendemos a sobreponernos al miedo y utilizarlo en nuestro favor, la vida nos deparará grandes sorpresas.

Sigmund Freud es el hito, el punto de partida de un viaje que recorreremos para descubrir la riqueza que puede depararnos el saber psicológico.

Tan solo necesitamos curiosidad. Curiosidad para comprender y para comprendernos.

Buen viaje.

Anna Giardini

**LA VIDA  
Y LA ÉPOCA**

## CRONOLOGÍA

HISTORIA	SIGMUND FREUD
Francisco José de Habsburgo sube al trono del Imperio austriaco.	1848
En Europa se desarrollan varias revoluciones conocidas como «la primavera de los pueblos» que ponen fin a los regímenes absolutistas impuestos tras el Congreso de Viena (1814-1815).	1848-1849
Las tropas francoespañolas conquistan la ciudad de Saigón. Comienza la colonización francesa de Indochina.	1856
	6 de mayo: nace Sigmund Freud.
	1859
	1860
	La familia Freud se traslada a Viena.
Abraham Lincoln asume la presidencia de Estados Unidos y, en Europa, Víctor Manuel II se convierte en el primer rey de la Italia unificada.	1861
Italia y Prusia firman una alianza contra el Imperio austriaco.	1866
Austria reconoce la autonomía de Hungría y nace el Imperio austrohúngaro.	1867
Napoleón III asume la dignidad de rey de Francia. La república se convierte en una monarquía constitucional.	1870



	1873	Freud se matricula en la Facultad de Medicina, aunque no abandona su interés por la filosofía.
	1881	Freud se licencia.
	1886	Freud trabaja en París con Jean-Martin Charcot. A su regreso a Viena, contrae matrimonio con Martha Bernays.
Se inaugura la Exposición Internacional de París, así como su mayor atracción: la Torre Eiffel.	1889	
	1895	Freud publica, con Josef Breuer, <i>Estudios sobre la histeria</i> .
España y Estados Unidos firman el Tratado de París, que pone fin a la Guerra de Cuba y por el que se ceden los territorios de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. El Imperio español llega a su fin.	1898	
	1900	<i>La interpretación de los sueños</i> .
	1901	<i>Psicopatología de la vida cotidiana</i> . Primer viaje de Freud a Roma, a la que regresará en diversas ocasiones.
	1905	<i>Tres ensayos sobre teoría sexual</i> .
	1908	Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis.
	1909	Viaje a Estados Unidos para dictar un ciclo de conferencias en la Clark University.
	1910	Fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

José Ortega y Gasset publica en el periódico <i>La lectura</i> un largo artículo, dividido en tres partes, titulado «Psicoanálisis, una ciencia problemática». Se trata de la primera noticia que se tiene de las investigaciones de Freud y Breuer en España.	1911	
	1913	<i>Tótem y tabú.</i>
Estalla la Primera Guerra Mundial.	1914	
Batallas del Somme y de Verdún.	1916	
Lenin da el golpe de Estado que pone fin a la monarquía zarista.	1917	
Fin de la guerra y disolución del Imperio austrohúngaro.	1918	
	1920	<i>Más allá del principio de placer.</i>
Mussolini toma el poder en Roma.	1922	
	1923	<i>El yo y el ello.</i> Primera manifestación del cáncer de mandíbula.
	1927	<i>El porvenir de una ilusión.</i>
Se hunde la Bolsa de Wall Street. Se inicia la crisis económica.	1929	
	1930	<i>El malestar en la cultura.</i>
Hitler alcanza el poder en Alemania.	1933	
Alemania se anexiona Austria ( <i>Anschluss</i> ).	1938	Freud huye a Londres.
El 1 de septiembre, estalla la Segunda Guerra Mundial.	1939	Freud fallece el 23 de septiembre.

# LA VIDA

## PRIMEROS AÑOS

Sigismund Schlomo Freud nació el 6 de mayo de 1856 en la localidad de Freiberg in Mähren (hoy Příbor, en la República Checa), situada en el corazón de Moravia, una región del Imperio austriaco a la que su familia —dedicada al comercio— se había trasladado. El padre, Jakob, de carácter débil y acomodaticio, se había casado en dos ocasiones anteriores y, al contraer matrimonio por tercera vez, contaba ya con dos hijos, Emanuel y Philipp. La situación resultó algo peculiar, ya que su nueva esposa, Amalia Nathanson, era más joven que el primogénito.

De acuerdo con la costumbre judía, el nacimiento de Sigismund y su posterior circuncisión quedó anotado en el libro de registro familiar. Sin embargo, su niñez no estuvo marcada por una rígida observancia de la ley mosaica. Su familia, muy numerosa, no se mostraba demasiado apegada a las tradiciones y el joven Sigismund creció bastante al margen de las creencias de sus antepasados. Para Freud, quien no dudó en declararse ateo y contrario a cualquier religión, el judaísmo fue ante todo un acervo cultural al que se sentía ligado y no un culto con sus ritos y obligaciones.

Sigmund Freud con su padre



Diversos reveses económicos obligaron a la familia a trasladarse a Leipzig, primero, y a Viena, después. Transcurrieron varios años antes de que Sigismund y sus hermanos—Julius, Anna, Regina, Marie, Esther, Pauline y Alexander—disfrutasen de una cierta estabilidad. No fue una infancia fácil. En una obra de 1899, *Sobre los recuerdos encubridores*, la describe como un periodo duro e insignificante, marcado por las estrecheces económicas.

En el Freud adolescente se mezclan el poco apego a Viena, un fuerte deseo de promoción social, el hastío por las continuas ofensas que sufre a causa de sus

orígenes judíos y una gran confianza en sus capacidades intelectuales, alentada por sus padres, convencidos del talento de su hijo. En casa, el joven llega a imponerse a sus cinco hermanas y a su hermano menor hasta el punto de dirigir sus estudios y lograr que se cancelasen unas clases de piano que perturbaban su lectura sin que nadie le llamase la atención. La situación en la escuela era muy distinta, ya que debió vérselas con unos profesores a los que consideraba mediocres. No cabe duda de que fue un estudiante modélico, entusiasta de la cultura antigua y muy dotado para las lenguas: además del francés, el inglés y el italiano, dominó el griego y el latín, y aprendió el español de manera autodidacta. Aquellos fueron años de grandes lecturas y de apasionados idilios, aunque su timidez siempre le impidió declararse.

## LOS ESTUDIOS Y EL MUNDO DEL TRABAJO

Tras haber considerado la posibilidad de cursar derecho movido por su interés por los problemas sociales, Freud optó por medicina. Tal como cuenta en sus memorias, se sintió atraído por la disciplina al reflexionar sobre algunos fragmentos de Goethe. De manera en absolu-



to premeditada, decidió dedicarse al estudio de la naturaleza como si de una misión vital se tratase. Por aquel entonces, dejó de firmar con su nombre completo en favor de la forma abreviada, Sigmund. La investigación y la lectura ocupaban todo su tiempo. Se adentró con pasión en la obra del filósofo Ludwig Feuerbach, uno de sus favoritos. Sus meditaciones sobre la realidad; su lucha contra los prejuicios, las creencias y la superstición; y su actitud crítica hacia la religión fascinaron al joven estudiante. Con todo, sus querencias eran mucho más amplias. Solía leer a autores como Aristóteles, el pedagogo alemán Jean Paul o el filósofo y economista inglés John Stuart Mill, de quien llegó a traducir algunos ensayos. También comenzó a asistir a las clases del filósofo Franz Brentano, defensor de Darwin y gran conocedor de la psicología y del pensamiento aristotélico.

Al parecer, el estudio del sistema nervioso le atrajo poderosamente, aunque se interesó más por la observación de ciertos fenómenos que por la experimentación en sentido estricto. Siguió con pasión los cursos del fisiólogo Ernst Brücke, en el que vio una suerte de figura paterna, y se codeó con sus alumnos y colaboradores, en especial con Josef Breuer, muy interesado por la fisiopatología, y que, en poco tiempo, se convirtió en otro de sus referentes, hasta el punto de garantizarle apoyo profesional e incluso económico después de que Jakob, el padre de Freud, sufriese un grave revés tras la quiebra de la Bolsa en 1873.

## LA FAMILIA Y LAS PRIMERAS TEORÍAS

Su licenciatura, obtenida en 1881, no cambió mucho su vida ni tampoco mejoró sus ingresos. Poco después de que Brücke lo convenciese para que se dedicase de manera exclusiva a la medicina, comenzó a trabajar como ayudante en el Hospital General de Viena, donde pasó por varios departamentos hasta conocer al neurólogo Hermann Nothnagel y, sobre todo, al neuropsiquiatra Theodor Meynert, quien supo reconocer su valía frente a otros aspirantes menos dotados y le permitió proseguir su carrera profesional. En 1884, un tanto desazonado por su experiencia laboral, inició una investigación sobre los

efectos de la cocaína y, pese a que llegó a publicar un artículo al respecto, vio cómo otro colega se le adelantaba. El oculista Karl Koller había experimentado el fármaco con cobayas y realizó una contribución significativa a la cirugía oftálmica utilizando este producto como anestésico local. Por si fuera poco, su estudio recibió críticas muy severas, ya que Freud había prestado poca importancia a los efectos colaterales de la droga. Decepcionado, se refugió en los libros. El joven médico gastaba todo cuanto ganaba en formar una nutrida biblioteca en la que no faltaban obras de Cervantes, Shakespeare, Schiller, Molière, Goethe o Nietzsche.

Con todo, si bien su profesión no le deparaba demasiadas satisfacciones, el amor se presentó de manera inesperada. En 1882 conoció a una joven judía de buena familia, Martha Bernays, de la que se prendó apasionadamente, casi de una manera novelesca. El noviazgo fue breve y los esponsales se celebraron al cabo de muy poco tiempo, no sin la oposición de la familia de la novia, que consideraba a Freud un pobre diablo sin apenas prestigio. Por desgracia, la precariedad económica los obligó a posponer la boda. No sin

Retrato de familia [1876]



ironía, Freud, citando a Schiller, le comentó a su futura esposa que su relación estaba marcada por «el hambre y el amor».

Pese al revés sufrido tras sus trabajos sobre la cocaína y el desencanto que le producía el trato con ciertos colegas que entorpecían su carrera profesional, Freud prosiguió con sus tareas hasta que, gracias a una recomendación de Brücke,



obtuvo una beca para ampliar sus estudios en París, a donde llegó en otoño de 1885.

Si bien en un primer momento se dedicó a la investigación anatómica en el hospital de La Salpêtrière, muy pronto se interesó por los avances que Jean-Martin Charcot estaba realizando en el tratamiento de la histeria. Sus clases prácticas lo familiarizaron con una manera completamente desconocida de considerar los trastornos psiquiátricos y, sobre todo, le mostraron las posibilidades terapéuticas de la hipnosis, que el médico francés empleaba con gran éxito.

Sigmund Freud (1885)

Los seis meses en la capital francesa pasaron con demasiada rapidez. En la primavera de 1886, se encontraba de nuevo en Viena. En el periódico *Neue Freie Presse* apareció un pequeño anuncio: «El doctor Sigmund Freud, profesor de enfermedades nerviosas en la universidad, ha regresado de su viaje de estudios y abre su consulta en el número 7 de la Rathausstrasse, distrito I, de 13:00 a 14:30». Gracias a los



primeros pacientes y a la reanudación de la actividad hospitalaria, así como a la ayuda económica de algunos amigos y colegas, además de los regalos paternos y la dote de la novia, pudo disponer del dinero suficiente para desposar, al cabo de cuatro años de matrimonio, a su amada Martha.

La felicidad por la boda se vio turbada por la ley austriaca, que imponía a los contrayentes una celebración religiosa, algo que molestó notablemente a Freud. Un año después, se comunicó a los familiares el nacimiento de la primera hija, Mathilde —el mismo nombre que la esposa de Breuer. Con el paso de los años, la pareja tuvo otros cinco vástagos: Jean-Martin, como Charcot; Oliver, en homenaje a Cromwell; Ernst, en honor a Brücke; Sophie, como la sobrina de su

profesor; y, por último, Anna, como la hija de este, la única que, en el futuro, se interesaría por el psicoanálisis.

En la universidad, Freud conoció al médico Wilhelm Fliess, recién llegado de Berlín. Poco después entablaron una amistad que duró casi veinte años y que dejó un centenar de cartas. Freud encontró en Fliess un interlocutor comprensivo al que plantearle dudas, reflexiones e ilusiones. Cuanto más aislado se sentía en el campo médico, más se confiaba a su amigo. La colaboración con el doctor Breuer parecía dar resultados excelentes, sobre todo por lo que respectaba al uso terapéutico de la hipnosis. De hecho, habían probado algunas variantes de los procedimientos que se habían utilizado hasta entonces y, a comienzos de 1893, presentaron sus conclusiones a la Sociedad Médica Viena. Los éxitos obtenidos los animaron a proseguir sus investigaciones y ambos escribieron los *Estudios sobre la histeria* (1895), en los que se recogían los casos clínicos más interesantes, como el de Anna O. Sin embargo, ni la opinión pública ni el mundo académico vieron los consideraron dignos de atención, hasta el punto de que el número de reseñas superó al de ejemplares vendidos (326 en trece años).

Pronto aparecieron las primeras divergencias científicas entre Freud y Breuer acerca del significado de la histeria. El futuro padre del psicoanálisis la consideraba el rechazo de algunos elementos de la realidad cotidiana y otorgaba gran importancia a la esfera sexual a la hora de determinar la naturaleza de la neurosis. Tal punto de vista suscitó no pocas dudas y perplejidades a Breuer, quien no soportaba demasiado bien las presiones ni los fracasos. Freud, por el contrario, mostró una resistencia y combatividad mayores, y se enfrascó con denuedo en los trabajos de investigación. Cuando expuso sus propias teorías sobre el origen de la histeria y estas fueron descartadas por considerarse una fábula científica carente de todo fundamento, Freud confesó a Fliess su malestar. El joven médico pasaba las noches en blanco, desarrollando teorías y nuevas formulaciones, en el apartamento de Berggasse 19, al que se había mudado la familia en 1891 y donde permaneció hasta 1938.

Freud se sentía atrapado, aislado. Al carecer de discípulos y ayudantes, optó por centrarse en el estudio de los sueños y, en especial,



el autoanálisis. Así inició una investigación sobre el paciente que más le preocupaba: él mismo. Tras abandonar las teorías iniciales sobre la seducción —según la cual, las neurosis se deberían a los recuerdos reprimidos, en un primer momento, o a las fantasías, en una fase más desarrollada, de presuntos abusos sexuales experimentados en la infancia—, se interesó por los procesos de la asociación libre y comparó su labor con la que realizan los arqueólogos, dedicados a excavar para completar y reconstruir aquello que los fragmentos parecen sugerir. La metáfora no era casual: durante toda su vida, la arqueología y el arte antiguo fueron, junto con la lectura y los cigarros, sus grandes pasiones.

## ENTRE DOS SIGLOS

La pérdida del padre, acaecida en 1896, sumió a Freud en un profundo estado de desorientación que pareció interrumpir su proceso creativo. Sin embargo, tras el duelo, profundizó en su propio análisis y comenzó a cartografiar los sueños, convencido de encontrarse ante su descubrimiento más importante.

Tal como explicó a Fleiss, sometió el borrador de la obra que había comenzado a escribir, *La interpretación de los sueños*, a un control implacable. Aunque el contenido parecía irreprochable y las ideas, muy evocadoras, no se trataba de un libro de fácil lectura, a pesar de estar escrito con un estilo sencillo e inmediato. Como rezaba la cita de Virgilio que tomó de la *Eneida* (*Flectere si nequeo superos, acheronta movebo*, «Si no puedo persuadir [a los dioses] del cielo, moveré [a los] del infierno»), asumió el desafío.

Frontispicio de *La interpretación de los sueños* (1900)



Estaba tan seguro de la importancia y la validez de sus conclusiones que pensó que ya no volvería a leer nada que se publicase acerca de los sueños. El libro apareció a finales de 1899, si bien Freud pidió al editor que, en el frontispicio, figurase el año 1900. Deseaba inaugurar una nueva centuria para la investigación científica.

Sin embargo, como era de esperar, los círculos médicos y académicos no se mostraron muy interesados por la obra, que cosechó numerosas críticas negativas. Amparándose en citas de Goethe, Shakespeare, Sófocles y Mozart, Freud argüía

que los sueños son una suerte de rompecabezas cuyo contenido inconsciente y latente dialoga con el contenido explícito de la historia en un ejercicio de traducción que debía realizarse de acuerdo con unas normas que había establecido.

Ya con el manuscrito terminado, Freud comenzó a estudiar las nuevas condiciones

de la vida psíquica. Comentó a Fliess que el texto contenía al menos 2.467 errores. El número no era casual. Cuando escribió la obra, contaba 43 años y estaba seguro de que no podría publicar más de 24 trabajos. Así, 43 más 24 dan 67 y ambos, juntos, 2.467. Las cifras que aparecen en la carta, en apariencia accidentales, serían un efecto inesperado del inconsciente.

Todo ese material se condensó en una nueva obra, aparecida en 1901: *Psicopatología de la vida cotidiana (sobre el olvido, los deslizos en el habla, el trastocar las cosas confundido, la superstición y el error)*, dedicada a todos

De izquierda a derecha: [abajo] Sigmund Freud, Sándor Ferenczi y Hanns Sachs; [arriba] Otto Rank, Karl Abraham, Max Eitingon y Ernest Jones





los fantasmas que llenan el aire, como se desprende de los versos del *Fausto* de Goethe que abren el volumen.

Freud se disponía a completar una trilogía que compendiasse la esencia de toda la teoría psicoanalítica y que desarrollaría y refinaría en trabajos posteriores. En 1905 apareció *El chiste y su relación con el inconsciente*. En una carta dirigida a Fleiss, confesaba que había reunido innumerables chistes tomados de la tradición judía, así como fragmentos de autores tan importantes como Rabelais, Cervantes, Molière, Twain, Kant o Bergson. Para Freud, el chiste se revelaba como una herramienta para determinar lo que yace oculto de manera subconsciente y que se libera mediante la risa. El psicoanálisis se había convertido en la ciencia del alma; una disciplina rigurosa con la que explorar el inconsciente y su lógica.

El siglo xx inició su andadura con algunos acontecimientos significativos en su vida personal y profesional. Desde su niñez, Freud se había sentido fascinado por la ciudad de Roma y el aura que la envuelve. Había estado varias veces en Italia, pero siempre había alguna razón que lo obligaba a aplazar la visita a la capital. Y pudo hacerlo en septiembre de 1901. La ciudad lo embrujó y lo sedujo. Según escribió, había recogido tantas impresiones que podría utilizarlas durante años y estaba decidido a volver en más ocasiones.

El hecho de que hubiese cumplido al fin un deseo largamente anhelado le permitió romper su «espléndido aislamiento», como si hubiese llegado el momento del cambio. En 1902, gracias a las gestiones de la baronesa Von Ferstel, obtuvo una plaza de profesor asociado en la Universidad de Viena, después de que su petición hubiese sido rechazada en repetidas ocasiones. Aquel mismo año, un grupo de jóvenes médicos le pidió que pudieran reunirse periódicamente para discutir casos médicos y mantener sus conocimientos al día. Así nacieron las llamadas *veladas psicológicas de los miércoles*, a las que asistieron seguidores y estudiantes entre los que figuraban Alfred Adler, Wilhelm Stekel o Carl Gustav Jung, quienes en 1908 crearon la Sociedad Psicoanalítica Vienesa. Por aquel entonces comenzó a enfriarse su relación con Fliess, que acabaría en 1904 tras diversos malentendidos y reproches mutuos.

En 1906, Freud cumplió cincuenta años. Su vida cotidiana transcurría con un ritualismo complaciente. Todo se desarrollaba de acuerdo con un programa muy preciso. Se despertaba a las siete, pasaba consulta desde las ocho hasta el mediodía, comía a la una en punto con el resto de la familia... Por la tarde daba un paseo, adquiría algún cigarro si lo estimaba oportuno y proseguía con las visitas desde las tres hasta las nueve. Tras la cena jugaba una partida de cartas o se dejaba caer por algún café. Luego, investigaba o escribía hasta la una, momento en que se iba a dormir. El sábado, daba clases en la universidad de cinco a siete y, posteriormente, rendía su visita semanal a su amigo Leopold Königstein para la habitual partida de cartas. Las vacaciones de verano transcurrían con la misma regularidad. Freud las programaba con mucha anticipación. Escogía una localidad de montaña en Baviera o Austria, y se desplazaba hasta allí con su mujer, los hijos y la cuñada. Pasaba los días dedicándose a la pesca o a las excursiones. A finales de agosto, se permitía un viaje con su hermano Alexander, quizá a Italia o Atenas —como ocurrió en 1904. Tal era la vida apacible de una familia de la alta burguesía vienesa.

Además de las críticas habituales, que continuaban siendo despiadadas e incluso feroces, comenzaban a menudear los reconocimientos, provenientes incluso del extranjero. En 1908 se celebró en Salzburgo el primer Congreso Internacional de Psicoanálisis, que reunió a 42 participantes de seis países distintos (Austria, Reino Unido, Alemania, Hungría, Suiza y Estados Unidos). Al año siguiente, Freud recibió una invitación de la Clark University, en Worcester (Massachusetts), que le concedió el doctorado *honoris causa* en derecho y donde dictó las *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, en las que compendia sus actividades y descubrimientos.

## EL ÉXITO DEL PSICOANÁLISIS Y LA GUERRA

Tras su éxito en el otro lado del Atlántico, Freud acometió la difícil tarea de organizar y profundizar en lo obtenido tras casi veinte años de investigaciones. La creación de la Asociación Psicoanalítica Inter-



nacional a raíz del segundo congreso, celebrado en aquella ocasión en Núremberg, confirmó la popularidad internacional de la nueva disciplina. La presidencia de la recién nacida organización recayó en el joven médico suizo

Carl Gustav Jung, al que todos reconocían como el principal discípulo de Freud y su más probable sucesor.

Jung había conocido a Freud en 1907 tras un intenso intercambio epistolar y no tardó en convertirse en su más directo colaborador. Sin embargo, el brillante joven, en el que Freud depositó todas sus expectativas y esperanzas, emprendió muy

pronto una línea de investigación propia que lo alejó bastante de las conclusiones del maestro, hasta el punto de provocar un abismo insalvable entre los dos a causa de su disparidad en las interpretaciones de la sexualidad y del inconsciente. Las últimas cartas de aquella relación que había durado entre 1906 y 1913 muestran un cruce de acusaciones despiadado: Jung culpaba a Freud de ser un padre severo que esclavizaba a sus propios hijos y este le pidió que cesasen todo contacto, ya que lo único que quedaba entre ambos era una profunda desilusión. Jung abandonó la presidencia de la Asociación y, junto con los demás socios suizos, se dio de baja y rompió toda relación con su antiguo maestro.

Hubo, no obstante, otros discípulos que mantuvieron un contacto más estrecho. En 1912, el británico Ernest Jones, quien lo había conocido en el primer Congreso de Salzburgo, decidió crear una suerte de

De izquierda a derecha: [abajo] Sigmund Freud, Stanley Hall y C. G. Jung; [arriba] Abraham A. Brill, Ernest Jones y Sándor Ferenczi



comité secreto que se encargase de defender las teorías psicoanalíticas y favoreciese la profundización de las conclusiones de Freud así como el desarrollo de nuevas investigaciones que siguiesen su misma línea.

Sea como fuere, la producción freudiana proseguía. En 1913 apareció otra de sus obras fundamentales, *Tótem y tabú*, en la que, a través de la religión y la antropología, se asiste a la sistematización definitiva de un elemento fundamental de su teoría: el mito del padre.

Poco después, y de una manera muy poco inesperada, estalló la Primera Guerra Mundial tras el asesinato del heredero del trono de Austria, el archiduque Francisco Fernando de Habsburgo. Con el paso del tiempo, Freud admitió que, al igual que sus amigos, sintió un impulso patriótico inesperado, aunque sin llegar a la exaltación belicista de otros intelectuales austriacos.

Con todo, su entusiasmo se atenuó con rapidez cuando el conflicto llamó a las puertas de su domicilio: los pacientes disminuyeron, sus amigos y colegas se fueron al frente y las veladas de los miércoles se espaciaron. Sus tres hijos parecían a salvo, ya que no se los había llamado a filas, pero no contó con la posibilidad de que se alistasen voluntarios. Cuando se firmó el armisticio, su hijo mayor, Martin, estaba preso en Italia. Freud anotaba, casi a diario, sus impresiones sobre la disolución del Imperio austrohúngaro, convencido de que, de la dinastía que había gobernado desde que había nacido, «solo quedaría estiércol». Los meses siguientes transcurrieron entre el enfrentamiento social y la precariedad económica. Los Freud sobrevivieron gracias a la ayuda de amigos y familiares en el exterior que les enviaban alimentos, ropa y otras vituallas, incluidos los cigarros, indispensables para afrontar las fatigosas horas de trabajo.

## ÚLTIMOS AÑOS Y EXILIO

La situación comenzó a estabilizarse. Freud retomó sus investigaciones y llegaron nuevos pacientes, en gran número además e incluso de otras nacionalidades, sobre todo británicos y estadounidenses —hecho que lo obligó a tomar clases de inglés. En 1919 publicó un breve



trabajo, titulado *Lo ominoso*, en el que recuperaba y desarrollaba materiales anteriores. Un año después, apareció otra de sus obras fundamentales, *Más allá del principio de placer*. En 1921 publicó *Psicología de las masas y análisis del yo*, en la que emergía la tragedia bélica apenas conclusa, y en 1923, *El yo y el ello*, en la que definía la tríada formada por el Yo, el Superyó y el Ello, y establecía sus relaciones.

Por lo que respecta al ámbito internacional, el prestigio de Freud era cada vez mayor, aunque siempre se mostró un tanto reticente. En 1920 participó en el Congreso Internacional de Psicoanálisis que se celebró en La Haya, el primero tras el conflicto y al que asistieron cerca de 150 miembros. Al mismo tiempo, aparecieron nuevas organizaciones profesionales, muchas en el extranjero, aumentó el número de inscripciones a la Asociación y se fundaron clínicas dedicadas de manera casi exclusiva a las terapias psicoanalíticas.

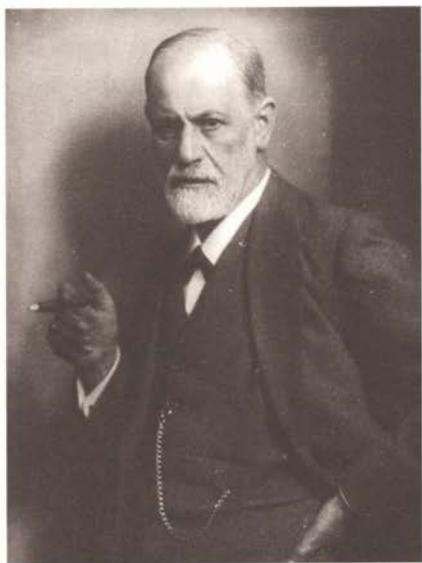
Sin embargo, la enfermedad y la muerte comienzan a acechar a Freud, que ya contaba 67 años. A principios de 1923, una molestia en la boca lo llevó a la consulta de Felix Deutsch, quien le aconsejó que dejase de fumar. Por desgracia, la extirpación del nódulo no era sencilla y menos si se tiene en cuenta que el doctor no era muy buen cirujano y se arriesgaba a que, en el caso de que algo saliese mal, el paciente muriese desangrado. De una manera un tanto extraña, nadie había informado a Freud de la gravedad real de la situación a pesar de que este era plenamente consciente del problema. Al parecer, Deutsch temía que, si le contaba a Freud lo que realmente pasaba, podría suicidarse para evitar el dolor. Sea como fuere, a lo largo de los años siguientes, Freud se sometió a casi una treintena de intervenciones menores para controlar la enfermedad. Se le implantó una prótesis que le impedía hablar y oír con naturalidad, aunque no por ello interrumpió su labor investigadora.

En 1930, la ciudad de Frankfurt le concedió el prestigioso premio Goethe, un honor —muy bien dotado económicamente— que aceptó con gusto y que reparaba en cierto modo la desazón que le produjo saber que, una vez más, se había rechazado su candidatura para el Nobel.

El verano de 1933 no deparó demasiadas esperanzas. Tras el ascenso de Hitler al poder, los nacionalsocialistas declararon que el

psicoanálisis era una ciencia judía que exaltaba los instintos animales del ser humano. Freud comentó con sarcasmo que, al menos, algo se había avanzado desde la Edad Media, ya que se habían limitado a quemar sus libros y no a él. Sin embargo, la persecución era cada vez más implacable: no cesaban de subrayarse sus orígenes judaicos, aun cuando Freud siempre se había mantenido ajeno a cualquier inclinación religiosa. Los acontecimientos lo

Sigmund Freud (1922)



obligaron a exiliarse. El 11 de marzo de 1938, cuando las tropas alemanas entraron en territorio austriaco para consumar la anexión del país al Tercer Reich, Freud se limitó a escribir dos palabras en su diario: «*Finis Austriae*». Casi en el mismo momento en que sus conciudadanos se negaron a ser independientes, afloró de nuevo la plaga del antisemitismo, esta vez de un modo fanático y violento. La población judía padeció agresiones, saqueos, humillaciones y, por imposición de las autoridades germanas, desapareció prácticamente de la vida pública. Solo el prestigio internacional garantizaba a Freud, en principio, ser víctima de las persecuciones.

Con todo, a sus 82 años, se resistía a la idea de traicionar y abandonar la ciudad donde siempre había vivido, a pesar de la insistencia de sus amigos y colaboradores. Su fiel amigo Ernest Jones contaba una anécdota nacida a raíz de su empeño por vencer sus últimas reticencias: durante el naufragio del *Titanic*, las calderas estallaron y el capitán cayó al mar. Al ser rescatado, argumentaba una y otra vez que había cumplido con sus obligaciones como oficial, ya que no había abandonado la nave, sino todo lo contrario.

Freud se dio por vencido, pero las autoridades alemanas no, sobre todo en ciertos aspectos relacionados con la economía. La Gestapo



pretendía que se saldasen unas presuntas deudas y los Freud se vieron constreñidos a pagar una tasa especial impuesta a aquellos judíos que se propusiesen cruzar las fronteras. La suma era astronómica y solo pudieron solventar el problema gracias a la intervención de la princesa María Bonaparte.

Sin embargo, Freud debía afrontar aún otra humillación más: firmó un documento por el cual declaraba no haber sufrido ningún trato vejatorio. No se amedrentó y, con un toque de ironía, añadió que se comprometía además a recomendar los servicios de la Gestapo a quien le preguntase.

El 6 de junio de 1938, Freud desembarcó en Londres en compañía de su familia. Una multitud formada por curiosos, políticos, científicos, profesores universitarios y artistas de lo más variopinto se agolpaba a la puerta de su casa para darle la bienvenida y entregarle toda clase de misivas. A comienzos de 1939, sus condiciones de salud empeoraron, el cáncer se había extendido y no podía operarse. Aun así, continuaba recibiendo a pacientes y atendiendo personalmente la correspondencia. Le quedaba el consuelo de la lectura. El último libro que leyó completo fue *La piel de zapa*, de Honoré de Balzac.

Max Schur, su médico desde 1939, viajó a Londres a finales de septiembre, poco después de que Europa se hubiese sumergido en un nuevo conflicto. Freud, ya al límite de sus fuerzas, le recordó un viejo trato y Schur cumplió con lo prometido. El 21 de aquel mes, le inyectó una dosis de morfina más alta de lo normal e hizo otro tanto al día siguiente hasta inducirle el coma.

Falleció a las tres de la madrugada del 23 de septiembre de 1939.





# LA ÉPOCA

## UN MUNDO DE CONTRADICCIONES

Los vales de la familia Strauss, los cafés, el Danubio, los cuadros dorados de Klimt o los retratos del emperador Francisco José son imágenes que suelen asociarse a la Viena de finales del siglo XIX. En ese ambiente tan deslumbrante el padre del psicoanálisis creció, estudió, trabajó, desarrolló su pensamiento y cosechó una fama a escala internacional.

Sin embargo, aquel mundo, pese a su aparente serenidad, ocultaba unas contradicciones insalvables. Desde 1848, el Imperio austriaco se hallaba bajo la égida de Francisco José I de Habsburgo, quien ocupó el trono hasta 1916. Su excepcional longevidad lo convirtió en autor y testigo involuntario del desmoronamiento de todo un mundo. Guardián vocacional del orden y la tradición, tuvo que vérselas —con éxito bastante dispar— con políticos tan hábiles y desprejuiciados como el italiano Camilo Benso, conde de Cavour, el emperador francés Napoleón III o el canciller prusiano Otto von Bismarck.

El ojo crítico de la sátira ilustra muy bien el dramatismo de la situación. Anton Menzel, uno de los pintores alemanes más importantes

del siglo XIX, dibujó una viñeta que representaba con gran eficacia el choque entre Prusia y Austria: el elefante austriaco, viejo y cansado, aunque todavía imponente, miraba con suspicacia al joven león prusiano hambriento que merodea a su alrededor, presto a abalanzarse. Y en 1866, transcurridos unos pocos meses de la Guerra austroprusiana, el león abatió al elefante. Había comenzado el declive definitivo del Imperio, convertido ya en una potencia secundaria tras las cesiones territoriales y el debilitamiento de su esfera de influencia.

Durante aquellos años de derrotas militares, Isabel de Baviera (1837-1898), más conocida como Sissi, con quien se había casado en 1854, se convirtió en un oasis de paz y felicidad para el joven emperador. Su carácter, reflexivo y timorato, no pudo resistirse a la vitalidad y la energía de su prima. La joven, con todo, hubo de hacer frente a un protocolo férreo, una suegra obsesiva y unas obligaciones

El Staatsoper, el célebre Teatro de la Ópera de Viena [1898]



que acabaron por asfixiarla. En 1857, en el transcurso de un viaje que realizó junto con su marido y su hija por las provincias italianas y húngaras del Imperio, se encontró con un frío recibimiento. La visita acabó de la peor manera imaginable, con la muerte de la pequeña Sofía en Budapest. El terrible trauma sumió a la emperatriz en

una profunda depresión que solo alivió el nacimiento, un año después, de Rodolfo, el esperado heredero.

La derrota infligida por Prusia brindó la ocasión de afrontar ciertas reformas políticas y constitucionales ya urgentes. Había que dar con el modo de que Austria disfrutase de una mayor estabilidad y,

además, satisfacer las exigencias de las diversas y distintas nacionalidades que amenazaban con desintegrar la unidad del Imperio. Tras la inmediata posguerra, Hungría, una provincia que siempre se había mostrado altiva ante Viena, presionó para obtener un mayor grado de autonomía. De manera insospechada, la emperatriz fue una de sus más decididas defensoras. Nunca ocultó sus simpatías por la causa húngara e hizo todo lo posible por influir en la política de su marido. El Compromiso firmado en 1867 instituyó la creación de dos parlamentos y dos sistemas legislativos separados para ambos países, a partir de entonces unidos solo por la figura del soberano. La creación del nuevo Imperio austrohúngaro calmó ciertas ansias, pero también acrecentó el descontento de otras minorías bajo el dominio austriaco, como la checa, la eslava o la italiana.

## ARTE Y CULTURA A FINALES DEL SIGLO XIX

Durante estos años tan intensos y comprometidos, Viena se hallaba en plena transformación. La población de la ciudad se duplicó y se derribaron las murallas medievales para dejar paso a avenidas amplias que recordaban a los bulevares parisinos. A lo largo de la nueva Ringstrasse se sucedían los palacios de la rica burguesía, los edificios administrativos y los cafés, que se convirtieron en el lugar de encuentro por excelencia de la buena sociedad, con sus usos, tiempos y costumbres, y que frecuentaban escritores, periodistas, poetas, músicos, arquitectos y pintores. Una nueva generación de artistas e intelectuales, la Jung Wien (o «Joven Viena»), aspiraba a distinguirse de sus predecesores y enfrentarse a la tradición y la cultura del pasado. Hugo von Hofmannsthal, una de sus figuras más destacadas, representaba la decadencia y el descaro de la época mediante el recurso de la máscara, convertida en la metáfora de una sociedad sumida en el sueño, la ilusión y el simulacro que intentaba afrontar la crisis mediante el encantamiento del arte y la palabra. Karl Kraus, en cambio, se enfrentó a la descomposición reinante con una ironía



cruel y despiadada que no respetaba ni al emperador ni a la nueva disciplina psicoanalítica.

Viena asimismo acogía a una gran comunidad judía a cuyos miembros se les concedió, por fin, en la década de 1870, los mismos derechos que al resto de ciudadanos. Aunque podían desempeñar con libertad cualquier profesión, no estaban bien vistos, tal como ocurrió durante la crisis económica de 1873, que tanto daño hizo a Jakob Freud y en la que se los acusó de especular abusivamente y dañar los intereses austriacos. Pese a la abierta hostilidad con que se los trataba, los judíos vieneses participaban en la vida del país y habían asumido las costumbres y la identidad germánicas, hasta el punto de acostumbrarse a vivir con los prejuicios que, ya en la década de 1930, rebrotaron con inusitada virulencia.

A Freud nunca le gustó Viena, en parte por el antisemitismo y las condiciones en las que vivía la comunidad judía. En su obra *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico* (1914), la acusa de haber entorpecido por todos los medios el desarrollo del psicoanálisis y se lamenta de la indiferencia con que lo acogieron los círculos culturales y universitarios, que nunca se lo tomaron en serio. Le molestaban no solo aquel desdén por su actividad científica, sino también la hipocresía y el estado de ánimo de la capital.

Entre los aspectos más llamativos de la época figuraba sin duda la propia concepción de la sexualidad. En una sociedad fuertemente patriarcal y machista, se había convertido en una cuestión que se trataba en privado. Las mujeres, sofocadas por vestidos incómodos que ocultaban las formas, se veían obligadas a contraer matrimonios de conveniencia. Los afectos y la sexualidad quedaban relegados a un segundo plano, y acababan dando pie a una especie de doble moral. A la castidad y la integridad públicas se contraponía, en la esfera privada, una curiosidad morbosa por el sexo.

La alta burguesía vienesa que frecuentaba los cafés y condenaba la prostitución —aunque disfrutaba de sus servicios— encontraba en el baile otros de sus pasatiempos preferidos. Durante años, la escena musical estuvo dominada por la familia Strauss. Johann Strauss padre alcanzó una gran fama gracias a sus valeses así como por la



*Marcha Radetzky*. Su hijo, del mismo nombre y conocido como «el rey del vals», compuso además diversas operetas, un género muy representativo de la época que mostraba una imagen idealizada de las diversas nacionalidades que turbaban la tranquilidad del Imperio. La crisis parecía haber desaparecido entre fiestas, mujeres, champán y las notas de la orquesta. Sin embargo, poco antes de que terminase el siglo irrumpió Gustav Mahler, un compositor casi contemporáneo de Freud y también de origen judío. Tras una carrera dispar y una conversión sospechosa al cristianismo, obtuvo el puesto de director de la Ópera de la Corte —que le habría sido vetado en el caso de que hubiese mantenido la fe hebrea—, si bien los ataques de ciertos sectores antisemitas lo obligaron a dimitir. El hecho de que su matrimonio no fuese demasiado afortunado le permitió tratar, aunque durante unas pocas horas, con el padre del psicoanálisis después de haber cancelado la cita varias veces. A su muerte, la escena musical vienesa quedó literalmente hecha trizas por el estridente Arnold Schönberg, cuyas nuevas formas escandalizaron a la alta burguesía. En 1913, una de sus audiciones despertó tal malestar en el público que pasó a la historia con el sobrenombre de *El concierto de la bofetada*.

Gustav Mahler



Las artes plásticas no iban a la zaga, gracias a las propuestas de la llamada Secesión Viena y de creadores del calibre de Gustav Klimt y Egon Schiele. El nuevo estilo del arte austriaco, equiparable al Jugendstil alemán o al Art Nouveau francés, se rebelaba contra el academicismo y la tradición. Los nuevos tiempos necesitaban nuevas artes y se creó un grupo vivo y genial que promovió el renacimiento de las formas para dar «a cada época su arte y a cada arte, su libertad».

## GUERRA, CRISIS Y DISOLUCIÓN

El brillo del oro de los cuadros de Klimt recuerda al esplendor de la sociedad austriaca de finales del siglo XIX. Un esplendor superficial que esconde problemas y tensiones muy profundas que no se resolvieron tras la firma del Compromiso de 1867. Francisco José continuaba representando el impasible respeto a la tradición y la vida en la corte seguía su ritmo antiguo y pausado, si bien muy pronto sufrió una grave conmoción: en poco más de una década, el emperador hubo de asistir al funeral de su hijo Rodolfo y, posteriormente, al de su esposa Isabel. El príncipe heredero, con un carácter tan inquieto y explosivo como el de su madre, se mostraba proclive a posiciones políticas más liberales que las de su padre. La tragedia se consumó en 1889, cuando se enamoró de la joven baronesa María Vetsera, aún menor de edad. Las razones que llevaron a Rodolfo a asesinarla y a suicidarse a continuación no están claras: quizá lo hizo para evitar la frustración que supondría el veto de la corte o tal vez hubiese alguna motivación política. Nueve años después, en 1898, el Imperio quedó

Estación de ferrocarril de Viena (1900)



conmocionado por la noticia del homicidio de Sissi en Ginebra: el anarquista italiano Luigi Lucheni la apuñaló para vengarse del sufrimiento de los más pobres. El dolor por ambas pérdidas acompañó al anciano emperador hasta el fin de sus días.

Los intentos de reforma iniciados a comienzos del siglo XX no bastaron para salvar el Imperio de la



guerra que, en 1914, conmocionó a Europa y al resto del mundo. Al inicio de las hostilidades, bajo la corona del viejo emperador se amparaban 11 nacionalidades distintas. El 28 de junio de aquel año, en Sarajevo, el joven serbio Gavrilo Princip mató con sendos disparos al archiduque Francisco Fernando, nieto de Francisco José, y a su mujer, Sofía. La tragedia elevó hasta lo insoportable las tensiones que agitaban el Imperio y, en especial, la región de los Balcanes. Austria declaró la guerra a Serbia, que se negaba a perseguir al responsable del delito. En un primer momento se pensó que se trataría de un conflicto breve y muy localizado, pensado para pacificar el área, mientras el emperador confiaba en que Dios y su pueblo comprenderían los sacrificios que estaban por venir.

Sin embargo, una cadena de alianzas y pactos secretos acabó por desencadenar lo que se convertiría en la Primera Guerra Mundial. Francisco José no sobrevivió al conflicto. Falleció a los 86 años, tras 68 de reinado, el 21 de noviembre de 1916. En su tumba, situada en el convento vienés de los capuchinos, donde desde siglos atrás descansan los Habsburgo, no solo yace su cuerpo, sino el Imperio austrohúngaro.

Le sucedió en el trono Carlos I, su bisnieto, que intentó en vano resolver el conflicto de manera pacífica. Tras la conferencia de paz de París, el Imperio quedó dismantelado: algunas regiones pasaron a otros países, como Italia, y otras adquirieron la independencia. Austria se convirtió en una pequeña república, con una capital *roja*, muy pendiente de cuanto ocurría en Rusia, y un campo muy apegado a los valores religiosos y tradicionales. Hubo que pagar un precio altísimo: casi dos millones de muertos y cuatro de heridos. Entre los prisioneros de guerra se encontraba uno de los hijos de Freud. El padre del psicoanálisis contempló impertérrito el fin del mundo en el que había crecido y, tal como reconoció más tarde, no derramó ni una lágrima por la vieja Austria.

En la nueva Europa, la república austriaca se vio sumida en un periodo de agitación social y política que se agravaría con la terrible crisis económica de 1929. Al igual que en Italia, donde Benito Mussolini tomó el poder en 1922, y en Alemania, donde Hitler hizo otro tanto en 1933, Austria se vio sumida en una dictadura. En 1932,

Engelbert Dollfuss creó un gobierno nacionalista próximo al fascismo italiano que disolvió los partidos políticos y limitó las libertades y los derechos civiles.

En 1934, la situación se hizo insoportable: Alemania intentó invadir el país, Dollfuss fue asesinado y el régimen autoritario se fortaleció. Cuatro años después, se resolvió con éxito el nuevo intento de anexión por parte de Hitler. Había terminado la independencia austríaca. El *Anschluss* coincidió con el viaje de Freud al Reino Unido para escapar de la persecución de los nazis contra los judíos.

El viejo Imperio austrohúngaro no sobrevivió a la guerra y la joven república tampoco pudo hacer frente a los grandes cambios que se dieron en las décadas de 1920 y 1930. El público de entreguerras se distraía con novelitas que evocaban el esplendor de la Viena de los últimos años del siglo anterior, si bien hubo escritores que optaron por describir la crisis de manera despiadada. Con una ironía feroz y vehemente, Robert Musil evoca, en su novela inconclusa *El hombre sin atributos*, el viejo mundo y su presunta placidez. Joseph Roth, de origen judío y —al igual que Freud, exilado—, representó a la perfección el dolor, la tristeza y la desesperación que siguió a la disolución de la Austria de los Habsburgo. Junto con Francisco José se desvaneció todo valor y toda seguridad. Y Roth lo cuenta sin nostalgia, aunque con la impresión de que aquel mundo ya no era posible. Una de sus obras más conocidas, *La cripta de los capuchinos*, termina, de manera emblemática, con la imagen del protagonista refugiándose cerca de la tumba de Francisco José al enterarse de la llegada de los nazis. Sin duda, aquel mundo había llegado a su fin.



# **LA IMPORTANCIA DE FREUD Y SU MÉTODO**



# EL MÉTODO FREUDIANO

## EN EL DIVÁN

El paciente que entraba en el estudio de Freud quedaba impresionado tanto por la cantidad y la variedad de objetos que había como su aparente desorden: las dos habitaciones, una en la que el doctor recibía y otra en la que se dedicaba a sus investigaciones, están sobrecargadas. Los estantes se doblaban bajo el peso de los libros, las paredes estaban cuajadas de pinturas y fotografías, había por doquier copias de bajorrelieves y hallazgos arqueológicos, así como esculturas que invadían el escritorio y el resto del mobiliario. Su pasión por la Antigüedad era tan fuerte como la que sentía por los libros y los cigarros. Había quien tenía la impresión de entrar en algo parecido a un museo o un templo.

Y luego, frente a la mesa, el diván.

El célebre diván de Freud. Donado por un paciente en 1890, estaba colocado contra una pared, cubierto de almohadas y alfombras orientales. Aunque la foto de Freud, cigarro en mano y con la vista fija en el observador, se ha convertido en un icono, no es menos cierto que el diván se ha hecho un hueco en la imaginación popular hasta convertirse en el objeto paradigmático del psicoanálisis. Cuando el

paciente se tendía, Freud se colocaba detrás, sentado en una cómoda silla tapizada en verde: «Y como, mientras escucho, yo mismo me abandono al decurso de mis pensamientos inconscientes, no quiero que mis gestos ofrezcan al paciente material para sus interpretaciones o lo influyan en sus comunicaciones» (*Sobre la iniciación al tratamiento. Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis*, 1913).

El trabajo ya puede comenzar. Los estudios sobre la histeria que realizó con Charcot y Breuer le permitieron avanzar en la hipótesis de que los síntomas histéricos poseen un significado oculto. Los síntomas, de hecho, parecen cesar tan pronto como el paciente, bajo hipnosis,

recuerda un trauma olvidado. Al narrarlo, revive lo ocurrido, experimenta ciertas emociones relacionadas con su memoria y se libera en cierto modo de la carga emocional que arrastraba. La hipnosis, sin embargo, se mostró muy pronto como una solución paliativa: alivia los síntomas, pero no puede eliminarlos por completo. El trauma persiste y el paciente no puede dominarlo ni, evidentemente, curarse. Freud, tras diversas pruebas, adoptó una técnica distinta para el tratamiento de

## HISTERIA

Término utilizado en la psiquiatría del siglo XIX para referirse a problemas psicopatológicos de índole neurótica que solían padecer pacientes femeninos. La palabra procede del griego *hysteron* («útero»), ya que en la antigua Grecia se consideraba que este sufrimiento psicológico femenino podría deberse a un desplazamiento uterino.

las enfermedades mentales.

La solución parecía ocultarse en el comportamiento de algunos pacientes. Freud, en algunas cartas, los define como «sus instructores» y señala que los secretos de sus adinerados pacientes vieneses son, en la mayor parte de casos, «de alcoba»: los conflictos y las tensiones sexuales, ignoradas por quienes los padecen, se escondían tras síntomas muy dispares. Freud los invitaba a recordar las circunstancias en las que estos habían aparecido, a que le contasen de forma espontánea sueños y pensamientos, sin seguir ningún orden aparente. En una ocasión,



Emmy von N. lo reprendió por haber interrumpido el libre flujo de sus pensamientos con sus preguntas. Freud entendió que era mejor aprovechar las palabras incontroladas de los pacientes y rastrear su huella en sus recuerdos e inquietudes. Asimismo, y de manera paralela, se sirvió del autoanálisis para enfrentarse a su paciente más difícil —él mismo— y comenzó a tomar nota de sus sueños. Su experiencia entre 1892 y 1898 le permitió abandonar la práctica de la hipnosis y experimentar el método de la asociación libre, la «curación mediante la palabra». Como reconoció posteriormente, el método resultaba bastante agreste, casi primitivo, pero le permitió descubrir y poner a prueba los conceptos básicos de su propia disciplina. El psicoanálisis nació y dio sus primeros pasos a partir de este «arte de la escucha».

## ¿QUÉ ES LA ASOCIACIÓN LIBRE DE IDEAS?

El término alemán *Freie Einfälle*, que en este caso se traduce como *asociación libre*, podría definirse como el flujo de ideas que vienen a la mente de manera repentina y espontánea, sin que sea preciso realizar un esfuerzo de concentración. Freud pedía a sus pacientes que, a partir de un elemento dado (una palabra, un número, una imagen onírica) o sin ninguna razón aparente, le explicasen todo cuanto se les ocurría: pensamientos, fantasías, sueños, emociones... Se creaba así un flujo libre, sin filtrar, en el que ningún elemento quedaba de lado por muy ofensivo, absurdo, trivial o embarazoso que resultase. Durante esta fase, el paciente debía encontrarse lo más relajado posible —Freud se colocaba en una posición en que su interlocutor no pudiera verle la cara— y abandonar cualquier mecanismo de control o selección de ideas. Había de ser sincero y el analista debía evitar cualquier enjuiciamiento.

Para Freud, aquellas sesiones le brindaban la oportunidad de librarse de la presencia incómoda de Breuer. Cuanto más avanzaba en sus estudios, más se convencía de que la hipnosis era, antes que una práctica médica, una suerte de atracción circense: al descartarla como algo absurdo e inútil, se desentendía también de su colega.

Esta concepción presupone que el paciente, al dejar que su mente vague en libertad, elude la censura —particularmente activa durante el día— y reduce la presión sobre las defensas que impide que emerjan los contenidos inconscientes. Freud comparaba tal actividad con las excavaciones arqueológicas que sacaban a la luz una ciudad enterrada. Los restos olvidados se abren paso tras la arena que los cubre y los oculta, y que durante mucho tiempo ha engañado al observador desprevenido. Evidentemente, las cadenas de asociaciones no guardan una relación estricta con esos vestigios, pero aportarán ciertas pistas para detectar aquello que se mantiene censurado. Con todo, no existe ninguna certeza de que tales asociaciones sean libres. Quizá su falta de ilación sea aparente. A decir verdad, las necesidades terapéuticas del paciente, así como su conciencia de que se ha sometido a un tratamiento bajo la guía experta del terapeuta, permiten orientar esas

## CENSURA

Mecanismo que impide el acceso a esos deseos inconscientes que se consideran inaceptables por la moral propia o compartida. Freud considera que se muestra muy activa durante la fase de vigilia para evitar que tales pulsiones afloren a la conciencia. Sin embargo, durante el sueño, su control se debilita y el deseo emerge en forma de imágenes oníricas.

asociaciones para que cobren sentido. De este modo, el analista puede identificar aquellos elementos de la historia con la que restaurar, tras un meditado trabajo de interpretación, la causa de los síntomas de una manera similar a como un arqueólogo, en su excavación, identifica fragmentos, estudia su forma e intenta reconstruir el objeto exhumado. Aunque Freud nos recuerda que algunos de sus primeros pacientes se negaban a admitir el origen sexual de su histeria —posiblemente dominados por la moji-

gatería imperante en la sociedad vienesa—, el análisis permite que el paciente tome conciencia de las razones de su enfermedad y llevar a cabo un proceso encaminado a procurar la desaparición de los sínto-



mas y restituir la continuidad psíquica antes de que se impusieran sus necesidades defensivas y dieran lugar a las neurosis.

## COMPROMISOS Y RESISTENCIAS

En el caso de que el terapeuta note que el paciente es incapaz de dejarse ir y no le cuenta todo cuanto le viene a la mente, se hallará ante una resistencia y un mecanismo defensivo que va mucho más allá de la censura, ya que muy probablemente se estarán desarrollando a un nivel inconsciente.

La resistencia es un principio fundamental de la teoría freudiana. En el ámbito clínico, el término se refiere a la tendencia de ciertas personas a mantener la misma situación emocional que causa su sufrimiento y, por lo tanto, a oponerse a los intentos necesarios para efectuar el cambio. Si quisiéramos simplificar el concepto, la resistencia sería una especie de barrera entre las fuerzas que tienden a la curación y el bienestar, y las que obstaculizan la mejora. La reflexión de Freud sobre la resistencia nace de su experiencia como terapeuta. De sus muchas lecturas, recordaba con cariño un pasaje del filósofo Friedrich Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*:

### NEUROSIS

Conjunto de trastornos psíquicos asociados al sufrimiento psicológico y originados por conflictos inconscientes. Según la teoría freudiana, se fundamentan en un conflicto no resuelto relacionado con la esfera sexual.

*del mal*: «“Yo he hecho eso”, dice mi memoria. “Yo no puedo haber hecho eso”, dice mi orgullo y permanece inflexible. Al final la memoria cede». Durante sus sesiones, sentado tras el paciente, reconoce como legítimos esos intentos por resistirse al tratamiento y acuña el término. La práctica y la investigación le permitieron definir mejor el concepto y distinguir entre dos fenómenos distintos. El primero se manifiesta mediante una obstrucción mientras discurren las asocia-

ciones libres: el paciente se bloquea, no sabe qué decir y manifiesta que no se le ocurre nada más. El segundo, con el que Freud hubo de vérselas en muchas ocasiones, se produce cuando se repite una forma de relación con una persona muy significativa para el paciente y la superpone a la que mantiene con el terapeuta o con otra persona. Emerge así una manera de comportarse y relacionarse con el pasado en la que se soslaya el hecho de que la persona con la que se mantiene esa relación en el presente es muy distinta.

El proceso terapéutico depende en gran medida del grado de comprensión que se tenga de esas resistencias y, sobre todo, del hecho de que la persona se dé cuenta de su existencia. Ya en sus primeros escritos sobre la técnica psicoterapéutica, Freud señalaba que este mecanismo ejerce una fuerza muy poderosa que acompaña al tratamiento en cada fase. Los pacientes ponen en marcha estas estratagemas para defenderse de la intrusión del terapeuta, como si prefiriesen sufrir en lugar de recordar y aceptar ciertas verdades que resultan embarazosas y, sobre todo, muy dolorosas. El ardid adopta muchas formas, como:

- ✓ La *represión*, que impide que esos deseos, pensamientos y emociones afloren a la conciencia a fin de evitar la ansiedad y la angustia que originan;
- ✓ La *resistencia del ello*, mediante una tendencia inconsciente a repetir, en las relaciones adultas, mecanismos, patrones y comportamientos que son una expresión de los impulsos y sufrimientos infantiles;
- ✓ La *resistencia de transferencia*, que conduce a la *repetición compulsiva* de relaciones y conflictos pasados;
- ✓ La *resistencia a los beneficios secundarios*, vinculada a lo que esos síntomas deparan al paciente (más atención de los suyos, una excusa en la que ampararse para evitar compromisos o situaciones no deseadas, etc.);



- ✓ La *resistencia del superyó*, determinado por la culpa («mis sufrimientos son las consecuencias de mis errores») y la necesidad masoquista de ser castigado («no merezco sentirme bien»), que dificultan el progreso terapéutico que aliviarían sus cuitas.

Tras esta larga lista se ocultan trucos y subterfugios que tal vez parezcan inofensivos pero que el terapeuta debe reconocer de inmediato. Por ejemplo, el hecho de llegar tarde o de no presentarse a una cita puede considerarse un típico caso de resistencia. También lo son olvidarse de las interpretaciones del terapeuta, mantenerse en silencio durante las sesiones, dejar de abonar la minuta, bostezar, mostrar una hostilidad repentina con el analista o desinteresarse de la terapia. Al principio, Freud pensaba que podía superar este obstáculo explicando al paciente, de manera comprensiva, pero insistente, la naturaleza y el significado de la resistencia. Sin embargo, no tardó en desechar la idea e incluso se convenció de que era perjudicial. A partir de entonces, contempló el problema desde un ángulo distinto: como una consecuencia de la historia médica de la persona, un síntoma de lo eliminado y, por lo tanto, «el mayor obstáculo para el trabajo terapéutico». El proceso de análisis tenía como objetivo descubrir, paso a paso, toda resistencia, dismantlarla, averiguar qué está protegiendo y superar la barrera que supone.

Desde este punto de vista, el método freudiano se centra, en gran medida, en la comprensión de esos mecanismos de resistencia. Y léase bien: *comprensión*, no *ataque frontal*. Freud se indignaba cuando se

#### COACCIÓN A LA REPETICIÓN

✓ Tendencia incontrolable, completamente inconsciente, a ponerse en situaciones dolorosas sin darse cuenta de que se han originado por iniciativa propia con el afán de recrear una vieja esperanza. El paciente, de este modo, recrea por obligación –coaccionado– situaciones que le causan sufrimiento y malestar.

enteraba del comportamiento de supuestos seguidores que optaban por echar en cara al paciente estos comportamientos en lugar de centrarse en la identificación de estas resistencias, desmontarlas y permitir que el trauma aflorase con toda su complejidad.

## DEL PASADO AL PRESENTE

La transferencia es otro mecanismo mental que entra en juego y con el que debe enfrentarse el terapeuta. La persona, en este caso, tiende a trasladar los patrones característicos de su infancia (pensamientos, emociones y reacciones) desde una relación significativa del pasado a otra actual. Este proceso, en gran parte inconsciente, se activa de forma espontánea en cualquier relación importante, y la psicoterapia es el contexto ideal para localizarlo, analizarlo y superarlo.

Freud lo describe así: «el paciente no se reduce a considerar al analista, a la luz de la realidad objetiva, como el auxiliador y consejero a quien además se retribuye por su tarea, y que de buena gana se conformaría con el papel, por ejemplo, de guía para una difícil excursión por la montaña; no, sino que ve en él un retorno —reencarnación— de una persona importante de su infancia, de su pasado, y por eso trasfiere sobre él sentimientos y reacciones que sin duda se referían a ese arquetipo» (*Esquema del psicoanálisis*, 1938). El analista se reviste con las características de esa persona y, en consecuencia, durante la relación terapéutica se pondrán a prueba las emociones que estén asociadas a la misma. El paciente, durante el tratamiento, no solo recuerda la relación que tuvo en el pasado, sino que la recupera y la revive de manera inconsciente. Así, el terapeuta tiene acceso a una gran cantidad de información acerca de la infancia y de las relaciones significativas que tuvo la persona que descansa en el diván. La transferencia puede ser vista como una especie de puesta en escena, un juego mediante el cual el analista conoce aspectos muy relevantes de la vida del paciente. La emotividad que el paciente desarrolla hacia el analista no depende de este, sino del personaje con que se le reviste (por lo general, la madre o el padre).



## EL CASO DE ANNA O.

Una de las páginas más célebres de *Estudios sobre la histeria* (1895), que Freud escribió con Breuer, trata este caso de una manera muy específica, ilustrando el funcionamiento y los efectos que puede tener —algunos, de considerable gravedad. Este es uno de los casos clínicos que Freud presenta a sus lectores como si de una historia se tratase, aunque completamente real. La curación por la palabra, que en aquel momento estaba tomando forma y comenzaba a esbozar la futura práctica terapéutica, encontró un aliado eficaz en el modelo narrativo. El arte de la narración es tan importante como el de la escucha.

Anna O. era una joven de veintiún años que mostraba síntomas alarmantes: parálisis severa en ambas piernas y el cuello, problemas de visión, estrabismo convergente, trastornos de la audición, dificultad en la postura, fuerte tos nerviosa... Un cuadro inquietante. La paciente también tenía problemas del habla y padecía estados alternos de confusión y delirio. Los primeros síntomas se produjeron unos meses después de que hospitalizasen a su padre, gravemente enfermo. Anna O. lo cuidaba hasta el límite del agotamiento. Tras excluir la posibilidad de una lesión cerebral así como de cualquier otro trastorno orgánico responsable de este cuadro clínico, se pensó en una posible histeria, un trastorno neurótico capaz de simular toda una serie de síntomas relacionados con diversas enfermedades. En un primer momento, Breuer recurrió a la hipnosis, con un cierto éxito: los síntomas desaparecieron y la joven había recuperado el equilibrio y la vitalidad. Sin embargo, Anna O. estableció una fuerte relación de dependencia con el médico. Se negaba a que la atendiese otra persona. Cuando Breuer debió ausentarse por unos días, todos los progresos alcanzados desaparecieron y Anna O. recayó en un estado de agitación intratable. Una tarde, se requirió la presencia de Breuer con urgencia. Los síntomas habían reaparecido. Anna O. se hallaba muy alterada y se quejaba de unos dolores abdominales terribles. Cuando le preguntó qué ocurría, la joven le respondió: «Está a punto de nacer el hijo del doctor B.», algo que



molestó profundamente al médico, quien decidió suspender el tratamiento, viajar a Venecia de inmediato en compañía de su mujer para celebrar una segunda luna de miel —cabe decir que la presencia de la muchacha había comenzado a afectar a su vida conyugal— y encomendar a la paciente a otro colega.

Este caso proporcionó mucha información a Freud, hasta el punto de permitirle esbozar una primera definición de la transferencia y aventurar el alcance de este fenómeno dentro del proceso terapéutico. El episodio final, que Breuer prudentemente silenció al contar la historia, Freud lo consideró un ejemplo típico de este fenómeno.

La transferencia se origina en el momento en que el paciente entra en contacto con el terapeuta y, durante un tiempo, es el principal impulso para continuar el tratamiento. De hecho, el paciente atribuye —o, mejor dicho, *transfiere*— ciertos rasgos y cualidades al analista a partir de la información disponible («por su voz, parece joven»; «debe de ser bueno porque su consulta está en un barrio acomodado»), su experiencia previa («no quiero un terapeuta de sexo masculino; prefiero a una mujer») o su actitud ante las figuras de autoridad («se interesa por mí porque le pago»). Según Freud, la transferencia es una especie de enamoramiento en el que nada tienen que ver el sexo, la edad y las características del analista, y que se manifiesta con independencia de la actitud que este adopte durante la terapia.

## ¿POSITIVO O NEGATIVO?

En una discusión que tuvo con Jung en 1906, Freud definió la transferencia como el impulso necesario para la comprensión del lenguaje secreto del inconsciente. Sin embargo, es un impulso que puede ser perjudicial si no se maneja adecuadamente. Para un observador externo, esta relación creada entre el analista y el paciente puede dar pie a un sinfín de rumores o bromas de mal gusto. Freud lo sabía muy bien. El psicoanálisis ya había perturbado el sueño plácido de la sociedad vienesa, demasiado pacata e hipócrita. Daba igual. El fenó-

meno de la transferencia es algo demasiado importante como para desecharlo. Había que entender su funcionamiento y su dinámica.

Cuando la transferencia se realiza en términos de respeto, afecto, admiración, amor o gratitud, se considera positiva. Sin embargo, no es raro que albergue, de manera inconsciente o subconsciente, ciertas expectativas de que su amor sea correspondido, por lo que inevitablemente surgirán emociones ligadas a la decepción. La transferencia negativa, en cambio, se produce en presencia de una actitud hostil más o menos evidente. En este caso, entran en juego emociones relacionadas con la competencia, la envidia, los celos o la agresión. Tampoco es raro que se dé una cierta ambivalencia en la que coexisten y entran en conflicto emociones positivas y negativas.

Además, cabe tener en cuenta que los sentimientos negativos pueden convivir con una transferencia positiva. En ciertas ocasiones, el paciente puede utilizar un elemento de la transferencia para protegerse de la turbación que puede sentir. La hostilidad, por ejemplo, permite hacer frente a los fuertes impulsos sexuales que se sienta hacia el terapeuta.

La transferencia es el peor enemigo de la cura y, a la vez, su mejor aliado. En particular, la transferencia positiva constituye el resorte que empuja al paciente a cooperar. Permite poner de relieve, en la relación terapéutica, emociones y pensamientos quizá olvidados, pero importantes en las relaciones pasadas y muy activos todavía. Por cuanto, en última instancia, son los responsables de la aparición de algunos síntomas.

Freud estaba convencido de que la transferencia es el instrumento más potente del que dispone el analista, ya que le permite sacar a la luz emociones, recuerdos y conflictos infantiles en apariencia olvidados, revivirlos en el presente y reproducir sus efectos. No puede curarse ningún conflicto del pasado si no se vive en relación con el analista.

## **DEL ANALISTA AL PACIENTE**

Sin embargo, según Freud, el analista, en la medida en que se convierte en objeto de la transferencia del paciente, también experimenta un conjunto de reacciones inconscientes. Los mecanismos psicológicos



activos en los pacientes –sometidos a una forma de sufrimiento mental– pueden considerarse una extensión de los procesos típicos de funcionamiento fisiológico de la mente humana. Cualquier relación interpersonal significativa se construye a partir de la experiencia nacida de otras relaciones: la transferencia del paciente y la contratransferencia del terapeuta son esencialmente dos procesos idénticos en los que cada uno vive al otro como alguien importante de su propio pasado.

La diferencia reside en el modo como estas se gestionan dentro de la relación terapéutica. La transferencia, tras ser revelada, analizada y discutida, se convierte en una parte fundamental y compartida del proceso de curación. La contratransferencia, por el contrario, debe ser muy tenida en cuenta por el terapeuta, quien ha de detectarla y analizarla, aunque evitando en todo momento que se manifieste. El terapeuta debe vigilar constantemente sus sentimientos hacia el paciente, sean positivos o negativos, y reflexionar con calma sobre su origen y su relación con su historia personal. Bajo ningún concepto habrá de atribuirlos al paciente ni proyectar los patrones que haya podido aplicar en otras relaciones significativas. El terapeuta tiene que mantenerse firme en sus convicciones, pues de lo contrario pondrá en riesgo la terapia y, lo más importante, la curación del paciente.

Freud recurre a una anécdota para mostrarlo con mayor claridad.

Un agente de seguros, ateo convencido, se encuentra en su lecho de muerte. Sus parientes, muy piadosos y de gran religiosidad, llaman a un sacerdote para que lo asista, lo convenza para convertirse y, así, muera en paz con Dios. El sacerdote llega y se queda a solas con el enfermo. Pasa una hora. Todos están convencidos de que el religioso ha cumplido con éxito su menester. De pronto, la puerta se abre: el moribundo persiste en ser ateo, pero ha convencido al cura para que suscriba una póliza.

## LA INTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS

En el elaborado proceso de construcción de su propio método, Freud dedicó una gran atención al estudio de la actividad onírica, cuyas



conclusiones quedaron plasmadas en su obra más célebre, *La interpretación de los sueños* (1900). A medida que trabajaba en su redacción, era muy consciente de que no era el primero que se había preocupado por la cuestión. Este tipo de fenómenos habían suscitado un gran interés desde la Antigüedad. Artemidoro, por ejemplo, en el siglo II, escribió un tratado del mismo título que no es más que un compendio de interpretaciones muy arbitrarias. Su aproximación, precientífica a juicio de Freud, está muy lejos de la nueva concepción, ya que los hombres se limitaban a atribuir un significado a los sueños creyendo que eran la manifestación de poderes superiores, fuesen benignos o malignos. En algunas ocasiones, agobiado por la complejidad de la materia —llegó a confesar a Fliess que la obra se había convertido en su cruz—, se indignaba por la ínfima calidad de la bibliografía existente y temía, cada vez con más razón, de que su trabajo le acarrearía un sinfín de críticas.

## EL SUEÑO: LA PUERTA AL INCONSCIENTE

Pero demos un paso atrás y veamos de dónde viene este interés de Freud por el material onírico. Sabemos que este proponía a sus pacientes que recurriesen a la asociación libre para acceder al inconsciente en busca de algo que estuviese oculto y censurado. Freud animaba a sus pacientes a relajarse y contarle todo cuanto se les ocurriera de manera espontánea sobre una cuestión en particular, con la idea de que sus palabras, engarzadas en una cadena de asociaciones, revelarían lo que permanece disimulado. Yendo un poco más allá, no resultaría absurdo pensar que los sueños pueden ser un síntoma de algo.

En 1895 comenzó a bosquejar un «mapa rudimentario» de la actividad onírica basándose en su autoanálisis. Freud probó a interpretar sus sueños mediante la asociación libre, teniendo en cuenta todos los pensamientos que brotan cuando se centra en algún detalle, sobre todo después del fallecimiento de su padre, acaecido en 1896, y la intensificación de algunos conflictos internos. El 24 de julio de 1895

realizó la primera interpretación completa de un sueño que había tenido la noche anterior: la inyección que administró a Irma. Lo veremos más adelante.

La ciencia oficial consideraba los sueños como un fenómeno aleatorio producido mientras la mente duerme. Freud no compartía tal idea; consideraba que los sueños poseen un significado que puede analizarse y comprenderse. Aunque a menudo se presenta con una apariencia confusa e incluso enigmática, el sueño no es un proceso puramente físico e insignificante, producto de la actividad aislada de un grupo de células del cerebro que se mantienen despiertas. Los sueños poseen un significado coherente que puede comprenderse mediante un método de interpretación adecuado: «el sueño es exactamente uno de estos jeroglíficos, y nuestros predecesores en la interpretación onírica han incurrido en la falta de considerar el jeroglífico como una composición pictórica. De este modo no tenía más remedio que parecerles insensato y sin valor alguno».

El sueño es un jeroglífico que oculta una representación del inconsciente que expresa deseos, sobre todo de naturaleza sexual, que se censuran por considerarlos inaceptables. Tales representaciones se mezclan con experiencias vividas durante la vigilia —por lo general, acaecidas ese mismo día o recientemente—, a las que se considera el *residuo diurno*. Así, el sueño puede estar formado por recuerdos, fragmentos de hechos reales o situaciones ya vividas por el paciente, combinados con estímulos sensoriales como el hambre, la sed, los trastornos digestivos, el dolor, el calor, el frío o el ruido del despertador (no es raro que, este último, se presente en el sueño bajo la forma, por ejemplo, del tañido de una campana).

Con todo, los residuos diurnos y los estímulos sensoriales no son los factores específicos que originan el sueño. Contribuyen a su creación, constituyen, en cierto modo su esencia, pero no lo causan ni tampoco lo explican. El sueño nace de los deseos del sujeto y, en cierto modo, pueden considerarse su manifestación, aunque sea de forma alucinatoria, deforme y enmascarada. Quizá se trate de un anhelo tan sencillo como dormir, de cumplir algún hecho frustrado durante la vigilia o, en el caso de aquellos que se muestran con mayor poder,



de algo reprimido y acallado que hunde sus raíces en la infancia y se halla anclado en el inconsciente. En este «continente inexplorado», la interpretación de los sueños es «el camino real hacia el conocimiento del inconsciente» y «la base más segura del psicoanálisis».

## PERO ¿CÓMO DEBEN INTERPRETARSE LOS SUEÑOS?

El primer paso consiste en separar el contenido manifiesto —es decir, el sueño tal como ha quedado registrado en la memoria al despertar— (los personajes, la trama, la escenografía)— del contenido latente, de los pensamientos inconscientes y olvidados, que a primera vista no parecen estar relacionados con el sueño propiamente dicho pero que son lo verdaderamente importante. Según Freud, la censura opera incluso mientras dormimos y soñamos, enmascarando el verdadero significado del sueño. Para comprenderlo, el soñador, junto con el analista, recurrirá al método de la asociación libre. No es posible descifrar un sueño sino mediante la reconstrucción y la interpretación que lleva a cabo el propio paciente cuando se le invita a hablar en libertad. A continuación, el terapeuta deberá emerger el significado que la *elaboración onírica* ha ocultado.

Según la relación que se establece entre el contenido manifiesto, que se muestra con claridad, y el contenido latente, que tanto cuesta descubrir, Freud distingue tres categorías de sueños:

- ✓ Sueños razonables y comprensibles, que representan claramente un deseo no reprimido. Suelen ser cortos y no nos asombran ni incomodan.
- ✓ Sueños que, pese a poseer sentido y coherencia interna, causan sorpresa porque no se adecuan a nuestra vida diaria y nos llevan a preguntarnos por qué hemos llegado a tenerlos.
- ✓ Sueños aparentemente incoherentes, confusos y sin sentido. Son los más frecuentes.



Los sueños de la primera categoría constituyen el ejemplo más simple de cumplimiento de un deseo y se da con frecuencia en la infancia, cuando el niño sueña con hacer o tener algo que, durante el día, le ha sido negado. En la edad adulta suele ser más raro y, por lo general, se inscribe en un contexto más amplio en el que subyace oculto algún significado distinto. Por lo que respecta a los del resto de categorías, la única diferencia reside en el hecho de que el contenido sea manifiesto o latente, ya que ambos representan un deseo inconsciente. Ambos constituyen la materia para la elaboración onírica.

## EL SIMBOLISMO EN EL SUEÑO

En algunos casos, el paciente, tendido en el diván, se ve incapaz de decir algo acerca de su sueño cuando el terapeuta lo interroga mediante el método de la asociación libre. Según Freud, habrá que recurrir entonces a la interpretación simbólica, una tarea compleja que solo puede llevarse a cabo cuando se posee una experiencia sólida y extensa, ya que el analista debe emplear su intuición. El dominio de este recurso se adquiere con el tiempo, pues hay que desarrollar paulatinamente un repertorio interpretativo complejo que permita asociar a cada elemento onírico un significado simbólico preciso.

En el sueño, la censura se muestra menos activa que en el estado de vigilia y pueden manifestarse los deseos inconscientes. Sin embargo, esto no significa que su actividad cese por completo. Entre los muchos recursos de los que dispone, se vale de símbolos para representar indirectamente algo que permanece oculto.

Freud explica así las típicas representaciones, tan parecidas en los sueños de diversos pacientes, que pueden interpretarse sin que sea preciso recurrir a la asociación libre —piénsese, por ejemplo, en los símbolos relacionados con elementos sexuales. Esas imágenes serían traducciones inmutables que, de alguna manera, habrían motivado las interpretaciones que se llevaron a cabo en la Antigüedad o que se

manifiestan con frecuencia en la cultura popular y que tanto difieren de los resultados que puede obtener el terapeuta.

Si bien los símbolos sexuales descubiertos por el psicoanálisis son muy numerosos, por no decir infinitos, pues cada persona, cada objeto o cada situación pueden convertirse en un símbolo, su significado, aquello que representan es relativamente limitado. Dicho de otro modo: hay muchos símbolos pero pocos significados. Los deseos realizados en el sueño están, en su mayor parte, relacionados con los padres, los hijos, los hermanos, la casa, el cuerpo humano y sus partes —y, en especial, los órganos sexuales masculinos y femeninos—, la desnudez, las relaciones sexuales, el nacimiento y la muerte.

De acuerdo con la teoría freudiana, la función principal del símbolo onírico es ocultar, distorsionar y ocultar un deseo irracional. El soñador, como puede imaginarse, hace caso omiso de estos símbolos que solo pueden ser comprendidos con la ayuda de un terapeuta bien preparado. Así, por ejemplo, cualquier objeto que pueda contener algo (como un florero, una cueva, una caja, un joyero o un jardín) puede simbolizar el cuerpo de la mujer o de los órganos genitales femeninos; la fruta, sus pechos; cada objeto alargado (un lápiz, un palillo, un cigarrillo, un arma, un árbol, un avión), el órgano genital masculino; el emperador y la emperatriz, o el rey y la reina, los padres de la persona que sueña; y pequeños animales o insectos, los hermanos. El nacimiento a su vez está representado por una relación con el agua; acciones como bailar, pasear, volar o ascender se refieren al deseo sexual, mientras que la caída de los dientes o el pelo esconden el miedo a la castración. Tras el mero hecho de partir se oculta la muerte y la desnudez se representa con ropa y uniformes.

## ELABORACIÓN ONÍRICA

Transformación del contenido latente en un sueño (es decir, sus significados psicológicos reales, que podrían causar una ansiedad severa) en un contenido manifiesto y, por lo tanto, más aceptable para la persona. Freud desarrolló el concepto en *La interpretación de los sueños*.

Sea como fuere, según Freud, los símbolos oníricos, en su mayoría, son de naturaleza sexual.

## **LAS PREGUNTAS MÁS FRECUENTES**

Las preguntas clásicas sobre el significado del sueño (¿qué consecuencias tiene?, ¿por qué soñamos y luego lo olvidamos?, ¿de dónde procede lo que soñamos?) solo pueden responderse, según Freud, partiendo del contenido latente, de nuestros deseos inconscientes.

*¿Por qué soñamos?*

Freud consideró al sueño como «el guardián del reposo». Nos protege de estímulos internos y externos que podrían perturbarnos y atiende, aunque de manera enmascarada, a deseos que, de no cumplirse, nos sumirían en un estado de agitación tal que alterarían nuestro descanso. Si durante la noche tuviésemos sed, soñaríamos que bebemos para eliminar esa sensación y continuar durmiendo.

*¿Por qué olvidamos lo que soñamos?*

Todo se debe a la acción de la censura y la represión. Conviene tener en cuenta que el contenido manifiesto de un sueño —en tanto que objeto de censura— puede ser turbador o incluso molesto, y nuestra psique se ve obligada a empujarlo hasta el inconsciente. A veces se da también una censura secundaria cuando contamos un sueño, lo reelaboramos y enmascaramos y neutralizamos ciertos deseos que nos resultan incómodos.

*Los sueños tristes o angustiosos, ¿también corresponden a un deseo inconsciente?*

Según Freud, incluso en los sueños dolorosos o tristes puede rastrearse un deseo inconsciente en el que se hace presente la censura



y el soñador es castigado. Sin embargo, los sueños angustiosos representan un deseo inconsciente en el que la censura no actúa, ya que la angustia se ocupa de interrumpir el sueño y dejar ocultos esos contenidos.

*¿Por qué los sueños suelen ser tan extraños?*

Todos hemos experimentado sueños en los que el tiempo, el espacio y las personas cambian de un modo absurdo. Los acontecimientos soñados, en apariencia sin sentido, están determinados en realidad por la censura, que impide que los deseos se manifiesten de una manera demasiado evidente que afronte contra los valores individuales o la moral común. En tales circunstancias, los deseos se expresan de forma alegórica, en un intento de «engañar» a la censura, que no puede vetarla, y pueden ser satisfechos. Cuanto más complejos, raros y alejados de la realidad sean los sueños, menor será la intervención de la censura y mayor la satisfacción de los deseos. La apariencia extraña e incomprensible se debe a un proceso que Freud denominó *deformación onírica*, obra del mismo proceso de soñar, y cuya incidencia se acentúa a medida que se incrementa la necesidad de censurar.

## LOS MECANISMOS DEL SUEÑO

La censura camufla el verdadero contenido del sueño mediante un conjunto de funciones que Freud considera mecanismos de defensa. Son las siguientes:

- ✓ *La dramatización:* mediante este proceso, el sueño y los pensamientos se transforman en imágenes visuales. El sueño puede describirse como una película o una obra de teatro cuyo director vendría a ser el soñador —quien, a su vez, puede aparecer como actor o bien limitarse a ser un mero espectador. Según Freud, el contenido del sueño se nos presenta como una escritura jeroglífica cuyos signos deben traducirse uno a

uno teniendo en cuenta su realización simbólica a pesar de que, a primera vista, nada tenga sentido. El significado puede determinarse solo en aquellos casos en que no haya ninguna objeción. Con todo, la tarea requiere un esfuerzo considerable, pues hay que adjudicar a cada elemento una sílaba o una palabra que guarde relación con la imagen. De este modo, sustituyendo las imágenes por palabras, puede obtenerse una frase con sentido.

✓ La *condensación*: Freud, al comparar los sueños narrados con sus interpretaciones, se dio cuenta de que el sueño era breve y condensado, una suerte de resumen si se tiene en cuenta el número y la complejidad de los pensamientos que oculta. Ciertos elementos se concentran en una única imagen que, durante la vigilia, se convierte en omnipresente y no podemos «eliminar». Es más: no es raro encontrarse con que un tema, un acontecimiento o un personaje aparecidos en el sueño encierran –o «comprimen»– varios temas, acontecimientos o personajes. Por ejemplo, imaginemos que, en un sueño, se nos presentase A vestido como B, comportándose como C y viviendo en casa de D. En tal caso, en el contenido manifiesto, una persona se correspondería con otras tres que se hallan en el contenido latente. En casi todos los sueños aparecen elementos inconscientes que buscan similitudes y puntos de contacto para condensarse en uno solo.

✓ El *desplazamiento (de emociones y personas)*: en algunos sueños, se atribuye un papel insignificante a algo importante y, por el contrario, se da mayor relevancia a algo secundario en el mundo real. Este mecanismo permite, una vez más, eludir la censura transfiriendo el significado emocional de ciertos elementos a otros. Asimismo, el tono emocional de un elemento puede invertirse y convertirse en su contrario (un hecho luctuoso se presenta como motivo de alegría, el sentimiento amoroso se torna odio, etc.). De ese modo, si el soñador efectúa un acto indesea-

ble, lo hará bajo una apariencia distinta a la suya; si manifiesta una atracción o un deseo de venganza, no le dará demasiada importancia; si disfruta de un placer prohibido, en la vigilia lo recordará de un modo vago y confuso. La censura lo habrá camuflado todo y podremos continuar durmiendo, soñando y satisfaciendo nuestros deseos. Lo significativo se vuelve marginal y lo nimio pasa a un primer plano. El analista debe prestar mucha atención a aquellas situaciones en las que el paciente, al narrar lo soñado, indica que algo no importa o no tiene nada que ver con el resto, o que no recuerda bien un episodio en concreto. El desplazamiento, en la medida en que procesa los pensamientos latentes en el sueño, impide que estos afloren y sean reconocidos durante la terapia.

- ✓ La *simbolización*: se la considera una forma particular de desplazamiento. Cualquier elemento censurado y oculto puede adoptar en el sueño la forma de otro. Así, un símbolo o un detalle del sueño manifiesto puede remitir a otro que permanece acallado.
- ✓ La *representación plástica*: la combinación de elementos durante la elaboración onírica puede originar una trama narrativa que carezca de toda ilación lógica. Sin embargo, cuando soñamos, las imágenes se nos presentan de manera nítida y ordenada, siguiendo diversos patrones que confieren al conjunto una aparente coherencia. Este fenómeno se debe a que la psique se vale de repeticiones y reelaboraciones de sueños infantiles o ensoñaciones tenidas durante la vigilia.
- ✓ La *elaboración secundaria*: entra en funcionamiento cuando el sujeto se despierta y trata de dar una forma relativamente consistente al sueño. Aquí también actúa la censura mediante supresiones y adiciones que hacen el sueño más inteligible y aceptable.
- ✓ La *dispersión*: es el mecanismo contrario a la condensación.



Conviene tener en cuenta además que en el sueño pueden aparecer varios elementos referidos a una sola persona o a un solo sujeto del contenido latente. Así, no es raro descubrir que, en ciertas ocasiones, soñamos acontecimientos o personajes distintos que, al analizarlos, remiten a un recuerdo o deseo único y concreto.

## FREUD SUEÑA CON IRMA

Tras familiarizarnos con el método freudiano y su sistema de interpretación, volvamos al primer sueño que el padre del psicoanálisis descifró por completo. El 24 de julio de 1895, Freud soñó con Irma, una paciente joven amiga de la familia. La terapia psicoanalítica había tenido un éxito parcial: la histeria y la angustia se habían atenuado mucho, pero se mantenían los síntomas somáticos, la manifestación física del sufrimiento psicológico. Poco antes de tener el sueño, Freud había recibido la visita de Oscar Rie —el pediatra que atendía a sus hijos y que aparece con el pseudónimo de Otto— en su casa de Bellevue, una zona residencial de Viena donde solían pasar las vacaciones. Rie le informó de que Irma no había mejorado. La noticia, o tal vez el tono en que se la comunicaron, le causó una gran incomodidad, ya que la consideró como una amonestación mediante la cual, los parientes de Irma —de gran posición social y muy escépticos respecto al psicoanálisis—, con gran educación, le hacían saber su decepción. Su malestar fue tal, que se sintió en la obligación de redactar un informe sobre el caso que, poco después, entregó a Breuer, a quien todavía consideraba una autoridad y un interlocutor fiable pese a que la relación se había vuelto muy tensa.

Freud tuvo el sueño durante la noche del 23 al 24 de julio y probablemente lo tuvo muy presente durante los días posteriores, mientras lo interpretaba. En todo momento guardó un silencio muy prudente y ni siquiera llegó a comentar su trabajo a Fliess, su confidente más íntimo durante esta época. Solo cinco años más tarde, cuando ya había publicado *La interpretación de los sueños*, le comentó a su amigo:

«¿Crees en verdad que alguna vez se podrá leer en esta casa una placa de mármol que diga: "Aquí se reveló al Dr. Sigm. Freud el enigma de los sueños el 24 de julio de 1895"? Por ahora hay pocas perspectivas de ello».

Pero ¿qué soñó? ¿Qué representaba aquel sueño? A continuación puede verse. En cursiva se han transcrito fragmentos de la narración que incluyó en su magna obra y al lado se da la interpretación.

*En un amplio hall. Muchos invitados, a los que recibimos.*

Freud, a través de un amasijo de hechos que atañen a su vida doméstica y a sus intereses profesionales, enmarca la acción en la que se desarrolla el sueño, la casa de Bellevue, y se anticipa al cumpleaños de su esposa, al que tenía previsto invitar a muchos amigos, incluida Irma. Así pues, la imagen procede de un residuo de la vigilia.

*Entre ellos, Irma, a la que me acerco enseguida para contestar, sin pérdida de momento, a su carta y reprocharle no haber aceptado aún la «solución». Le digo: «Si todavía tienes dolores es exclusivamente por tu culpa».*

En la época en que tuvo el sueño, Freud continuaba convencido de que su única labor consistía en comunicar a los pacientes el significado oculto de sus síntomas. Los pacientes deben asumir la responsabilidad completa del éxito del tratamiento, de ahí que informe a Irma de que la causa de su dolor solo es ella misma.



*Ella me responde: «¿Si supieras qué dolores siento ahora en la garganta, el vientre y el estómago...! ¡Siento una opresión...!». Asustado, la contemplo atentamente. Está pálida y abotagada. Pienso que quizá me haya pasado inadvertido algo orgánico.*

Si los dolores de Irma fuesen físicos, Freud no podría hacer nada por curarla y no podría achacársele ningún fracaso.

*La conduzco junto a una ventana y me dispongo a reconocerle la garganta. Al principio se resiste un poco, como acostumbran hacerlo en estos casos las mujeres que llevan dentadura postiza. Pienso que no la necesita. Por fin abre bien la boca y veo a la derecha una gran mancha blanca, y en otras partes, singulares escaras grisáceas, cuya forma recuerda al de los cornetes de la nariz.*

Irma presenta ciertas características que recuerdan a Freud otras personas a las que preferiría tratar en su lugar por ser más inteligentes y, seguramente, mostrarse más predispuestas a colaborar, tal como se intuye en la frase «por fin abre bien la boca».

*Apresuradamente llamo al doctor M., que repite y confirma el reconocimiento... El doctor M. presenta un aspecto muy diferente al acostumbrado: está pálido, cojea y se ha afeitado la barba... Mi amigo Otto se halla ahora a su lado, y mi amigo Leopold percute a Irma por encima de la blusa y dice: «Tiene una zona de macidez abajo, a la izquierda, y una parte de la piel, infiltrada, en el hombro izquierdo» (cosa que yo siento como él, a pesar del vestido). M. dice: «No cabe duda, es una infección. Pero no hay cuidado; sobrevendrá una disentería y se eliminará el veneno...». Sabemos también inmediatamente de qué procede la infección. Nuestro amigo Otto ha puesto recientemente a Irma, una vez que se sintió mal, una inyección con un preparado a base de propil, propileno..., ácido propiónico..., trimetilamina (cuya fórmula veo impresa en gruesos caracteres). No se ponen inyecciones de este género tan ligeramente... Además, probablemente estaría sucia la jeringuilla.*

Freud había consultado el caso de Irma con un colega, el doctor M., al que, en el sueño, se le atribuye un dictamen superficial: la disentería se encargará de acabar con la infección. Su amigo Otto es acusado de haber utilizado una jeringuilla sucia. Freud muestra un gran aprecio por el doctor Leopold, médico también y pariente de Otto, dada su gran escrupulosidad. Sus palabras, que atribuyen una causa orgánica al malestar de la joven, lo eximen de toda responsabilidad.

Así pues, ¿qué deseo se cumple inconscientemente en el sueño? Freud quiere despojarse de cualquier responsabilidad respecto al malestar de Irma culpándola a ella misma, achacándolo a un mal diagnóstico o a un error ajeno. De este modo, se liberaría del fracaso parcial de su método terapéutico y, de paso, se vengaría de su amigo Otto criticándolo, aunque de manera encubierta.





# **EL PENSAMIENTO**





# LA TEORÍA GENERAL DE LA PSIQUE

En las páginas anteriores hemos recorrido brevemente las principales etapas de la vida de Freud, aunque sin perder de vista el contexto en el que vivió y trabajó el padre del psicoanálisis para comprender mejor su aproximación al problema y el método que desarrolló. Ya sabemos que la metáfora de la arqueología le permitió acometer el trabajo necesario para comprender al paciente y sus neurosis, y no es casual que la historia antigua fuese una de sus grandes pasiones. El psicoanalista, de un modo similar a como procede un arqueólogo en sus excavaciones, debe desvelar, uno tras otro, los diferentes estratos de la psique del paciente. Las estatuillas y demás vestigios que atesoraba en su despacho, evidencias de civilizaciones que yacen enterradas, guardan una fuerte analogía con los descubrimientos del trabajo psicoanalítico. «Supongamos que un explorador llega a una comarca poco conocida, en la que despiertan su interés unas ruinas consistentes en restos de muros y fragmentos de columnas y de lápidas con inscripciones borrosas e ilegibles. Puede contentarse con examinar la parte visible, interrogar a los habitantes, quizá semisalvajes, de las cercanías sobre las tradiciones referentes a la historia y la significación de aquellos restos monumentales, tomar nota de sus respuestas... y proseguir su viaje. Pero también puede hacer otra cosa: quizá ha traído consigo útiles de trabajo, pedir

a los indígenas que le ayuden en su labor investigadora, atacar con ellos el campo en ruinas, practicar excavaciones y descubrir, partiendo de los restos visibles, la parte sepultada. Si el éxito corona sus esfuerzos, los descubrimientos se explicarán por sí mismos; los restos de muros se demostrarán pertenecientes al recinto de un palacio; por los fragmentos de columnas podrá reconstituirse un templo y las numerosas inscripciones halladas, bilingües en el caso más afortunado, descubrirán un alfabeto y un idioma, proporcionando su traducción insospechados datos sobre los sucesos pretéritos, en conmemoración de los cuales fueron erigidos tales monumentos» (*Etiología de la histeria*, 1896).

Sin embargo, ¿qué son realmente esos vestigios, esas piedras, esos restos de edificios que yacen sepultados bajo la arena de la mente humana?

## LA MENTE COMO UN MAPA

En toda la producción freudiana, es evidente el empeño constante por comprender la psique humana, y captar y describir sus reglas de funcionamiento, su estructura y los procesos que lleva a cabo. Un trabajo que nunca abandonó y que le supuso un recorrido tortuoso a través de su propio pensamiento.

En este intento fascinante de desvelar la estructura de la psique, Freud adoptó en un primer momento una visión *tópica*, espacial, que le permitiese cartografiar la mente en diversos ámbitos. Como un explorador del pasado que se aventura en las regiones ignotas de un nuevo continente, Freud se dispuso a delimitar las áreas que controlan el funcionamiento psíquico. No en vano, estaba convencido de que su descripción de la mente podía considerarse un auténtico mapa. Con todo, sus conclusiones no son de naturaleza orgánica o anatómica: Freud no relaciona las áreas específicas de la psique humana con una región del cerebro en particular. Tal característica poseía, a su juicio, una importancia fundamental, ya que deseaba separar por completo el psicoanálisis de la neurología, si bien consideraba

que tales funciones podían rastrearse en las diversas características y modos de actuación de los espacios psíquicos.

En una primera versión de su mapa de la mente, Freud distinguió tres regiones, inconsciente, preconscious y consciente, sobre las que descansó durante mucho tiempo el andamiaje teórico y funcional de su obra.

Adentrémonos en este continente inexplorado.

## LOS LUGARES DE LA PSIQUE: INCONSCIENTE, PRECONSCIENTE Y CONSCIENTE

El inconsciente es una tierra primitiva y salvaje, el suelo donde se origina la psique, el lugar de las pulsiones que exigen una satisfacción inmediata y rehúyen el malestar. Asimismo, es el reino de la irracionalidad suprema, la atemporalidad y la ausencia de cualquier contradicción. Aunque nunca recurre a la palabra, es una fuerza libre y dinámica que desea, en vano, el reconocimiento del consciente, de ahí su pugna por emerger.

El preconscious es una zona intermedia que actúa como filtro y barrera entre la lucha continua que se desarrolla entre el inconsciente y el consciente. Se encarga, entre otros cometidos, de seleccionar aquellos contenidos que pueden llegar hasta el consciente y disfrutar de una atención adecuada. Allí reside todo el material psíquico latente que, aun no siendo inmediatamente presente, puede evocarse

### PULSIÓN

Energía que se mueve con fuerza en una dirección determinada. Según Freud, proviene de un estado de excitación interna ligado a un objeto en particular que origina y, a la vez, promete su satisfacción. Podría compararse la psique con un sistema hidráulico en el que el agua (las pulsiones) debe canalizarse de tal manera que nunca llegue a desbordarse. El terapeuta, pues, debe hacer todo lo posible por eliminar el estado de tensión y propiciar la descarga de esa energía psíquica puesta en juego.



y actualizarse con facilidad. Lo que permanece inconsciente no puede ser conocido por la mente humana mediante el lenguaje; solo puede surgir a través de diversas fuentes como los sueños, lapsus, actos fallidos u otros síntomas. Sin embargo, el contenido del preconsciente, aunque en un principio es puro pensamiento, puede acceder a la conciencia gracias a un trabajo psíquico individual en el que cada uno de nosotros atribuye palabras y pensamientos concretos a conceptos que, en un principio, carecían de forma precisa.

El consciente es la última región de la psique. Nos encontramos en la periferia, en la zona en contacto con el mundo exterior, que, en cierto modo, regula y restringe. Alberga contenidos conscientes, dotados de tiempo y de lenguaje, que se organizan de acuerdo con unas normas muy estrictas que siguen la lógica del mundo (lo que Freud denomina *principio de realidad*).

En su correspondencia con Fleiss, su confidente y amigo, Freud trata ampliamente esta cuestión y se muestra muy interesado en detallar las relaciones que establecen las tres «regiones» de la psique. A juzgar por sus explicaciones, su principal interés radica en comprender la manera como un contenido psíquico se mueve a través de ese continente aún inexplorado. Valiéndonos de metáforas, podríamos imaginar un contenido psíquico que, «culpable» de propugnar un comportamiento que el mundo exterior rechaza, se refugia en el inconsciente y se sumerge en aquella zona desconocida y profunda. Ciertos síntomas como la ansiedad o la neurosis deben considerarse, en consecuencia, como efectos, rastros, pistas que su paso deja en la vida psíquica. El terapeuta, mediante la escucha y el trabajo con la palabra, puede perseguir al fugitivo, desenmascarar sus tretas y trazar su fuga a lo largo de la compleja geografía de la mente humana.

## **LOS COMPONENTES DE LA PSIQUE: EL ELLO, EL YO Y EL SUPERYÓ**

Las revisiones posteriores, así como un mayor desarrollo de su pensamiento, llevaron a Freud a redefinir todo el sistema psicológico del ser

humano. A decir verdad, nunca dio su investigación por concluida y la sometió a un cuestionamiento y una reescritura continuos. En *El yo y el ello* (1923), expuso un nuevo modelo estructural conocido como «segunda tópica» o «teoría general de la psique» que incorpora y complementa la estructura anterior.

En este caso, se identifican tres estructuras fundamentales, llamadas *instancias*, distintas pero relacionadas entre sí: el ello, el yo y el superyó, también conocidas como *id*, *ego* y *superego*. Los lugares de ambas estructuras mentales —que Freud considera distintas y no completamente superponibles— no son regiones de la psique propiamente dichas, sino más bien componentes psíquicos a los que personifica y convierte en actores de una difícil obra de teatro. Dichas instancias, en pugna dentro de la psique, vendrían a ser tres fuerzas que deben mantenerse en constante equilibrio para garantizar el buen funcionamiento del individuo. Freud las denominó valiéndose de los pronombres personales, a los que adjuntó un artículo determinado.

### *El ello, la reserva de energía*

La primera estructura psíquica es el ello. Freud lo denominó *Es* —el pronombre correspondiente a la tercera persona neutra del singular de la lengua alemana— y su concepción nace de las lecturas de Nietzsche y Georg Groddeck. El ello representa la masa de contenidos psíquicos permanente y primordial del ser humano, presente desde su nacimiento y libre de las influencias de la educación o el ambiente exterior. El ello es energía pura, desestructurada, que se vive de manera incons-

#### INSTANCIA

Cada una de las partes que componen la psique humana según Freud, quien distingue tres: el ello, el yo y el superyó. Estos componentes, pese a tener características propias que los hacen muy distintos entre sí, deben mantenerse en comunicación para garantizar el buen funcionamiento del individuo.



ciente, hasta el punto de que puede afirmarse que esas fuerzas, lejos de controlarlas, nos controlan a nosotros.

El ello es el componente psíquico de las energías objetivas e impersonales que destemplan al individuo; alberga contenidos en su mayor parte instintivos, dinámicos y pulsionales; y constituye el núcleo originario, primordial, de todo cuanto se ha ido acumulando durante la evolución de las especies y se ha ido relegando paulatinamente en el curso de la existencia. En su naturaleza hay algo que lo convierte en algo muy corporal e íntimo; es la parte más arcaica de la psique y se ha convertido en su reserva de energía psíquica. El ello personifica los instintos; es la reserva psíquica, en constante evolución, de todos los contenidos naturales, ahistóricos, irracionales, no contradictorios, carentes de todo marco espacial y temporal. Es la morada de los instintos más primitivos y feroces, los impulsos de naturaleza erótica, así como de aquellos más agresivos y autodestructivos.

Su naturaleza es completamente inconsciente, oculta, desconectada de la conciencia y la percepción sensorial. La única ley que lo mueve es el *principio de placer* y su objetivo, la satisfacción inmediata de los deseos e impulsos, haciendo caso omiso de los límites impuestos por la realidad. El ultimátum típicamente infantil «lo quiero todo y lo quiero ahora» es la voz de la eternidad atemporal del inconsciente y del ello, desestructurada y desorganizada, formada únicamente por fuerzas instintivas en flujo y confusión perpetuos. El ello es la parte desconocida y misteriosa del individuo, la materia de los sueños, el lugar donde las fantasías cobran cuerpo, la tensión que se aprecia tras los síntomas neuróticos en el momento en que nuestro delicado equilibrio psíquico se rompe.

### *El yo, o cómo saldar cuentas con la realidad*

Si el ello es un caballo salvaje que galopa desenfrenado, el ego es el caballero que intenta domarlo e indicarle el camino. Esta segunda estructura psíquica, aunque nace de la anterior, cambia y adquiere una naturaleza distinta en virtud del contacto que mantiene con el ambiente circundante. El yo es la parte más superficial de la psique,



se imbrica en lo consciente y establece una relación de confrontación con el ello, hasta el punto de ser capaz de actuar también sobre la dimensión inconsciente. Freud, siempre tan sugerente para el lector, recurre a una metáfora para entender esa relación: compara la psique con un iceberg cuya parte sumergida sería el ello y el pico que aflora por encima de las aguas, el yo. A ese «actor» le corresponde conocer y describir el mundo mediante el lenguaje, la percepción y la atención, desenvolverse de acuerdo con el *principio de realidad*. Esa «regla» le permite tener en cuenta los límites y las contingencias del mundo real, así como sobrellevar las tensiones que surgen entre los deseos y las normas de convivencia, y la renuncia a las exigencias de las pulsiones para buscar soluciones más convenientes.

El yo actúa principalmente como un mediador. Podría compararse con un diplomático que sirve como intermediario entre los elementos de la realidad y la psique. De carácter eminentemente defensivo, busca ante todo la conservación velando, vigilando y supervisando las otras instancias psíquicas para eliminar cualquier presencia inquietante, cualquier pensamiento o emoción que amenace el equilibrio. Gracias a su esfuerzo la persona puede mantenerse estable y tender hacia la armonía. Al igual que un diplomático debe atender constantemente a todo lo que pasa por su escritorio y ser consciente de su entorno, atendiendo sin descanso cuanta información le llegue acerca de posibles amenazas y oportunidades, el yo debe realizar un examen eficiente de la realidad, distinguiendo qué procede del exterior y qué procede del ello. Para conseguirlo dispone del cuerpo, la superficie física que capta los estímulos del mundo real.

El yo debe afrontar una tarea nada sencilla: lidiar con las necesidades y las reglas impuestas por el ambiente y domeñar las pulsiones de un ello que, al menos en parte, tiene el derecho a recibir una cierta satisfacción. Retomando la metáfora inicial, Freud nos dice que el jinete, si bien debe dominar la soberbia del caballo, también habrá de darle un capricho de vez en cuando para que no se desboque. Para montarlo sin que lo arroje al suelo, tendrá que comprender al animal.

*El superyó, el juez interior*

La última estructura de la psique es el superyó, la parte más exigente de todo el sistema. Actúa como un censor moral, un vigilante estricto que se activa para hacerla cumplir. Algunos exégetas importantes de Freud, como el estadounidense Harold Bloom, han visto en esta figura ecos del severo Dios del Antiguo Testamento o de Moisés, guardián inquebrantable de una ley en cuyo seno el padre del psicoanálisis creció. El superyó constituye una amalgama de valores, prohibiciones, medidas de seguridad y códigos de comportamiento que impiden la satisfacción y el placer inmediatos, y actúa como una voz interior, una conciencia moral que dicta sentencia, sin posibilidad de apelación, sobre lo que es justo e injusto.

El yo entraña un sistema de censuras y restricciones que regula el paso de las representaciones más atávicas e instintivas (el ello) a la parte que se mantiene en relación con la realidad (el yo). Estas normas provienen, en un primer momento, de la internalización del superyó de los padres y, posteriormente, del contexto sociocultural, de tal manera que la persona adquiere unos modelos que hace propios.

En consecuencia, el superyó es fruto de la educación que el individuo recibe en el mundo. Durante este proceso, la autoridad externa (los padres, los profesores y educadores, así como otras figuras normativas adultas) pierde corporeidad, se desliga de una presencia física y deviene una presencia psíquica que se mantendrá siempre activa. De este modo se forma un sistema de valores morales y socioculturales que impulsan al yo y, evidentemente, presiden toda nuestra existencia. El sistema psíquico pone freno a la imprudencia y a la inmediatez de los impulsos e instintos en favor de una vida más regulada pero también más segura, en aras de protegerse frente a ciertos elementos que pondrían en riesgo su salud física y mental. El yo, parte organizada de la personalidad, facilita la gestión de una vida cotidiana en la que se observa, por ejemplo, la necesidad de comer y dormir siguiendo un horario regular, sin dejarse llevar por el estómago, o limitar la ingesta de alcohol y evitar los peligros que un consumo desenfrenado supone. El superyó, en la medida que se presenta



como una conciencia moral que representa el ideal de un comportamiento hipercorrecto, tiene la capacidad de generar sentimientos de culpa, amenazas y obsesiones cuando no se respeta. Esta estructura de la psique en parte consciente y en parte inconsciente, que encarna la ley y se transmite de generación en generación, se asemeja a la presencia amenazante de la estatua del Comendador que, en el *Don Giovanni* de Mozart, interrumpe la orgía del libertino para imponer el orden y el cumplimiento de las normas sociales imperantes.

«Un proverbio advierte la imposibilidad de servir a la vez a dos señores. El pobre yo se ve aún más apurado: sirve a tres severos amos y se esfuerza en conciliar sus exigencias y sus mandatos. Tales exigencias difieren siempre, y a veces parecen inconciliables; nada, pues, tiene de extraño que el yo fracase tan frecuentemente en su tarea. Sus tres amos son el mundo exterior, el superyó y el ello» (*Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, 1932; lección 31).

En esta *segunda tópica* que Freud presenta, el yo, por lo tanto, sintetiza, compensa y ordena según su importancia las diversas y múltiples exigencias que recibe de sus tres amos, y reconoce qué exigencias pulsionales debe posponer o incluso acallar en aras de un buen funcionamiento psíquico. Para conseguirlo, dispone de una gran constelación de mecanismos de

## TRAUMA PSÍQUICO

Cualquier hecho o experiencia que generen miedo, ansiedad, vergüenza, incomodidad o dolor, que el individuo no es capaz de afrontar como lo hace normalmente y que, en consecuencia, afecta al buen funcionamiento psíquico. El sujeto experimenta un estado de desazón, angustia y temor cuya intensidad puede variar. En estos casos, el yo puede activar diversos mecanismos de defensa como, por ejemplo, la eliminación, en un intento de olvidar el trauma. La energía psíquica ocasionada por este acontecimiento doloroso suele liberarse en forma de síntomas neuróticos que manifiestan un conflicto inconsciente no resuelto.



defensa más o menos útiles y eficaces en función de las circunstancias. Según Freud, el yo «se siente asediado por tres lados y amenazado por tres peligros a los que, en caso de presión extrema reacciona con el desarrollo de angustia». Sin embargo, conviene tener en cuenta que el uso de esos mecanismos comporta el riesgo de reactivar algún trauma psíquico anterior y que, cuando se recurre con frecuencia a unas modalidades de defensa concretas, estas tienden a repetirse y a dar forma y moldear la personalidad del individuo.

Cuando el yo se siente abrumado por otras instancias psíquicas (el ello y el superyó), las dificultades se convierten en neurosis que, a su vez, se manifiestan mediante síntomas neuróticos. En este sentido, las diversas manifestaciones psicopatológicas de la persona, que por lo general mantiene un buen contacto con la realidad y con las exigencias del entorno, se derivan directamente de conflictos inconscientes no resueltos que se han hecho crónicos.

# PRIMER MODELO DE LA ESTRUCTURA DE LA PSIQUE

Elaborado por Freud a finales del siglo XIX, lo denominó *Primera tópica*



## INCONSCIENTE

Parte más primitiva,  
sede de las pulsiones

Busca el placer  
y evita el malestar

Irracional, sin noción  
del tiempo ni contradicciones

## PRECONSCIENTE

Actúa como filtro entre el  
inconsciente y el consciente; con-  
tiene material psíquico latente

Sus contenidos  
pueden acceder  
a la conciencia

## CONSCIENTE

En contacto con la  
realidad, alberga material  
psíquico consciente

Sus contenidos se expresan con  
palabras

Posee sentido del tiempo

# NUEVO MODELO DE LA ESTRUCTURA DE LA PSIQUE

Elaborado por Freud en 1923, se lo conoce como *Segunda t pica o Teoría general de la psique*





# EL PRINCIPIO DE PLACER Y EL PRINCIPIO DE REALIDAD

## DOS MECANISMOS CLAVE DE LA MENTE

Anteriormente se han mencionado el principio de placer y el principio de realidad. Estos dos mecanismos, que Freud sitúa en la base del funcionamiento mental, ocupan numerosas páginas en su vasta producción y, en particular y respectivamente, en *La interpretación de los sueños* (1900) y *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911). De hecho, los consideraba dos hitos fundamentales en su investigación aun cuando, al presentarlos a la Asociación Psicoanalítica Viena, solo obtuviese objeciones —algo que, por otra parte, no afectó a sus convicciones.

Al revisar su *Segunda tópica*, descubrió cómo ambos principios representaban las directrices que cabe seguir para lograr un objetivo personal, ya fuese a nivel consciente o bien a través de procesos inconscientes o parcialmente conscientes. Conviene tener en cuenta que, según Freud, el funcionamiento psíquico se basa en un flujo constante de energía. Así, cualquier incremento inesperado del caudal se convierte en algo desagradable y origina sufrimiento, mientras que el proceso contrario se considera agradable y satisfactorio. Entre líneas, se intuye un eco de los intereses científicos del padre del psicoanálisis.

De acuerdo con el principio de placer, el propósito de toda actividad psíquica —es decir, el trabajo psicológico consciente e inconsciente de cada individuo— se centra en la consecución del placer y la evitación del dolor. Se trata de algo más que una búsqueda; es el ansia por obtener la satisfacción inmediata de un deseo, expresada en la conocida frase «lo quiero todo y lo quiero ya». Según la idea del equilibrio de energía, el placer se alcanzará con la disminución de esta excitación, mientras que el desagrado será proporcional a su incremento.

Este principio no tiene en cuenta las circunstancias, las oportunidades o la conveniencia: su único propósito es reducir el malestar, muy relacionado con la acumulación de energía psíquica, drenándolo con la mayor rapidez posible y sin importar los medios. El principio de realidad, sin embargo, requiere que la psique, en la búsqueda de su propia satisfacción, tenga en cuenta las restricciones y las condiciones impuestas desde el exterior mediante un análisis exhaustivo de costes y beneficios. Aunque siempre existe un deseo que debe cumplirse, cambia el modo en que la psique logra su objetivo. La satisfacción depende siempre de una disminución de la excitación que debe ajustarse al contexto en el que se encuentra el sujeto. Así, de acuerdo con este principio, la gratificación de los instintos no es inmediata, sino que surge en un momento y de una forma compatible con las exigencias objetivas de la realidad. Respetar el principio de la realidad implica la capacidad de analizar las diferentes variables relacionadas con los deseos teniendo en cuenta los aspectos sociales, la presencia de otras personas, los riesgos y las posibles consecuencias para el futuro. Ahí interviene el yo, que Freud consideró al servicio de tres amos distintos.

El principio de placer, por el contrario, estimula el incremento de energía de las pulsiones hasta lograr su completa satisfacción. Es el primero que aparece en la vida del ser humano. Pensemos en los recién nacidos: ajenos al mundo exterior y absolutamente dependientes de quienes los cuidan, actúan solo de acuerdo con los dictados del principio de placer. Por ejemplo, la sensación de hambre provoca un aumento de tensión, lo que desencadena sentimientos desagradables que se expresan mediante el llanto. El niño de pecho, que ignora el mundo exterior con sus limitaciones y su sistema de reglas que



retrasan la entrega de alimento, berrea hasta que recibe su comida. Cuando la obtiene, la sensación de saciedad disminuye la tensión y experimenta placer.

El principio de realidad toma forma más tarde, cuando el niño se da cuenta de que en el mundo real no puede recibir una gratificación inmediata y, en consecuencia, atenuar o eliminar la excitación. Esta nueva norma, que no prescinde del objetivo de obtener placer, sugiere la posibilidad de tolerar una frustración temporal en aras de una mayor satisfacción. El análisis de los distintos aspectos del ambiente que rodea a la persona es crucial para determinar cuándo y cómo debe actuarse.

Al crecer, el niño aprende a «ponerse de acuerdo» con la realidad. Experimenta de manera directa que los estímulos no siempre pueden satisfacerse de una manera completa y a la vez, y empieza a construirse una imagen propia del mundo, de sus elementos, sus normas y sus limitaciones. A partir de este descubrimiento, busca la manera de contentar sus pulsiones controlándolas y postergándolas de acuerdo con las posibilidades y las respuestas del mundo que lo rodea. Sin embargo, el principio de placer no lo ha abandonado; tan solo tiene en cuenta que el mundo exterior también importa. Para obtener algo, hay que comprometerse, renunciar a ciertas apetencias, aceptar las restricciones externas. Recordemos que el joven Freud rehuyó la práctica de la medicina para dedicarse a la investigación y que Brücke lo convenció para que no lo hiciese y, así, pudiese ganarse el sustento. Cuando logró una cierta estabilidad económica, pudo recuperar sus antiguos intereses.

Obedecer el principio de la realidad no anula el deseo; simplemente se lo posterga. Tras la renuncia sobreviene una satisfacción —con la consiguiente disminución de la carga de energía instintiva— mucho más sustancial y duradera. Asimismo, conviene tener en cuenta que este tipo de satisfacción, en la medida en que se extiende en el tiempo y en el espacio, resulta esencial a la hora de relacionarse con la realidad. Hay que superar los deseos y los caprichos del momento, yendo más allá del aquí y ahora, y sopesando los costes y los beneficios de las diversas opciones posibles. El principio de



placer se mantiene activo a lo largo de nuestra vida, actuando como si fuese un interlocutor, o incluso un antagonista, del principio de realidad y rige tanto los mecanismos inconscientes como los conscientes y preconcientes.

En cambio, el principio de realidad se constituye como un regulador del principio de placer, dada la necesidad de enfrentarse con el mundo exterior y con los propios deseos y necesidades.

A partir de una distinción tan simple como la que se desprende del hecho de experimentar placer o dolor, y mediante la relación con la realidad, el sujeto desarrolla mecanismos mentales como la atención, el juicio, la memoria o el pensamiento que permiten relacionarse con el mundo y mediar entre el contexto y los deseos personales.

En otras palabras, el yo evoluciona del yo-placer, completamente orientado a buscar satisfacción y rehuir el dolor, al yo-realidad, más interesado en lo que es útil y eficaz, y constituye una garantía con respecto a lo que puede ser perjudicial. Cuando, en 1911, Freud escribió este pasaje, era muy consciente de la imposibilidad de desligar al individuo del contexto. Las fuerzas que regulan los deseos individuales y los vinculan a la realidad indican que el inconsciente no puede escapar de la cultura en la que se desenvuelve el sujeto. Freud prestó atención al modo en que la realidad condiciona las elecciones individuales en un breve ensayo de 1908 titulado *La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna*, y en el que concluye que el pudor y la modestia exagerados de la sociedad burguesa sofocaban y reprimían los deseos con una virulencia tal que estos jamás podían cumplirse y originaban desequilibrios psíquicos que se manifestaban en forma de traumas y neurosis.

## PROCESOS PRIMARIOS Y SECUNDARIOS

En los años posteriores, Freud profundizó en el estudio del principio de placer y del principio de realidad, y precisó aún más sus funciones, hasta el punto de identificar dos tipos de procesos que les afectan: los primarios y los secundarios.

Los procesos primarios, regulados por el principio de placer, comprenden los mecanismos psíquicos y del pensamiento que evitan los vínculos espaciotemporales y las relaciones de causa-efecto. Freud los consideraba el primer modo –y el más arcaico desde un punto de vista evolutivo– como funciona el aparato psíquico (de ahí que los considere primarios). Los niños más pequeños actúan únicamente movidos por procesos de este tipo y el inconsciente los mantiene activos durante toda su vida.

Los procesos secundarios, por el contrario, se caracterizan por el principio de realidad y se refieren a los mecanismos psíquicos orientados en el tiempo y el espacio, al pensamiento racional, así como a las representaciones del mundo coherentes y conectadas entre sí. Constituyen una característica del yo maduro y se centran en la posibilidad y la capacidad de aplazar una gratificación y, por lo tanto, de diferir en el tiempo la descarga de energía psíquica hasta que las circunstancias externas sean más favorables.

De acuerdo con la teoría freudiana, nuestro aparato mental funciona mediante procesos primarios y secundarios, cuyas características son las siguientes:

	PROCESOS PRIMARIOS	PROCESOS SECUNDARIOS
CARACTERÍSTICAS PSÍQUICAS	Pensamiento onírico Chiste Actos fallidos Simbolismo	Pensamiento racional Leyes lógicas, espaciales y temporales
RECORRIDO DE LA ENERGÍA	Energía libre, no vinculada	Energía vinculada
LUGAR EN LA PSIQUE	inconsciente	preconsciente- consciente





# LAPSUS Y ACTOS FALLIDOS

## LOS MECANISMOS DE LA VIDA COTIDIANA

Al describir los aspectos psicológicos de los procesos primarios, Freud se refería a los sueños, los chistes y los actos fallidos. Pero ¿qué quería decir exactamente?

En 1901 publicó *Psicopatología de la vida cotidiana*, después de haber realizado el curioso recuento de errores que habían aparecido en *La interpretación de los sueños* (y del que se ha tratado en las páginas 17 y 18 de este libro). Freud se mostró muy satisfecho del trabajo tras terminar la lectura del primer borrador. No en vano, esta es una de sus obras más célebres. Al escribirla, evitó casi por completo el uso de tecnicismos e incluyó decenas de anécdotas propias y ajenas. En buena parte, recuperó material de artículos anteriores para presentar de una manera más sistemática las causas y los mecanismos que

### LAPSUS

La palabra, de origen latino, significa literalmente «caída». En el lenguaje coloquial se emplea para referirse a un error no intencionado en el que se incurre por distracción.

explican fenómenos tan corrientes como los lapsus y las equivocaciones. Los descuidos, los falsos recuerdos o los olvidos momentáneos constituyen, en apariencia, errores sin importancia a los que no suele prestarse atención, dada su insignificancia y su ausencia de intención. Freud prescinde de tal apriorismo y acomete la tarea de explicar su significado desde un punto de vista psicológico. Contrariamente a lo que suele creerse, tales equívocos no son resultado de la casualidad, el cansancio o la falta

de atención, sino que revelan ciertos hechos de los que no se es consciente y que, por lo tanto no pueden expresarse, tales como intenciones, impulsos o deseos reprimidos.

Las reflexiones de Freud sobre esta cuestión nacieron del estudio de las peculiaridades

## ACTO FALLIDO

Fenómeno psíquico que se manifiesta mediante un lapsus en la acción. Sucede cuando se desea realiza un acto y, en su lugar, se efectúa otro.

del funcionamiento de la memoria. En ciertas situaciones, y siempre de manera temporal, se dan singularidades que también pueden observarse en los lapsus y los actos fallidos, y en los que entran en juego mecanismos similares a los que causan las remociones.

Al arrojar luz sobre estas pequeñas «psicopatologías de la vida cotidiana» y entender sus causas, se abre una ventana que da directamente a nuestro inconsciente, a los deseos, pulsiones y complejos reprimidos que pueden causar sufrimiento. Para explicar su teoría, Freud se basó en diversas situaciones de la vida real, fáciles de entender porque pertenecen a una experiencia compartida por todos nosotros. Contó, por ejemplo, el caso de un empleado que, durante una ceremonia oficial, al levantar su copa para brindar por su superior —y por quien no sentía ninguna simpatía— dijo «les invito a eructar a la salud de nuestro jefe» en lugar de «a brindar». La importancia de este cambio involuntario y surrealista, propiciado por la similitud entre las palabras alemanas *anstoßen* («brindar») y *aufstoßen* («eructar»), reside en que constituye una expresión del desprecio inconsciente que experimentaba el sujeto.

Las analogías que Freud estableció entre el proceso psíquico que subyace a una neurosis (la remoción) y el proceso responsable de fenómenos muy generalizados en personas sanas representan un gran descubrimiento para comprender el funcionamiento de nuestra mente. Si podemos observar los mismos mecanismos en la raíz de diversos trastornos psicopatológicos, la división entre lo normal y lo patológico se vuelve más confusa, lo cual no significa que los lapsus deban considerarse siempre como síntomas de alguna dolencia; simplemente demuestran cómo funciona la mente en personas sanas como en otras que padecen algún tipo de problema. El hecho de prestar atención a ciertos comportamientos o detalles que, a primera vista, parecen triviales e insignificantes nos permite comprender mejor ciertos aspectos de nuestra experiencia psicológica que, hasta entonces, no conocíamos plenamente.

Los lapsus y los actos fallidos, al igual que los sueños, son otra de las maneras en que se expresa el inconsciente. En el sueño, ciertos elementos reprimidos tienden a reaparecer, si bien, al considerarse inaceptables, se transfiguran y adoptan la forma de algo que la conciencia pueda tolerar. En estos otros casos, en cambio, nos encontramos con conductas o expresiones verbales chocantes ocasionadas por la injerencia perturbadora

## REMOCIÓN

Considerada por Freud un mecanismo de defensa, se encarga de eliminar de la conciencia todos aquellos contenidos psíquicos como recuerdos, imágenes o pensamientos ligados a una pulsión que no puede satisfacerse en ese momento y que entran en conflicto con el yo y el superyó. Sin embargo, no llega a anularlos por completo, sino más bien a cambiarlos de lugar, aun cuando su efecto es comparable al de una eliminación total de dicho contenido. En cierto modo, podría compararse con lo que sucede cuando, en el escritorio de un ordenador, se mueve un archivo a la papelera: creemos que ha desaparecido pero no es así; sigue existiendo. De hecho, podemos recuperarlo o bien borrarlo de manera permanente.



del inconsciente en nuestro comportamiento cotidiano. Tras estas escenas, a menudo cómicas, se oculta un deseo del que no queremos o no podemos librarnos. En una ocasión, Freud, hojeando las páginas del conocido diario vienés *Neue Freie Presse*, dio con una anécdota que no dudó en incluir en la obra. Al parecer, al presidente de una de las cámaras del Parlamento de Austria, al iniciarse una sesión que prometía ser muy acalorada, se le escapó un «Honorable colegas, declaro terminada la sesión». Ni más ni menos.

## LOS LAPSUS

En su obra, Freud ilustró varios tipos de lapsus. Los clasificó teniendo en cuenta el contexto en el que se manifestaban. Los de naturaleza verbal pueden expresarse de maneras distintas:

- ✓ *Cambios*: permutación de letras, sílabas o palabras, o su reemplazo por otras parecidas en su pronunciación pero con un significado diferente («¿me das un queso... digo... un beso?»).
- ✓ *Anticipaciones*: conmutación, en el orden de la frase, de algunas palabras («abre la leche y coge la nevera»).
- ✓ *Sustituciones*: reemplazo de una palabra por otra que pertenece a la misma categoría («no pienso ir al funeral de Juana» en lugar de «a la boda de Juana») o que tiene un sonido similar («le agradezco mucho su hostilidad... digo... su hospitalidad»).
- ✓ *Repeticiones*: se emplea, sin proponérselo, un elemento ya usado en la frase («Rómulo y Rébolo»).
- ✓ *Mezclas*: se originan por la fusión de dos o tres palabras («Nos vemos mañanlunes»).

Los lapsus de lectura y escritura obedecen a los mismos mecanismos que rigen los lapsus verbales. El texto que leemos o escribimos

toma forma en función de los deseos e intereses personales. Pensemos, por ejemplo, en lo que ocurre cuando leemos por equivocación «el restaurante estará abierto el domingo por la noche» en lugar de «cerrará el domingo por la noche» porque estamos pensando en acudir allí ese día. O cuando nos vemos en la tesitura de leer o escribir algo doloroso o desagradable para nosotros. Existen, además, los lapsus de escucha, que se producen cuando oímos una cosa en lugar de otra llevados por nuestras necesidades inconscientes.

Tampoco es raro que olvidemos ciertas palabras, sobre todo nombres propios. A menudo, estos olvidos suelen combinarse con fenómenos de cambio: cuando nos esforzamos por recordar un nombre olvidado, se nos vienen a la mente otros que, aun sabiendo que no son el correcto, no podemos reprimir porque no podemos dar la espalda a nuestros pensamientos. Un análisis en profundidad sacaría a la luz la asociación que se oculta tras el lapsus y que une la palabra reprimida con la que parece recordarse con tanta insistencia.

Freud también profundizó en el significado de las acciones sintomáticas, que suelen darse con cierta regularidad en función de determinadas circunstancias o incluso de manera aislada. Tal sería el caso de aquellas personas que padecen tics nerviosos (mesarse el cabello, martillear con los dedos, morderse el labio) o efectúan acciones automáticas con un objeto particular (garabatear con un lápiz, jugar con el llavero, frotarse la ropa). Esos gestos representan la aparición de una emoción inconsciente difícil de reconocer y expresar hacia la persona olvidada, posiblemente porque se trate de rabia, aburrimiento, hostilidad o preocupación. Por lo tanto, no es la emoción en sí inaceptable, sino el objeto o la persona hacia la que se dirige. En consecuencia, si en una reunión de trabajo importante nos aburrimos, no se debe al tema que se trata, sino al mismo hecho de estar en una sala con otra gente. Por eso algunas personas, en lugar de expresar su fastidio con palabras, pasan el rato garabateando en un papel.

Algo similar sucede cuando perdemos algo. Freud considera este descuido como la manifestación de una aversión inconsciente por el

objeto en cuestión —sobre todo si apenas tiene valor— o de un sentimiento o una idea sobre el mismo que se mantienen reprimidos.

Freud describió otro lapsus de escritura especialmente curioso. En 1909, en una carta a Jung, le confesaba una vez más su decepción por Viena y los vieneses, parafraseando al autor latino Suetonio. Sin embargo, si, según el historiador, el emperador Calígula deseaba que todos los romanos formasen un cuerpo con una sola cabeza para decapitarlos de un tajo, el padre del psicoanálisis expresó una idea menos violenta pero de una contundencia similar, aunque con un resultado imprevisto. Freud habría deseado que todos los vieneses tuviesen un único trasero para darles una buena tunda, pero, en lugar de escribir *golpearlos*, anotó *golpearlo*. El cambio sugiere que, antes que a sus conciudadanos, más bien ansiaba ajustar las cuentas con un discípulo cada vez más díscolo y con el que comenzaba a llevarse mal.

## ACTOS FALLIDOS

Con este nombre se conoce a los lapsus de acción que se producen cuando nos proponemos hacer algo y, sin darnos cuenta, lo olvidamos o hacemos lo contrario. Todo acto fallido puede interpretarse de acuerdo con la relación que existe entre acto en sí mismo y el impulso reprimido que encuentra una vía secundaria para expresarse.

Italo Svevo, en su novela *La conciencia di Zeno*, describe un ejemplo típico de acto fallido. El episodio, uno de los más célebres de la obra, permite rastrear además la influencia de las teorías freudianas. Cuando Zeno abandona la oficina para asistir al sepelio de su cuñado —que se había suicidado—, ve un cortejo fúnebre en el que cree distinguir el coche de un amigo de la familia y decide seguirlo. Al cabo de un rato, se da cuenta de que no conoce al finado. En puridad, no se trata de un error, ya que Zeno se resiste a participar en el acto porque, en su fuero íntimo, se niega a hacerlo. En el fondo, no soportaba a su cuñado y, llevado por sus sentimientos de menosprecio, consuma su desprecio mediante esta aparente equivocación.



*Psicopatología de la vida cotidiana* es, sin duda, la obra de Freud que ha gozado de una mayor difusión —en vida del autor, se tradujo a doce idiomas. La razón de su éxito depende en buena medida del hecho de versar sobre experiencias compartidas y analizarlas con un estilo carente de tecnicismos y sin adentrarse en aspectos teóricos de cierta complejidad. Al leerla, podemos contemplar bajo una nueva luz comportamientos y acciones ya vividas que, hasta ese momento, nos parecían bastante insignificantes e intentar identificar los conflictos y defensas que quizá expliquen la presencia de esas pequeñas disfunciones en nuestro acontecer diario.

Los lapsus y los actos fallidos expresan un conflicto y nos recuerdan la presencia constante del inconsciente tras nuestras acciones y preferencias. Lejos de asustarnos, nos brindan la oportunidad de descubrirnos y conocernos mejor.



# PULSIONES, ANGUSTIA Y DEFENSAS

## LAS PULSIONES

El sistema que Freud elaboró, por su propia naturaleza, siempre se halló sometido a un proceso de investigación continuo cuyos progresos no se daban de manera lineal. Reivindicar el carácter científico del psicoanálisis y diferenciarlo de la filosofía, las creencias o la medicina, implicaba buscar explicaciones continuamente, iluminar zonas de penumbra, revisar conceptos y afinar categorías y definiciones.

Como se ha visto anteriormente, uno de los fundamentos de ese sistema es la concepción de la psique como un sistema bioenergético complejo que tiende, de manera constante, a crear y, sobre todo, a mantener el equilibrio. La mente humana se compone de varias partes (las tres regiones: el inconsciente, el preconscious y el consciente; y los tres «actores»: el ello, el yo y el superyó), está gobernada por mecanismos distintos y a menudo contradictorios, y se halla en contacto con la realidad externa, de la que capta una gran cantidad de información cambiante que la obliga inevitablemente a tomar decisiones y actuar en consecuencia.

Esta tensión continua, este juego entre varios actores, implica que la psique nunca alcanza un equilibrio perfecto y estable, sino



que se halla inmersa en su continua búsqueda, hecho que le causa más tensión que tranquilidad. Al analizar la Segunda tópica, hablamos también de las pulsiones. Si quisiéramos ampliar esta idea, podríamos decir que las pulsiones son precisamente esos estímulos «internos» que perturban dicho equilibrio, un concepto que se halla en el límite entre el cuerpo y la mente que permite dar cuenta, en términos generales, de una cierta cantidad de energía que se proyecta en una dirección determinada y busca una satisfacción inmediata.

En su ensayo *Pulsiones y destinos de pulsión*, de 1915, Freud describe diversos mecanismos relacionados con este tipo de impulsos de energía, que pueden además transmitirse en distintas direcciones. El proceso pulsional posee un recorrido dinámico, una proyección psíquica hacia una meta, y se caracteriza en función de tres aspectos: el origen, el objeto y el objetivo. La fuente es una excitación somática localizada en una zona de nuestro cuerpo, que varía dependiendo de la situación y el estado de desarrollo psicosexual, tal como se ha visto anteriormente. El objeto es el medio por el cual la pulsión alcanza su objetivo. Es la parte más variable de todas cuantas participan: puede ser un objeto o bien una parte del cuerpo del sujeto, y cambiar a lo largo del itinerario que sigue una pulsión en pos de su satisfacción. La meta, como puede imaginarse, es la consecución de ese objetivo y se salda con el aminoramiento o la desaparición de esa tensión inicial. Pero aunque la satisfacción solo puede lograrse cuando se elimina el estado de estimulación de la fuente de la pulsión, conviene tener en cuenta que existen más formas de llegar.

Las pulsiones no están determinadas por sus efectos, ya que existen diversas formas de desviarlas y redirigirlas a un destino distinto o bien aplazarse si fuese necesario. En el movimiento que se genera, las energías pulsionales, transformadas de manera diversa, se configuran como algo equivalente, a nivel simbólico, del deseo inicial y de la meta que deseamos alcanzar. Con el paso del tiempo, Freud desarrolló y enriqueció sus hipótesis acerca de cómo pueden clasificarse tales pulsiones. No en vano, la publicación, en 1920, de *Más allá del principio de placer* marcó un punto de inflexión.

## AMOR Y MUERTE (EROS Y TÁNATOS)

En el texto que se acaba de mencionar —uno de los menos lineales de su obra—, Freud se inspiró en la mitología griega para introducir los conceptos de Eros y Tánatos para representar, respectivamente, los instintos de vida y de muerte. El Eros es, en términos generales, la fuerza psíquica que nos lleva a actuar en pos del placer, entendido no solo en un sentido sexual o erótico, sino como un deseo, como una presión creativa y constructiva, una voluntad de ir más allá y establecer relaciones con otros sujetos. A esta tendencia fundamental se opone Tánatos, la pulsión de muerte, una unidad agresiva que anima al caos y la destrucción. De este modo, si el propósito de Eros es establecer la unidad y la armonía, Tánatos, por el contrario, se esfuerza por sembrar la discordia y destruir cualquier lazo. Ambos conceptos, al menos en un primer momento, Freud los tomó de sus numerosas lecturas y, en especial, de Schopenhauer y su concepción de la vida, a la que consideraba una insatisfacción constante y dolorosa. Quizá no sea fortuito que el padre del psicoanálisis acuñase ambas ideas en una época en que había perdido a una de sus hijas, Sophie.

Asimismo, al interesarse por los supervivientes a la Primera Guerra Mundial, Freud detectó la presencia de un mecanismo muy peculiar, basado en la *compulsión de repetición*, la tendencia arcaica y dolorosa a replicar en el curso del tiempo experiencias muy dolorosas. Ese retorno instintivo y constante a las experiencias traumáticas —que no dudó en motejar de «demoníacas»— emerge sistemáticamente cuando se pide al paciente que hable con plena libertad para traer de vuelta lo que previamente había sumergido. En la transferencia analítica, este rebrote del dolor debe responder en algún modo al principio de placer. Y precisamente ese es el instinto primordial de muerte. La mente humana se convierte así en un campo de batalla en el que se enfrentan ambos principios, Eros y Tánatos, para tomar el control, aunque la lucha será eterna y sin un vencedor claro. Este choque sin descanso —y no la victoria, aunque sea momentánea, de uno u otro— explica la variedad de los fenómenos vitales.



Impulsadas por el principio de placer, las pulsiones eróticas se hallan en el origen de todas las tendencias que favorecen la vida, sean propias y ajenas, así como los lazos emocionales (amistad, amor, protección, atención). Asimismo, son la manifestación psíquica de las fuerzas con que los organismos vivos resisten todo conato de disgregación.

Las pulsiones de muerte, por su parte, expresan la tendencia de todos los seres vivos a regresar a un estado inorgánico, a ese equilibrio definitivo que es la muerte. A la acción de Tánatos se deben los sentimientos de envidia, odio, destrucción o agresión. Tomados en conjunto, estos instintos desembocan en la destrucción y la guerra, mientras que la vida en sociedad toma forma gracias a las pulsiones de vida, que empujan a los sujetos a unirse y colaborar mediante la creación de lazos.

Por encima de ambos procesos se hallan sendas fuerzas opuestas: la agresión y la libido, a la que Freud considera una forma de energía

## LIBIDO

Manifestación de energía psíquica desencadenada por el instinto de conservación. La pulsión, de naturaleza puramente sexual, integra a todas las pulsiones eróticas.

psicosexual que se mueve sin un propósito o una dirección definida. Si volvemos por un momento a los principios de placer y de realidad, veremos que Freud nos mostró cómo la energía psíquica sigue una regla muy simple: la descarga, ligada siempre a la satisfacción y el placer. En consecuencia, cualquier acumulación o au-

mento de energía que no logre descargarse ocasionará un estado de tensión interna y, por lo tanto, de desapacibilidad.

Sin embargo, los seres humanos tendemos a percibir la energía libidinal y la agresiva, que son innatas y completamente psíquicas, como sensaciones somáticas, más ligadas al cuerpo.

La hipótesis —pues Freud siempre se cuestionó su teoría, ya que consideraba que solo podía avanzar a tientas— en la que se basan esos mecanismos propone que los seres humanos no actúan solo movidos por los estímulos del entorno, sino también por las presiones internas,



derivadas de la dinámica de la mente y el cuerpo. Como si de una suerte de combustible se tratase, estos estímulos internos nos impulsan a actuar y promover un cambio, sea positivo o negativo. No en vano, la libido se define como una energía constructiva, mientras que la agresividad entraña una fuerza disruptiva e incluso autodestructiva si se vuelve contra sí misma.

La pulsión de vida, movida por energía libidinal, pretende establecer lazos o conexiones entre diversos organismos. La pulsión de muerte, por el contrario, expresa una tendencia hacia la materia orgánica, preexistente a la vida, a la inactividad extrema, a la muerte. Ambas pulsiones, aunque opuestas, pueden entrecruzarse y fundirse no solo en el ámbito clínico —tal como se observa en las sesiones de psicoterapia—, sino también en la actividad mental de cualquier persona sana. La pulsión de muerte se halla presente incluso en las relaciones amorosas y, por el contrario, no es raro que un episodio de crueldad depare algún tipo de satisfacción libidinal. De hecho, no hay por qué considerar a Tánatos como un freno o un obstáculo que se interponga a la consecución de un objetivo. Si se canaliza adecuadamente, puede convertirse en una herramienta valiosa para alcanzar una meta.

Al entablar amistad, por ejemplo, luchamos contra ciertas dificultades que se oponen a la unión, como la distancia o la falta de tiempo libre. Y si pensamos en el mundo del trabajo, ¿cuántas veces es necesario recurrir a una dosis de agresividad controlada para enfrentarnos a nuestros adversarios y concluir una tarea con éxito?

Sea como fuere, es preciso que Eros controle la pulsión de muerte para evitar consecuencias perjudiciales e incluso fatales, tal como ocurre con los comportamientos autodestructivos, cuando la descarga se dirige hacia uno mismo, o con las acciones violentas hacia el entorno.

## LA ANGUSTIA: DE SÍNTOMA A SEÑAL DE ALARMA

En su reflexión acerca de la constitución de la psique, Freud determinó un estado de sufrimiento y miedo que identificó con la palabra alemana *Angst* («angustia»).

Una vez más, el significado del término cambió y se precisó con el tiempo hasta unirse indisolublemente con el yo, el «diplomático» que media entre las diversas exigencias del individuo e intenta conciliar el ello con el superyó. El concepto de angustia adquirió paulatinamente una importancia considerable y acabó por convertirse en uno de los aspectos fundamentales de la teoría psicoanalítica. Freud lo integró en la estructura y el funcionamiento del aparato psíquico humano, y otorgó a este estado emocional negativo una explicación psicógena —es decir, un origen puramente psicológico—, desligándolo de cualquier causa orgánica. Tal concepción se oponía frontalmente a la psiquiatría de finales del siglo XIX, que situaba la angustia en el plano físico y la consideraba una disfunción del sistema vegetativo tal como parecían demostrar ciertas manifestaciones neurogenerativas como la sudoración, la taquicardia, los temblores, etc.

En sus primeros escritos, el padre del psicoanálisis la relacionó con una falta de satisfacción de las pulsiones. La angustia sería, pues, un síntoma de esa remoción. Así, cuando una pulsión —de la naturaleza que fuese— no logra satisfacerse, la energía psíquica se acumula y origina angustia. En tales circunstancias, se crea un estado de tensión que no puede ser controlado ni descargarse y, en consecuencia, se genera incomodidad, dolor y miedo en respuesta a un sistema que no funciona.

El hecho de que la energía pulsional no decrezca puede deberse a un mecanismo de defensa: el yo se ve obligado a rechazar instintos que no se ajustan a las normas sociales y morales que el sujeto comparte, como ciertos impulsos sexuales o destructivos. Con independencia del motivo específico que impide satisfacer la pulsión, durante las situaciones de angustia se experimenta una incomodidad muy desagradable originada por una acumulación de energía psíquica que no halla una salida. Dicho de otro modo, la falta de acuerdo entre el pobre yo y sus amos impide cualquier negociación.

Tiempo después, en un ensayo de 1926 titulado *Inhibición, síntoma y angustia* —y que, pese a ser un tanto desordenado, constituye uno de los más importantes de toda la producción—, Freud aportó una interpretación diferente de la angustia. Pasó a considerar la reelaboración



y reformulación de pensamientos como una suerte de detonador, una señal que desencadena los mecanismos de defensa a los que recurre el yo para protegerse de cualquier trauma psicológico. La angustia, pues, deja de ser una reacción pasiva y pasa a convertirse en una actividad real de la mente. Sin embargo, esta nueva concepción no implica que haya descartado su teoría inicial: Freud tan solo modificó el punto de vista para centrarse en la función de la angustia en la vida cotidiana, dejando de lado su origen. De acuerdo con su razonamiento, el cuerpo humano, en situaciones potencialmente peligrosas, experimenta ansiedad y miedo, y la angustia alertaría al yo de las amenazas que se ciernen sobre el equilibrio psíquico y mental, con independencia de que estas sean reales o imaginarias, o provengan del ello o del mundo exterior, ya que lo verdaderamente importante serían los efectos nocivos que podrían acarrear.

## EL YO COMO GUARDIÁN

El yo, advertido por la señal de alarma de la angustia, entra en liza activando diversos mecanismos de defensa para evitar que pensamientos y emociones no deseadas lleguen al consciente. De acuerdo con la comparación que se ha establecido páginas atrás, la angustia sería el funcionario de la embajada que comunica al yo una amenaza inminente y nuestro diplomático debe emplear todos sus recursos para frenarla.

El conjunto de todos esos procedimientos que el yo pone en marcha para protegerse de esos contenidos amenazantes, así como la angustia, constituyen los mecanismos de defensa, operaciones automáticas e inconscientes que se implementan con independencia de la voluntad del sujeto y con las que el yo intenta alejar de la conciencia cualquier contenido angustioso o traumático que le resulte molesto y que, además, sea inaceptable para el superyó. Dichos mecanismos son, ante todo, medidas de salvaguarda que no deben considerarse necesariamente como un elemento negativo o patológico, sino más bien como una medida que nos permite afrontar con mayor seguridad nuestro quehacer cotidiano y



vivir mejor. Solo dan lugar a trastornos psicológicos en aquellos casos en que se manifiestan con una rigidez y una severidad excesivas. En tales situaciones, los mecanismos de defensa se endurecen demasiado, coartan la libertad de acción del individuo, impiden la satisfacción de las necesidades instintivas y, en lugar de desaparecer, permanecen latentes en silencio en el inconsciente y pugnan por emerger hacia la conciencia.

Los mecanismos de defensa, de hecho, solo neutralizan la representación (es decir, la forma) de ciertas peticiones, no su energía pulsional, que puede dañar el sistema mediante la creación de conflictos psíquicos –por ejemplo, entre el consciente y el inconsciente, o entre

las exigencias del ello y las necesidades del superyó– de difícil resolución. En ese momento, según Freud, se originan los síntomas neuróticos que sirven como formaciones de compromiso entre las exigencias del ello y las defensas del yo y que deben interpretarse como manifestaciones de conflictos psíquicos que se han vuelto crónicos.

## FORMACIONES DE COMPROMISO

También conocidas como *formaciones transaccionales*, representan la unión simbólica de un deseo inaceptable o inalcanzable y la defensa de dicho deseo. Los síntomas –tales como el sufrimiento o las dificultades percibidas– surgen como un compromiso entre el yo que se defiende y la representación inaceptable rechazada.

## LOS MECANISMOS DE DEFENSA

Optar por un solo mecanismo de defensa o más depende de diversos factores, como las características individuales y las circunstancias del momento. El mecanismo escogido con más frecuencia tiende a repetirse de manera mecánica y llega a convertirse en un hábito que se integra en la personalidad del individuo. Incluso el yo tiene sus preferencias. Aunque Freud describió algunos, su análisis y desarrollo se deben al trabajo de su hija Anna.

### *Remoción*

Constituye el principal mecanismo de defensa. Se encarga de borrar o, más bien, negar cualquier tipo de contenido —ya sea una emoción o un pensamiento— presente o en potencia que se considera una amenaza en el caso de que aflore en el consciente. De este modo, es posible eliminar impulsos, deseos, fantasías y sentimientos provenientes del ello que pueden resultar demasiado intensos o sencillamente irreconciliables con la voluntad del superyó y el ideal perseguido. Dicho mecanismo funciona en un nivel subconsciente e impide que todos esos contenidos accedan a la conciencia. Se lo considera, además, un proceso universal y básico en el ello que permite mantenerlo separado del resto de la psique y opera en todas las acciones que desarrollamos en nuestra vida, sin que necesariamente entrañe el desarrollo de ningún trastorno. Sin embargo, aunque pueda negar las representaciones de pulsiones inaceptables, no puede neutralizar la energía psíquica del ello, que se mantiene a pesar de que los pensamientos y emociones se mantengan a un nivel inconsciente. También puede fallar en ciertos casos y emerger ciertos contenidos reprimidos, aunque de manera incompleta, ya que los mecanismos de defensa logran alterar su apariencia y tornarlo irreconocible. Su aparición, pues, se lleva a cabo de manera parcial, atenuada, en virtud de una formación de compromiso, y siempre como lapsus, actos fallidos o sueños. Piénsese, por ejemplo, en el caso de aquella persona que está convencida de que nunca ha tocado un cigarrillo y «se olvida» de que lo castigaron en el colegio por pillarla fumando en los lavabos. No se trata de una mentira: el yo ha eliminado un contenido doloroso y un deseo que, desde entonces, se considera negativo.

### *Proyección*

Este mecanismo de defensa se encarga de expulsar pulsiones, ideas, fantasías y sentimientos irreconciliables con uno mismo que, a partir de ese momento, pasan a considerarse extraños. En virtud de la proyección, el individuo se niega a poseer ciertas representaciones y



los atribuye a personas u objetos del mundo exterior, como si el yo dijese «ese pensamiento no es mío, sino tuyo». No en vano, al activarlo, podemos llegar a creer que esa presencia molesta y expulsada sea, en verdad, la realidad como se presenta al resto del mundo y no un producto de la imaginación. En algunos casos, la proyección se halla en la base de ciertas formas de delirio —que no es más que una interpretación equivocada de la realidad.

Al igual que la remoción, la proyección se halla presente y activa a lo largo de la vida de la persona. Imaginemos que nuestro mejor amigo nunca hubiese estado seguro de sus habilidades como músico. Sin embargo, cuando le preguntan al respecto, se excusa diciendo que son los otros quienes piensan así. El yo, ese guardián, confía a los demás —y no a nuestro amigo— esa creencia, pues considera que un músico no puede permitirse tales vacilaciones.

### *Formación reactiva*

Mediante esta operación automática e inconsciente se transforma un contenido inaceptable en su contrario. Así, por ejemplo, una persona con impulsos agresivos puede comportarse con gran educación. Este mecanismo de defensa nos protege de pulsiones violentas o eróticas demasiado intensas y, en consecuencia, incompatibles con las normas sociales, el yo y el superyó.

La transformación de un contenido en su contrario tampoco es necesariamente negativa y constituye un rasgo más de la personalidad, aunque puede convertirse en algo patológico si se utiliza de una manera estricta y exclusiva, o cuando se experimenta dolor o incomodidad si no se consigue transformar un contenido en su contrario. Supongamos que una niña, a la que llamaremos Ana, no soporte a su hermanito desde hace un par de semanas porque no hace más que llorar y, además, acapara toda la atención de la madre. Un buen día, sin malicia alguna, se le ocurre sugerir que podrían enviar al pequeño a casa de sus tíos, que viven en las montañas, porque allí quizá esté más tranquilo y deje de llorar. Como no puede expresar su agresividad de una manera más directa, pues sería inaceptable, Ana



recurre a esta treta para librarse de su hermano —que, a su juicio, sin duda estará mejor lejos de casa— y disfrutar por completo del cariño de su madre.

### *Sublimación*

Gracias a este mecanismo de defensa se consigue que el objeto de una pulsión se desplace a un área social y moralmente aceptable. De este modo, una persona puede realizar ciertas actividades en las que canalice sus impulsos agresivos o eróticos de una manera que no se considere censurable y descargar una energía pulsional que, en otras circunstancias, quedaría atascada en un nivel psíquico. Basta con cambiar la forma para que una pulsión, por muy intensa que sea, se convierta en algo asumible.

La sublimación es, por lo tanto, uno de los mecanismos de defensa más útiles y eficaces, ya que da lugar a comportamientos por lo general tan sanos y ventajosos como la creación artística, la investigación científica o el deporte.



# EL DESARROLLO DE LA SEXUALIDAD Y EL COMPLEJO DE EDIPO

## LA SEXUALIDAD EN LA INFANCIA

En 1909, durante su estancia en Estados Unidos, y mientras dictaba su cuarta conferencia en la Universidad de Clark, Freud se formuló varias preguntas sobre la sexualidad en la etapa infantil, ya que no estaba seguro de si podría afrontar la cuestión. Para la mentalidad puritana de la época, el padre del psicoanálisis se había convertido en todo un revolucionario, algo que le gustó mucho. Algunos de sus primeros discípulos y colaboradores comentaban, entre bromas y veras, que pronunciar el nombre del maestro ante la comunidad médica se había convertido en algo parecido a agitar un trapo rojo delante de un toro. Sin embargo, el asunto no pasó a mayores y, a juzgar por su correspondencia, no tardó en descartarlo por considerarlo irrelevante y demasiado proclive a despertar suspicacias en personas mediocres y maliciosas.

Schnitzler ya había señalado en sus obras de teatro el peso que tenía la sexualidad en la sociedad de su época, parapetada tras la moral judeocristiana, y Freud pudo comprobar las contradicciones que ello implicaba al atender a sus primeros pacientes. En *Tres ensayos*



sobre *teoría sexual*, publicado en 1905, Freud reflexiona sobre la importancia que la vida sexual tiene en el desarrollo del individuo ya desde los primeros años de vida. A partir de esta observación, sus teorías sobre la sexualidad tendrán una extraordinaria influencia en la cultura en general y en la ciencia psicológica en particular. El padre del psicoanálisis provocó un cambio revolucionario y, por si fuera poco, sin andarse con rodeos: no le asustaban ciertas palabras consideradas por aquel entonces malsonantes y mucho menos los conceptos perturbadores. No en vano, al adentrarse en el mundo de la infancia, sentenció, ni más ni menos, que el niño es un *perverso polimorfo*.

La investigación psicoanalítica de Freud y sus seguidores ha prestado mucha atención al desarrollo infantil, sobre todo en aquellas cuestiones referidas a la formación gradual de su individualidad. De hecho, este periodo vital se convierte en la piedra angular del sujeto: durante las sesiones, el analista ve, observa y cura al niño que fue el adulto que ha acudido a la consulta. Según Freud, todo niño es perverso porque está dominado por pulsiones eróticas que no están encaminadas a la reproducción y, además, es polimorfo porque busca el placer mediante la estimulación de distintas zonas erógenas, más allá de los genitales.

No es difícil imaginar el asombro y el escepticismo con que el mundo científico y cultural de la época acogió tales afirmaciones, que distorsionaban la imagen pura y angelical de la infancia, y ponían en cuestión la idea de que la sexualidad es un asunto propio únicamente de la edad adulta. Sin embargo, Freud no usaba el término *perverso* con ninguna connotación negativa, sino más bien en su acepción etimológica (*perversus*, en latín, significa «vuelto del revés»). De nuevo, su pensamiento se convierte en un ataque frontal a la moral burguesa y su difícil relación con el mundo de los afectos y la sexualidad.

## LA ENERGÍA DISRUPTIVA DE LA LIBIDO

Esta nueva concepción psicoanalítica se basa en un supuesto teórico que ha suscitado gran controversia y animosidad: el hecho de que el

impulso sexual no tenga una finalidad eminentemente reproductiva sino más bien la consecución de sensaciones agradables y, en especial, que los niños, «a la tierna edad de tres, cuatro y cinco años», busquen el placer erótico.

Freud dejó bien claro que la pulsión sexual nace de una libido que busca su satisfacción. Pero ¿y si no lo consigue? ¿Y si los deseos alimentados por la libido, convertidos en pulsiones sexuales, no logran cumplirse?

Según Freud, la dificultad que entraña pasar de una pulsión a otra genera un estado de neurosis que provoca a su vez que esa pulsión quede fijada durante la fase del desarrollo psicosexual o, por el contrario, una regresión en el desarrollo del niño. El mecanismo de esa fijación —consistente en el bloqueo temporal o permanente de una pulsión específica— puede estar determinado por varios factores, internos o externos, del individuo. Entre los factores internos puede haber diversos acontecimientos históricos, un trauma, la influencia de la familia o del sistema social, el modelo educativo e incluso una situación emocional compleja. Los factores internos, por su parte, incluyen la gratificación excesiva en una etapa de desarrollo de la sexualidad o bien una frustración creada como respuesta a las dificultades que impiden la transición a la siguiente etapa.

Mediante estas teorías, Freud quería mostrar que la neurosis y los deseos inconscientes, que ya había descrito y analizado al abordar el tratamiento psicoanalítico, hunden sus raíces en la esfera sexual movidos por las propias pulsiones. Durante la práctica clínica, el analista logra que el paciente reviva el niño que fue y exprese un estado de sufrimiento a través de unos síntomas muy precisos.

### FIJACIÓN

Bloqueo temporal o duradero de la libido sobre un objeto pulsional o sobre unas zonas erógenas específicas que caracterizan el desarrollo psicosexual. Puede darse como resultado de una gratificación excesiva o, por el contrario, de una gran frustración acumulada durante el desarrollo del niño.

## UN VIAJE AL PASADO

Freud no se refirió directamente a casos clínicos observados en niños —años más tarde lo haría su hija Anna—, sino que prefirió reconstruir el mundo inconsciente de los adultos, a los que consideraba «hijos» de los niños que fueron una vez. En aquellas sesiones, trataba la edad adulta como si fuese un fiel reflejo de la niñez vivida, como si fuese su prolongación, formada y cristalizada a partir de experiencias pasadas.

### REGRESIÓN

Describe la naturaleza dinámica de la libido, que retrocede o se retrotrae a formas de experiencias gratificantes anteriores al estadio evolutivo alcanzado. Entraña un auténtico regreso a modalidades de funcionamiento emotivo, físico y comportamental propias de una fase anterior.

El adulto, pues, se convierte en el resultado de una cadena de acontecimientos que están determinados por sus precedentes y que, a su vez, determinarán a los que vendrán posteriormente. El modo en que se determina esta progresión evoluciona constantemente, si bien en algunos casos implica también la presencia de fijaciones y regresiones que interrumpen o alteran el flujo evolutivo. Durante el desarrollo psicosexual, la li-

bido, con sus pulsiones, puede encontrar obstáculos que la desvíen de su curso normal y despejen el camino a la neurosis.

## LAS ETAPAS DEL DESARROLLO DE LA SEXUALIDAD

De acuerdo con esta teoría, el desarrollo normal de la sexualidad atraviesa una serie ordenada de fases o etapas psicosexuales. Freud identificó cuatro: la fase oral, la fase anal, la fase fálica y la fase genital. Las dos primeras, conocidas también como fases pregenitales, poseen una importancia considerable en la organización de la vida sexual adulta, ya que para el bebé constituyen el primer modo, independiente y no organizado, de explorar y conocer el mundo.



Durante este proceso de estructuración, el paso de una etapa a otra implica una modificación del objeto, la meta y la intensidad de la pulsión. En *Tres ensayos sobre teoría sexual*, Freud formuló, junto con los conceptos más generales de la libido y la pulsión sexual que intervienen en el proceso, otro referido a las zonas erógenas que caracterizan de una manera muy significativa los diversos estadios del desarrollo psicosexual del niño.

Estas fases psicosexuales requieren periodos de ajuste y restauración del equilibrio a lo largo del desarrollo cuyo éxito o fracaso puede generar satisfacción o frustración. De hecho, cabe la posibilidad de que estos conflictos evolutivos se conviertan en un obstáculo o un refuerzo, en el caso de la fijación, de la satisfacción pulsional específica de cada fase psicosexual. Asimismo, en el caso de la regresión, se lleva a cabo un retorno a una etapa psicosexual anterior que compromete, de forma temporal o permanente, el desarrollo normal.

En cierto modo, podemos concebirlo como un camino organizado en varias etapas en las que se avanza o retrocede en el caso de que no se mantengan las condiciones que han permitido la realización de la fase de desarrollo. Por esta razón, en cada etapa podrían detectarse elementos de otras ya adquiridas que se integrarán por completo al final, en la fase genital.

En la *fase oral*, la primera etapa del desarrollo de la sexualidad del niño, centrada en la zona erógena comprendida por la cavidad oral, la boca y los labios se convierten en el medio para obtener placer y satisfacción. Desde que nace hasta que cumple unos 18 meses, el niño explora el mundo y lo conoce mediante actos tan simples como chupar, morder y comer. Mediante estas experiencias asimila los aspectos placenteros y dolorosos de la existencia.

Cuando las necesidades del niño cambian a causa de la evolución biológica y fisiológica, se inicia la *fase anal*. En esa etapa, comprendida entre los 18 y los 36 meses, el niño debe aprender a controlar los esfínteres. El proceso, de carácter eminentemente fisiológico, no excluye estados de placer y dolor. El placer dirige las pulsiones en pos de una meta así como para encontrar alivio cuando el dolor despierta la frustración que causa la detención del mecanismo.

El aprendizaje de esta tarea depende en gran medida de la educación y, en especial, de las reglas y prohibiciones que imponen los padres, quienes de una manera más o menos implícita facilitan la transición a la etapa siguiente.

Como puede verse, la teoría prescinde de todos aquellos aspectos relacionales que se hallan en la base del desarrollo psíquico y emocional del niño, y que hoy se consideran de gran importancia. Freud se centró exclusivamente en la relación que el niño establece con el propio cuerpo y, en especial, con las zonas erógenas que orientan de forma activa su comportamiento fase tras fase.

El proceso de maduración de la personalidad continúa en la *fase fálica*, cuando, entre los tres y los cinco años, descubre los órganos genitales como fuente de sensaciones físicas agradables. El niño conoce su cuerpo tocando y mirando sus genitales, movido por pulsiones libidinales que buscan un modo de descargarse. En esta etapa, el desarrollo de la personalidad gira principalmente alrededor de la

presencia del pene, en los hombres, o de su ausencia, en las mujeres. Los niños y las niñas comienzan a reconocerse como sujetos distintos, ya que en ese momento comienzan a darse cambios fisiológicos y psicológicos de gran importancia y complejidad. Al mismo tiempo, el sujeto se ve compelido a establecer una relación afectiva con el progenitor del sexo opuesto, así como desarrollar sentimientos de celos y ri-

## FASE DE LATENCIA

✓  
Pausa en el desarrollo de la sexualidad que suele darse a los once años, cuando la libido se atenúa para facilitar la relación del niño con el mundo exterior. No en vano, a esa edad suelen establecerse las primeras relaciones y amistades en la escuela.

validad hacia el otro. Este proceso, el llamado *complejo de Edipo*, se da durante la fase fálica, a la que sigue la postrera del desarrollo psicosexual. La *fase genital*, el final del viaje que emprendió la libido, constituye también la transición de la niñez a la adolescencia tras cumplirse la *fase de latencia*.



El sujeto, ahora adolescente, encuentra un cuerpo erotizado porque la pulsión libidinal identifica en los genitales ciertas zonas erógenas de donde brota el placer, de un modo similar a como ocurrió en la etapa fálica. La pubertad marca la transición de las fases pregenitales (oral y anal) a la sexualidad adulta, marcada por la superación de las pulsiones libidinales parciales (típicas de ese «perverso polimorfo» que es el niño) que se integran y organizan, así como la transformación del placer sexual, que pierde su connotación autoerótica para buscarlo fuera del núcleo familiar. El amor por uno mismo se transforma en amor por los otros.

## EL COMPLEJO DE EDIPO: EL MITO GRIEGO

El complejo de Edipo —uno de los pilares fundamentales de la teoría freudiana— se da durante la fase fálica y constituye un paso fundamental en el desarrollo afectivo del niño. Su formulación se debe a un largo proceso que se inicia en los primeros esbozos de *La interpretación de los sueños*, cuando analiza los sueños centrados en la muerte de seres queridos. Este conflicto, quizá el más conocido de su pensamiento, gira en torno al amor que siente el sujeto por uno de los padres y el odio que experimenta por el otro. De su superación depende la formación del superyó y entraña un ajuste de cuentas con la propia sexualidad desde un punto de vista despojado de cualquier valoración de carácter moral, normativo o pedagógico.

Con todo, antes de describir este concepto teórico tan importante y analizar el modo en que contribuye a la estructuración de la personalidad, no estará de más detenerse por unos instantes en el mito griego que Freud conoció a partir de *Edipo rey*, la tragedia de Sófocles.

Según la leyenda, el oráculo de Delfos predijo a Layo, rey de Tebas, que su hijo Edipo lo mataría y se casaría con su esposa. Para evitarlo, el rey ordenó matar a su vástago. Sin embargo, el siervo al que se lo había mandado, movido por la compasión, decidió salvar al niño y lo abandonó en el bosque, donde lo halló un pastor que lo entregó



# EL NIÑO

(perverso polimorfo)

al crecer, atraviesa

## LAS FASES DEL DESARROLLO PSICOSEXUAL

Pueden quedar alteradas por

FIJACIONES

REGRESIONES

### FASES PREENITALES

#### FASE ORAL

Del nacimiento a los 18 meses

Cavidad bucal y labios

Placer y conocimiento del mundo comiendo, succionando y mordiendo

#### FASE ANAL

De los 18 a los 36 meses

Zona anal

Placer obtenido mediante el control de los esfínteres

#### FASE FÁLICA

De los 3 a los 5 años

Genitales

Descubrimiento de las diferencias entre el cuerpo masculino y el femenino (penel); complejo de Edipo

#### PERIODO DE LATENCIA

De los 6 a los 11 años

Pausa en el desarrollo sexual. La libido se adormece para favorecer el acercamiento al mundo exterior

#### FASE GENITAL

De los 12 años a la edad adulta

Genitales

Placer obtenido en las relaciones sexuales con personas del otro sexo

Edad

Zonas erógenas

Características

LIBIDO

Energía biológica de  
naturaleza sexual



Toma forma  
en la

**PULSIÓN**

- Formada por



OBJETO



Persona  
o cosa

Medio para alcanzar  
la meta

FUENTE



Origen de la  
pulsión

Parte del cuerpo en  
la que se localizan  
las tensiones eróticas  
(zonas erógenas)

META



Obtención  
de placer

Satisfacción de  
las necesidades y  
relajamiento de las  
tensiones

al rey de Corinto, quien decidió criarlo como si fuese su propio hijo. Edipo creció sin conocer su auténtico origen. Un buen día, acusado por sus adversarios de ser un niño abandonado, decidió consultar al oráculo para averiguar la verdad. Por desgracia, sus palabras lo horrorizaron, ya que, al igual que se le reveló a Layo tiempo atrás, supo que acabaría con su padre y se casaría con su madre.

Edipo, apesadumbrado, dejó Corinto. Días después, se encontró con un extraño al que asesinó tras una violenta discusión. Ignoraba que el viajero era Layo, rey de Tebas, el padre al que nunca había conocido. Más adelante, Edipo hubo de enfrentarse con la terrible Esfinge. El monstruo se había apostado en el camino que llevaba a Tebas y proponía a quien se acercase un acertijo. Si el incauto no lo respondía correctamente, moría devorado. Por fortuna, Edipo lo resolvió sin esfuerzo y derrotó a la criatura. Los tebanos, en señal de agradecimiento, le ofrecieron la corona y la mano de Yocasta, la viuda de Layo, quien había muerto de manera misteriosa.

La pareja tuvo cuatro hijos y pasaron los años felizmente. La armonía se quebró cuando, de improviso, una plaga se cernió sobre la ciudad y se avisó al rey de que, para erradicarla, había que encontrar al asesino de Layo. La ciudad había quedado manchada por un crimen que se mantenía impune y los dioses estaban dispuestos a castigarla. Edipo consultó al adivino Tiresias para conocer la identidad del asesino, darle su merecido castigo y salvar a sus súbditos. Las pistas lo conducen a un descubrimiento terrible: sin saberlo, había matado a su padre, Layo, y se había casado con su madre, Yocasta, quien se suicidó, incapaz de soportar tal horror.

Edipo, al conocer la verdad, se arranca los ojos porque no le han servido para ver la realidad y abandona la ciudad.

## **DEL MITO AL COMPLEJO: UN SIGNIFICADO UNIVERSAL**

Freud tuvo muy en cuenta este mito griego tan elaborado no solo a causa de su pasión por la literatura. En 1873, al presentarse a la re-



válida, escogió un pasaje de *Edipo rey* para su examen de griego —una obra que, como confesó envanecido a un amigo suyo, conocía muy bien. Años más tarde, ya adulto, al sentarse en su butaca cerca del diván en el que se tendían los pacientes, le bastaba con alzar un poco la vista para contemplar una reproducción de *Edipo resuelve el enigma de la Esfinge*, el célebre óleo de Ingres. Es más: con ocasión de su 50 aniversario, amigos y discípulos mandaron acuñar una medalla en una de cuyas caras figuraba el perfil adusto del maestro y, en la otra, Edipo y la Esfinge con el lema «Quien resolvió el famoso enigma y fue hombre de muy gran poder». El explorador del inconsciente se había convertido en una figura señera entre sus contemporáneos.

Freud atribuyó al mito griego, por el que siempre sintió una enorme fascinación, un significado universal. El itinerario del desarrollo no permitía solo realizar un recuento de la historia personal, sino comprender a todos los seres humanos. El *mito* de Edipo, en la teoría freudiana, se convirtió en el *complejo* de Edipo. Este término —*complejo*— permite referirse a un intrincado conjunto de conflictos, fantasmas y angustias que conforman el denominado *triángulo edípico*, protagonizado por los niños y sus padres, quienes se ven obligados a representar unos papeles y unos guiones muy determinados.

Hacia los tres años, durante la fase fálica, y tras tomar conciencia de las diferencias anatómicas entre hombres y mujeres, los niños experimentan y afrontan este complejo, que constituye todo un desafío para el desarrollo de su sexualidad. El camino —en el que el niño adquiere conciencia de la presencia del pene y la niña, de su ausencia— tiene un objetivo común para ambos: organizar la propia personalidad individual. La resolución de los conflictos y fantasías que convergen en el niño, la madre y el padre determina el éxito del desarrollo.

El niño no está solo: para continuar con su desarrollo, descrito por Freud mediante el mito edípico, el pequeño necesita el apoyo de ambos padres. Se trata de un reto muy importante para el triángulo familiar: si se resuelve correctamente, el niño se convertirá en hombre y la niña, en mujer.

En la teoría freudiana, la figura paterna adquiere una importan-

cia creciente. Basta con pensar en la fascinación que el padre del psicoanálisis llegó a sentir por Moisés, «padre» de su propio pueblo. En el complejo de Edipo, el padre desempeña un lugar preeminente en el desarrollo del niño, tal como ocurre en la tragedia griega. En un principio, las relaciones emocionales son exclusivas de la pareja que forman la madre y el hijo, quedando el padre en un discreto segundo plano. Al iniciarse el conflicto, sin embargo, el padre ad-

## FANTASMA

Conjunto de deseos que no han llegado a realizarse en la vida concreta del individuo y encuentran en el inconsciente una vía alternativa a su satisfacción. El término se refiere al mundo imaginario y a sus contenidos.

quiere gran relevancia, ya que representa el castigo y la amenaza de castración que aparta al niño del afecto de la madre, que llega a imaginarse como incestuoso. Conviene precisar, no obstante, que nos encontramos en un plano muy distinto de la realidad. Dicha amenaza opera solo sobre el deseo y las fantasías del niño, quien teme que la castración represente un acto punitivo por su afecto ha-

cia la madre, de una manera análoga a la que Edipo, en la tragedia, no pudo zafarse del destino y acabó yaciendo con Yocasta, sin saber quién era realmente.

Freud describió dicho complejo de una manera muy sucinta: el niño experimenta una gran hostilidad hacia su padre, al que se opone abiertamente, mientras que, por el contrario, manifiesta un gran amor por su madre. La situación, sin embargo, no siempre se da con tanta claridad: en algunos casos, se muestra complaciente con el padre y agresivo con la madre.

Este primer gran conflicto, este primer gran desafío que debe afrontar el individuo, lo mantiene el niño frente a sus padres, quienes sientan las bases para el desarrollo de sus emociones y su personalidad. La superación del complejo de Edipo suele coincidir con el inicio de la fase de latencia. El conflicto entre el niño y los deseos que siente frente sus padres sufre una pausa y reaparece durante la pubertad. Al



igual que la calma después de la tormenta, se da una suspensión de la libido y de las pulsiones sexuales, y el complejo queda resuelto hasta que, a los doce años aproximadamente, comienzan la etapa genital y la adolescencia. Durante esta etapa, en que las emociones adquieren una gran intensidad y las pulsiones sexuales emergen con un vigor renovado, el adolescente sigue las huellas que en la infancia dejaron su temperamento y el complejo de Edipo –a punto ya de darse por concluido– para iniciar un viaje hacia el mundo exterior, más allá del padre y la madre.

## EL COMPLEJO DE CASTRACIÓN

En la tragedia griega, el cumplimiento de la profecía implica también un castigo: Edipo se ciega tras saber que ha matado a su padre y ha desposado a su madre, y esta, Yocasta, se suicida. De un modo análogo, en el niño emergen sentimientos amorosos –siempre sexualizados– hacia la madre y hostiles hacia el padre. Sin embargo, si bien en el mito los actos y el castigo son reales, el pequeño Edipo freudiano vive sus fantasías de un nivel imaginario y subconsciente, y en ese mismo nivel coloca el castigo paterno. El niño tiene miedo de ser privado de su órgano genital, que en esta fase del desarrollo es el objeto con el que poner a prueba su propia capacidad de conocer e imaginar el mundo. Así, en su imaginación, vive al mismo tiempo las fantasías eróticas relacionadas con la madre y el temor de que su padre podría infligirle ese terrible daño, privándolo del pene para evitar el incesto.

Este miedo íntimo atenúa el conflicto edípico, extingue el deseo del niño y disminuye la energía libidinal. El padre se inserta en la pareja formada entre la madre y el hijo para ejercer una función normativa y convertirse en el auténtico pilar que sostiene el edificio de la vida psíquica del niño. La figura del padre, el hecho de que niegue al niño el deseo de poseer a la madre recurriendo a la amenaza de castración, restablece el equilibrio en la relación y ayuda al niño a



afrontar y resolver el reto edípico, así como a trazar un camino para que el pequeño se desarrolle plenamente sano.

De hecho, la capacidad del padre para imponer la ley y marcar ese camino constituye una liberación para el niño, quien podrá, a partir de ese momento, establecer nuevas relaciones sentimentales. En este sentido, el padre brinda protección y mantiene alejado a su hijo de la culpa y la vergüenza que padeció Edipo en la tragedia de Sófocles. La tarea del padre consiste en separar al niño de la madre y viceversa, así como aportar un nuevo valor a la pareja parental. La forma en que los padres construyen la relación entre ellos y con sus hijos influye mucho en la superación del complejo de Edipo. La angustia derivada del miedo a la castración es el gran hito de esta etapa y una premisa clave para su resolución tanto en los niños como en las niñas. No obstante, existe una diferencia notable entre ambos sexos, pues si en ellos implica una prohibición y un castigo que atempera sus pulsiones sexuales y los empuja a dejar atrás dicho complejo, en ellas marca precisamente el principio.

## LA ENVIDIA DE PENE

La diferenciación sexual estriba en un solo genital: el masculino. La niña no percibe la ausencia del pene como un rasgo distintivo, sino como una carencia. Para ella, el pene es algo que no se le ha dado o que incluso se le ha arrebatado (de ahí el complejo de castración).

El mismo Freud admitía que, en las niñas, esta fase posee un desarrollo más complejo y elaborado. Quizá por esta razón lo revisó en diversas ocasiones, tal como atestiguan *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924), *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925), *Sobre la sexualidad femenina* (1931) o su breve conferencia *La feminidad* (1932).

En el desarrollo de la niña, la conciencia de su diferencia anatómica respecto al varón nace del descubrimiento de su ausencia de pene y viene acompañada del deseo de tener algo de lo que se siente privada. Para conseguir lo que quiere, la niña debe adoptar un

cambio de rumbo: se separa de la madre —a partir de ese momento, el primer objeto de su amor se convierte en culpable por no haberle dado el pene— y se acerca al padre, tratando de ganar su atención. Así, el complejo de Edipo comienza precisamente con el traspaso al padre del amor que sentía por la madre.

La niña lleva a cabo tal proceso devaluando, en cierto modo, a la madre, a la que considera un ser con los genitales castrados, privado del sexo masculino que desea. No se trata de un cambio inmediato, sino paulatino y mucho más tortuoso que en el caso de los niños. El ansia de pene adquiere diversas formas que van desde su reclamación hasta el intento de sustituir a la madre y ocupar su lugar al lado del padre —en un plano simbólico, se da incluso el deseo de tener un hijo con el padre.

En este caso, sin embargo, no existe ninguna prohibición basada en una amenaza de castración, hecho que tiene graves consecuencias, ya que, si en el niño este miedo lo azuza a resolver el conflicto y a renunciar a la madre cuanto antes, en la niña, al ser inexistente, la condena a superarlo de una manera mucho más lenta y laboriosa.

Freud retomó tales cuestiones una y otra vez movido por las críticas —algunas feroces—, observaciones y argumentaciones provenientes tanto de sus seguidores como de sus detractores. No en vano, incluso en una obra tan tardía como las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932) volvió a reflexionar sobre el complejo de Edipo y su dinámica. En esta obra, propuso que su superación y la formación del superyó iban entrelazadas, ya que el deseo por el padre se transformaba en una interiorización psíquica que recoge valores y referencias transmitidos de generación en generación. El complejo de Edipo se supera y deja su herencia en ese ideal del yo que regula el comportamiento y los deseos.





# CIVILIZACIÓN, COLECTIVIDAD Y ARTE

## DE LA CIVILIZACIÓN PRIMITIVA A LA GUERRA

Cuando el psicoanálisis comenzó a gozar de una amplia aceptación —aunque no por ello cesaron las críticas, las controversias y el rechazo más o menos explícito por parte de la comunidad médica y científica—, Freud amplió el campo de investigación y se interesó por cuestiones a primera vista tan alejadas como la religión y el concepto de civilización que lo animaron a escribir algunas de sus obras más originales.

Entre 1911 y 1913, tras leer algunas páginas de *La rama dorada*, del antropólogo escocés James Frazer, Freud se sintió inspirado para acometer un nuevo trabajo: *Tótem y tabú*, un volumen compuesto de cuatro artículos que lo obsesionaron hasta el punto de reescribirlos, corregirlos, cambiarlos y enmendarlos una y otra vez, como informaba a quienes le escribían interesándose por el progreso de sus investigaciones. Preparó la introducción durante una de sus estancias en Roma. Como es de esperar, la antropología y la arqueología —sus grandes pasiones— se entrelazan e interactúan en esas líneas. La obra, con un límite que el propio autor confiesa en las primeras páginas, es una suerte de fresco variado y complejo. En las sociedades arcaicas

y primitivas, Freud detectó mecanismos similares a los que muestran los neuróticos. Así, las condiciones primordiales de la humanidad y las condiciones de desarrollo establecido en las primeras etapas de la personalidad deben tener necesariamente algo en común. Sin embargo, la intención del autor no es realizar una interpretación psicoanalítica de los pueblos primitivos, sino encontrar el mito del padre y estudiar el problema del parricidio, ya presente en el complejo de Edipo.

De acuerdo con sus postulados, en las sociedades primitivas, el padre y jefe de la tribu podría haber muerto a manos de sus hijos, quienes lo habrían expulsado para librarse de su monopolio sobre las mujeres del grupo. Los jóvenes, incapaces de actuar de manera individual, se unieron para disponer de la fuerza y el valor necesarios para matarlo y devorarlo. Sin embargo, el sentimiento de culpa suscitado por el crimen terminó de atar a los individuos con esas mismas prohibiciones que el padre había impuesto en vida. La figura paterna se transformó en el tótem, el líder de la tribu, la representación de todo lo que es justo y sagrado, y la nueva sociedad pasó a fundarse sobre el tabú del asesinato, el incesto y la agresión contra el rey, los sacerdotes y los difuntos. El complejo de Edipo, con el que un sujeto sienta las bases de su individualidad, se remonta a los orígenes de la humanidad y a la aparición de las primeras normas de convivencia.

En 1914, el estallido de la Primera Guerra Mundial empujó a Freud a un extraño momento de exaltación patriótica, aunque se extinguió con rapidez. La extensión del conflicto y el hecho de que sus hijos se alistasen como voluntarios arrojaron una sombra tenebrosa sobre la realidad. Durante la primavera del año siguiente se enfrascó en la redacción de dos textos, «Nuestra decepción ante la guerra» y «Nuestra actitud ante la muerte», que recogió bajo el título *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. El punto de partida, tal como confesó en una carta a su colega holandés Frederik van Eeden, se hallaba en la amarga observación de cómo los primitivos impulsos primordiales de la humanidad, salvajes y destructivos, no han desaparecido pese al desarrollo de la civilización, sino que perviven en lo más íntimo de cada persona, a la espera de brotar de nuevo en cuanto el yo muestre alguna debilidad, tal como había aventurado el psicoanálisis y

la guerra se ha encargado de demostrar. Todo aquello que se veta al individuo se convierte en lícito si así lo dispone la comunidad. Ninguna moral guía el comportamiento de países involucrados en el conflicto y el individuo se ha retrotraído a un estado de brutalidad incomprensible e inaceptable para cualquier civilización avanzada.

El psicoanálisis sugiere, con un realismo en absoluto reconfortante, que un fenómeno como la guerra no es ajeno a nosotros ni a nuestra psique. La búsqueda del equilibrio, crucial para el bienestar psíquico, se basa en la satisfacción de las pulsiones —que, recuérdese, no son buenas ni malas— que experimentamos en tanto que somos humanos. La búsqueda de esta satisfacción, ya sea inmediata o aplazada mediante la sublimación o la represión, se desarrolla mediante el complejo juego de acuerdos que se da entre las diversas instancias psíquicas y que siempre está expuesto al riesgo de regresión.

Al igual que en la experiencia onírica, la psique abandona todo compromiso formal para dejarse llevar por la aparición de algo profundo y oculto, la guerra conlleva el abandono de cualquier acuerdo, la aparición de una primitiva y brutal fuerza instintiva. El horror que suscita el conflicto debe entenderse como una proyección del modo en que nuestra conciencia se niega a imaginar la propia muerte. El deseo de que el enemigo muera es fruto de la proyección de los impulsos destructivos que dificultan el logro de nuestro placer. No es casualidad que Freud formulase por aquel entonces la existencia de Tánatos.

El apego de este trabajo a la realidad más inmediata, un rasgo que contrasta con la producción freudiana anterior, permite, no obstante, revelar uno de los hallazgos más meritorios durante estos años de conflicto y destrucción: la existencia del humano primitivo que mora en nuestro interior. La humanidad no ha caído tan bajo como creemos. Simplemente, nunca ha alcanzado las cotas que habíamos imaginado.

## RELIGIÓN Y CIVILIZACIÓN

En obras posteriores, Freud prosiguió con sus reflexiones en torno a las relaciones que se establecen entre la cultura y la civilización.



Durante los duros años de posguerra que atravesaron la década de 1920, el estado de ánimo de Freud no era mucho mejor: ya entrado en la setentena y con una salud cada vez más precaria, agravada por el cáncer, se dejó invadir por una enorme amargura. En algunas cartas a su amiga Andreas Salomé le confesó el abatimiento en que le sumía la vejez así como su creciente desilusión por todas las cosas. La lucha contra la mentira que siempre había caracterizado su actividad intelectual lo llevó a expresar este desencanto en una de sus obras más personales. *El porvenir de una ilusión* (1927) es una defensa de la actividad psicoanalítica. Tras haberla protegido de los médicos y sus intentos de monopolizarla en *¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial* (1926), había llegado el momento de poner coto a los sacerdotes.

El ateo Freud se dejó llevar por una especie de arrebató personal en contra de las creencias religiosas para defender ciertas convicciones no demasiado nuevas, pero interesantes por hacerlo desde el punto de vista psicoanalítico. Diversos análisis y analogías le habían sugerido la posibilidad de considerar la neurosis como una forma de religiosidad individual y, a su vez, la religión como una neurosis colectiva. Tal afirmación le valió un alud de críticas feroces y despiadadas, algo que, por otra parte, le trajo sin cuidado, pues estaba proponiendo una hipótesis, no emitiendo un juicio sumario. La palabra *ilusión* no debía confundirse con *error*. El psicoanálisis es una herramienta científica y completamente neutral, comparable al cálculo infinitesimal. La religión, en su naturaleza ilusoria, ejerce un impacto muy profundo en el individuo y la comunidad. El problema no es la religión en sí, sino el camino y la meta a la que se dirige. Durante demasiado tiempo, el ser ha puesto la mirada en el cielo y el más allá y se ha olvidado del aquí y el ahora. Todo ese empeño, tan disperso, si se dirigiese bien, podría utilizarse para mejorar la civilización y la vida misma. Había llegado el momento de dejar el cielo «a los ángeles y los gorriones».

Para Freud, en el templo no hay sombras que la luz de la razón no pueda explorar. La investigación científica debe ser libre para someter a un examen crítico cualquier campo de la actividad huma-

na, incluida la religión, a la que no se puede otorgar ningún estatus privilegiado. Tal concepción cuenta con predecesores ilustres cuyo nombre omite pero que son fácilmente identificables: Voltaire y Diderot; Feuerbach, objeto de sus lecturas juveniles; o Darwin, a quien debía su vocación investigadora. El punto de partida es la observación de la impotencia del hombre frente a la naturaleza. La cultura es el esfuerzo colectivo por dominarla y, al mismo tiempo, regular las relaciones entre los seres humanos. Dicho concepto coincide con el de civilización —Freud los consideraba inseparables—. Con todo, esta «conquista» dista mucho de ser evidente y fácil de alcanzar. El ser humano tiene que lidiar continuamente con una naturaleza que puede superarlo y aplastarlo, incapaz de compadecerse de su pequeñez. En esta amarga sensación se inscribe la crítica de la religión. El adulto devoto es el eco del niño vulnerable. Con enfoque estrictamente psicoanalítico, Freud descubre un paralelismo entre la típica necesidad de protección que siente el niño —y frustrada por el complejo de Edipo— y el sentimiento religioso del adulto, quien busca una respuesta con la que hacer frente a su fragilidad frente a la naturaleza. El Padre Celestial, amado y temido a la vez, se convierte en una proyección del padre terrenal. En consecuencia, Dios no habría hecho al hombre a su imagen y semejanza, sino todo lo contrario: el hombre habría creado a Dios a imagen y semejanza de su padre, una idea que desarrolló en *Moisés y la religión monoteísta* (1938), su última obra.

La vocación consolatoria de las creencias religiosas está destinada al fracaso, dada su incapacidad por cumplir con la tarea encomendada. El psicoanálisis, sin embargo, podría convertirse en un aliado de la ciencia en su trabajo civilizatorio (*Kulturarbeit*), esforzándose activamente por la conquista de la felicidad y la realización terrenal.

La aceptación de ese desafío no significa olvidar que el ser humano alberga un elemento egoísta y destructivo, del que Freud ya había hablado en *De guerra y muerte*. La civilización ha supuesto un gran sacrificio en términos libidinales, tal como argumentó en un libro anterior, que preparó en el verano de 1929, y que tituló en un principio *La infelicidad en la civilización* y que no tardó en cambiar por el de *El malestar en la cultura*. El cambio obedecía a las cuestiones tratadas:



no pretendía de ninguna manera enunciar una promesa de felicidad —si así fuese, caería en el pensamiento religioso—, sino que más bien deseaba mostrar el difícil camino que entraña toda investigación que desee reforzar la civilización. Como bien dirá en dicha obra, «me falta el ánimo necesario para erigirme en profeta ante mis contemporáneos, no quedándome más remedio que exponerme a sus reproches por no poder ofrecerles consuelo alguno. Pues, en el fondo, no es otra cosa lo que persiguen todos: los más frenéticos revolucionarios con el mismo celo que los creyentes más piadosos». El análisis personal que realizó Freud sobre la naturaleza humana lo llevó a buscar ecos de los conflictos dinámicos entre el ello, el yo y el superyó en un escenario mayor. La supervivencia queda garantizada gracias a un compromiso constante que termina por convertirse en la propia causa de la insatisfacción. El ser humano, por su naturaleza, no puede vivir sin civilización, pues lo abocaría a esa «guerra de todos contra todos» de la que había hablado el filósofo inglés Thomas Hobbes y Freud retomó en diversas ocasiones. Sin embargo, la civilización no puede hacerlo completamente feliz, de ahí que sienta un rechazo por la cultura y prefiera abandonarse a ciertas ilusiones. Los sacrificios necesarios, sea en términos de agresividad como de sexualidad, se consuman en una lucha titánica entre Eros y Tánatos que se da a escala individual y colectiva. La cultura nos ayuda a «domesticar» ese conflicto mediante el *superyó cultural*, una encarnación de las prohibiciones y regulaciones que rigen la convivencia. El reto que tenemos ante nosotros —y que Freud, para concluir el trabajo, dejó deliberadamente pendiente— es lograr, como si de un «experimento terapéutico» se tratase, un grado de civilización que permita contener las pulsiones destructivas sin tener que recurrir a mecanismos no menos devastadores.

## EL ARTE Y EL ARTISTA

El interés de Freud por el arte no solo se manifestó en la colección de pinturas y piezas arqueológicas que enriquecían su estudio o en su pasión por la ópera, a pesar de que, como llegó a confesar, cantaba de



una manera tan desafinada que no había quien lo soportase cuando intentaba interpretar un aria. No resulta extraño, pues, que la expresión artística se convirtiese también en objeto de sus investigaciones. De hecho, la consideró un fenómeno paralelo a la actividad onírica, por cuanto esta crea un universo de ficción en el que afrontar, aunque sea de manera indirecta, diversas pulsiones que no podrían manejarse de otra manera. De todos los mecanismos de defensa, el arte sea quizá el mejor, ya que su efecto sublimatorio constituye una auténtica terapia.

Una de las razones que llevaron a Freud a sus frecuentes viajes a Italia fue su atracción por la figura de Leonardo da Vinci. Sintió una admiración tal que, entre 1909 y 1910, escribió a sus amigos que está a punto de dedicarse a un nuevo caso clínico: *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910). El hecho de que fuese uno de los mayores artistas del Renacimiento no lo eximió de experimentar los diversos fenómenos psíquicos de una persona normal. El cuento biográfico —o «divertimento», por usar sus palabras— reelaboraba un sueño de Leonardo que figura en los cuadernos del artista, buscando una clave que anticipe su producción artística futura. Freud examinó la historia personal del genio: su bastardía, los primeros años con su madre, la posterior adopción por el padre, el periodo que pasó con este y su segunda esposa, así como la aparición de Ludovico el Moro, una «segunda figura paterna» que resultó crucial en el desarrollo de su personalidad. Freud encontrará una explicación para su inestabilidad artística, su tendencia a dejar el trabajo inconcluso, la sublimación de sus impulsos sexuales en la pasión por la investigación científica y la atención casi maternal que deparaba a sus asistentes, así como la clave de lectura de algunas de sus obras más enigmáticas como, por ejemplo, *Santa Ana, la Virgen y el Niño* —en la que aparecen, y no por casualidad, dos madres.

Otra obra corta entrelaza la experiencia psicoanalítica con el análisis artístico y la vida personal de Freud: *El Moisés de Miguel Ángel* (1913), nacida tras otro viaje a Italia. Desde que visitó el país por primera vez, en 1901, la colosal estatua conservada en la iglesia romana de San Pietro in Vincoli nunca dejó de fascinarlo. Tras su estancia de

1912, durante la cual iba todos los días a contemplarla, decidió dedicarle un texto breve, curiosamente publicado de forma anónima (aunque no se tardó en atribuirlo a su pluma). El patriarca bíblico, ¿se dispone a alzarse para castigar la infidelidad del pueblo de Israel o bien permanece sentado y observa con ira contenida a «la chusma» que lo rodea? Freud opta por la segunda interpretación. Miguel Ángel, de personalidad irascible, al esculpir la obra, reflejó la violencia que a duras penas podía refrenar, en un intento por sublimar la ira que sentía así como la difícil relación que mantenía con el papa Julio II, su principal cliente y no menos intratable que el artista.

La estatua sería pues una «advertencia» que le permitiría elevarse por encima de su propia personalidad. Con todo, el análisis también arroja más luz sobre la compleja personalidad de Freud y su experiencia personal. Tras el patriarca que lucha contra sus pasiones, no se oculta solo el escultor florentino, sino también el padre del psicoanálisis, ya al borde de su inevitable ruptura con Jung. La escritura del ensayo coincidió con el enconamiento en su controversia con los discípulos «rebeldes»: mientras Moisés luchaba para silenciar la ira en contra de sus «hijos», Freud sublimaba en estas páginas su decepción por Adler y Jung: «[Miguel Ángel] ha integrado algo nuevo y sobrehumano en la figura de Moisés, y la enorme masa corporal y la prodigiosa musculatura de la estatua son tan solo un medio somático de expresión del más alto rendimiento psíquico posible a un hombre, del vencimiento de las propias pasiones en beneficio de una misión a la que se ha consagrado».

# LUCES Y SOMBRAS DE SU LEGADO

## LA NOVEDAD DEL PSICOANÁLISIS

En medio del fragor de la Primera Guerra Mundial, y mientras parecía detenerse el flujo de pacientes que solía perturbar su estudio, Freud continuaba investigando sin tregua y pese a estar enfrascado en la escritura de algunas de las obras más significativas de su producción, encontró tiempo para responder a un encargo de la revista *Nyugat*, dirigida por su amigo húngaro Hugó Veigelsberg, y enviar un artículo titulado «Una dificultad del psicoanálisis».

El breve ensayo, dirigido a un público culto aunque no especializado, retoma cuestiones que había tratado anteriormente y se centra en las numerosas polémicas que, todavía en 1916, continuaba suscitando su método. Las críticas y resistencias —como subraya— no deben imputarse a presuntas dificultades conceptuales o a ciertos requisitos intelectuales que impiden que el «lector común» lo comprenda. Al contrario: más bien se trata de dificultades «afectivas», prejuicios que le impiden concederle confianza.

El psicoanálisis pretende explorar el abismo del inconsciente y llevar la luz hasta los rincones más oscuros, poner en crisis las plácidas certezas de una cultura occidental que pretende exorcizar el miedo



a la muerte y a lo desconocido colocando al ser humano en el centro de un mundo que parece amoldarse a sus necesidades. Por decirlo de algún modo, el psicoanálisis ha dado el golpe de gracia a una concepción ya inestable. En primer lugar, Copérnico expulsó al hombre del centro del universo, del que dejó de ser amo y señor. Posteriormente, Darwin desmintió la presunción de que el ser humano era mejor y distinto del resto de animales. Y por último, Freud brindó la revelación más dolorosa: el psicoanálisis nos ha obligado a reconocer que ni siquiera somos «los dueños de nuestra propia casa» al no tener más remedio que admitir la existencia del inconsciente y del importante papel que desempeña. He ahí lo que realmente impide que el psicoanálisis reciba el respeto que merece: las tres terribles «heridas narcisistas de la humanidad».

## EL DEBATE

Al parecer, aún cuesta aceptar estas revelaciones y, en especial, las que realizó Freud. Una larga estela de imitadores, seguidores, discípulos, adversarios y calumniadores sigue los pasos del padre del psicoanálisis. Nos guste o no, nadie, sea un profesional o un profano, puede adentrarse en el terreno de la psicología sin darse de bruces con su figura y su pensamiento.

Con el paso del tiempo, el psicoanálisis se ha ramificado en escuelas y direcciones a menudo muy diferenciadas que, pese a todo, continúan —no sin controversias— agrupadas en la Asociación Psicoanalítica Internacional que Freud creara en 1910. Si bien sigue vigente un modelo «clásico» que se vincula directamente con el que desarrolló el fundador, existen otros como el psicoanálisis de las relaciones objetales, basado en las investigaciones de Melanie Klein; el psicoanálisis del yo, nacido del trabajo de Anna Freud; la psicología del ser, iniciada por Heinz Kohut y que, a tenor de las diversas contribuciones realizadas, cuesta más definir; el psicoanálisis intersubjetivo, iniciado en la década de 1980 gracias a la labor de algunos importantes estudiosos estadounidenses. Tampoco deben pasarse por alto ciertas contribucio-

nes originales, como las de Jacques Lacan, quien, rompiendo con los círculos oficiales, subrayó la necesidad de regresar a las enseñanzas de Freud, convencido de que las generaciones posteriores habían desnaturalizado su legado.

Al mismo tiempo, otros optaron por abandonar al maestro. Algunos de sus primeros discípulos y colaboradores, tras rechazar algunas de sus definiciones o haber llegado a conclusiones completamente distintas, emprendieron un camino propio después de enfrentamientos y separaciones dolorosas. Alfred Adler, Carl Jung, Wilhelm Reich u Otto Rank fueron expulsados de la Asociación o bien la abandonaron *motu proprio* para desarrollar sistemas y terapias relacionados con el psicoanálisis como la psicología analítica (Jung) o la psicología individual (Adler). Asimismo, cabe destacar la obra de Wilfred Ruprecht Bion sobre el psicoanálisis de grupo, la de Steven Mitchell sobre el psicoanálisis relacional o la de Donald Winnicott, quien se preocupó por estudiar la relación entre la madre y el lactante.

Sea como fuere, la disciplina sigue aún hoy vigente: la Asociación Psicoanalítica Internacional reúne a 72 filiales de 63 países distintos, cuenta con unos 12000 miembros cuya profesionalidad y competencia garantiza y promueve el desarrollo de la investigación, la contrastación y el intercambio de resultados.

Con todo, los prejuicios y las críticas continúan. La objeción más severa que suele esgrimirse contra Freud es que, pese a su feroz crítica de todas las creencias religiosas, haya creado algo más parecido a un culto que a una disciplina científica. No en vano, algunos seguidores demasiado celosos han convertido sus postulados en una suerte de dogma inatacable e inmune a cualquier debate. Asimismo, se reprocha al psicoanálisis que no siga el modelo de las ciencias naturales y sea incapaz de proporcionar datos reproducibles en un laboratorio y mensurables cuantitativamente. Hay quien incluso acusa a Freud de haber transformado su fracaso profesional en una mistificación. Cuando ha transcurrido más de un siglo desde *La interpretación de los sueños*, su figura continúa estando envuelta en controversias muy similares a las que hubo de soportar cuando intentaba abrirse paso en el mundo académico vienés.



## UN REGALO CIVILIZADOR

Precisamente esos debates deberían restituirle su grandeza. El psicoanálisis se resiste, escapa a cualquier intento de falsificación, sigue suscitando discusiones y continúa interesando a los lectores. Hoy como ayer, sus obras, que unas veces pueden parecer «románticas» por adentrarse en una tormenta de sentimientos y pasiones, y otras «ilustradas» por su voluntad de aportar claridad y progreso, nos hablan, nos desafían y nos acompañan en ese mundo subterráneo de pulsiones y deseos llamado inconsciente. Freud no se limitó a revelar la existencia de ese continente sumergido que antes había sugerido la filosofía pero que nunca había definido con precisión: también siguió las huellas en cada manifestación humana y nos ha permitido entender su lenguaje. Y las consecuencias no solo se dan en un nivel estrictamente científico, sino que «significa dar un paso lleno de consecuencias para la ciencia y para la vida» (*El porvenir de una ilusión*, 1927).

La vida refleja el dinamismo y el conflicto que se agitan en el inconsciente, una prisión de máxima seguridad de la que las pulsiones, sometidas a un bloqueo constante, pugnan por escapar. Los sueños, los lapsus, los olvidos y los actos fallidos quizá parezcan fortuitos, pero nada queda al azar: su presencia debe interpretarse como señales de intentos de fuga que las investigaciones de Freud nos han permitido reconocer y manejar. El condicionamiento que ejerce la sociedad, la cultura dominante, con sus normas de convivencia diaria, han de interpretarse como vínculos y condicionamientos que contribuyen a bloquear, reprimir y sofocar dichas pulsiones. Y ahí precisamente emerge un concepto tan fundamental como el de libido. Orgulloso de su furia iconoclasta, Freud no vaciló en atacar a la mojigatería y la hipocresía de la clase media acerca de la moral sexual. Consideraba que el rigor con el que se juzgaba al sexo opuesto —y que rara vez se correspondía con los hechos— de acuerdo con «principios éticos y de higiene, así como a experiencias psicológicas importantes» subestimaba «el poder de la pulsión sexual» y, más concretamente, de la libido. Al igual que, para la física, la energía, según la ley de conservación,



cambia de forma pero siempre se conserva, la energía psíquica de la pulsión sexual puede ser canalizada y sublimada mediante la producción artística o la investigación científica, o bien degenerar en una neurosis. Pese a que esta idea ha sido muy cuestionada –no en vano fue una de las causas del distanciamiento entre Freud y Jung–, la manera en que el inconsciente y la libido se mueven y se manifiestan en el comportamiento tanto individual como colectivo sigue poseyendo una gran vigencia a la hora de interpretar los fenómenos humanos.

Conocemos prácticamente todo acerca de Freud. La cantidad de material que nos ha dejado es inmensa. De hecho, en varias cartas confesó que cada cierto tiempo quemaba pilas de notas, manuscritos y correspondencia: a veces se sentía sepultado bajo montañas de papel, como si fuese una esfinge cubierta por la arena. Hoy en día, y más después de que, en 1989, expirasen los derechos de autor, toda su obra está disponible para el lector que desee iniciar un viaje que, a través de diversos ensayos y análisis de casos clínicos, lo llevará por el psicoanálisis, la psicopatología, el arte, el mito, la literatura, la historia o la sociedad.

Además de la aventura implícita en el desarrollo de la disciplina, con sus luces y sombras, Freud ha legado al hombre contemporáneo un «trabajo intelectual [...] portador de civilización». En 1936, con motivo de su 80 cumpleaños, el padre del psicoanálisis recibió un gran número de felicitaciones. Además de las visitas, recibidas con mayor o menor agrado, y las notas que se sintió obligado a responder, el célebre escritor Thomas Mann dio una breve conferencia privada para el homenajeado y su familia titulada *Freud y el porvenir*, un porvenir que, sin duda, sería mejor gracias a la contribución de ese hombre extraordinario. «Pese a que el futuro reformulará o modificará algunos de los resultados de su investigación, nunca podrán silenciarse las preguntas que Sigmund Freud ha lanzado a la humanidad. Sus descubrimientos científicos no pueden negarse ni ocultarse. Los conceptos que ha acuñado, las palabras que escogió para expresarlos ya han adquirido carta de naturaleza en la lengua viva. En todos los campos de la ciencia y el espíritu, en la investigación sobre la literatura y el arte, en la historia de la religión y en el estudio de la prehistoria, en la

mitología, el folclore y la pedagogía, e incluso en la creación poética, su obra ha dejado una huella muy profunda. Y estamos seguros de que si existe alguna empresa humana que merezca ser inolvidable, esta será la empresa de Sigmund Freud, quien ha penetrado en las profundidades del alma humana. Ninguno de nosotros podría imaginarse nuestro mundo espiritual sin la valiente labor que Freud ha realizado a lo largo de su vida».

## LECTURAS RECOMENDADAS

### *La interpretación de los sueños (1900)*

Constituye el punto de partida indispensable para acercarse a los textos freudianos. Escrita en 1899, la obra se publicó con fecha del año siguiente —como si se dispusiese a abrir el nuevo siglo— con el fin de enfatizar el punto de inflexión que Freud creía haber alcanzado en el estudio de la mente humana y sus mecanismos (no en vano, llegó a afirmar que nunca estuvo tan satisfecho con los resultados). Tan querida como despreciada por muchos de sus contemporáneos, se centra en el estudio de los sueños, un fenómeno que hasta entonces se consideraba irrelevante y cuyo análisis, según el autor, nos permite acceder al contenido reprimido, sin el filtro regulador de la vida consciente, y estudiar esas manifestaciones deformadas que nos asaltan y tras las que se ocultan nuestros deseos más íntimos.

### *Psicopatología de la vida cotidiana (1901)*

Sin duda se trata de la obra menos técnica del corpus freudiano y la más asequible para un lector lego. Basándose en observaciones concretas antes que en elaboraciones teóricas, de la genial pluma



de Freud fluye una animada y a veces irónica galería de imágenes, episodios y anécdotas que podemos reconocer fácilmente en nuestra experiencia diaria. A lo largo de doce capítulos, nos lleva a través de una infinita variedad de pequeñas acciones aparentemente sin sentido que en realidad nos dice mucho más de lo que pensamos. Los olvidos, los falsos recuerdos o los errores se convierten en «fantasmas» o pistas que revelan nuestros impulsos inconscientes.

### *El malestar en la cultura (1930)*

De todas las obras que el padre del psicoanálisis nos ha legado, esta es una de las más complejas y controvertidas, aunque también indispensable. Freud extiende la teoría y la práctica psicoanalíticas a la civilización contemporánea y al estudio de la evolución de la sociedad humana en su conjunto. Escrita tras la tragedia que supuso la Primera Guerra Mundial, en una época marcada por los conflictos y divisiones del movimiento psicoanalítico y por la crisis política y económica que atravesaba el Viejo Continente –sin olvidar el espectro del nacionalsocialismo, cada vez mayor en Alemania–, el texto sorprende por el pesimismo de sus conclusiones. Las pulsiones individuales que tanto ha costado domar no parecen estar tan controladas en una sociedad que precisamente nació para garantizar protección y seguridad, y que, por el contrario, ofrece a los seres humanos unas herramientas cada vez más sofisticadas para amenazar la propia convivencia. Sin hacer concesiones a la esperanza, *El malestar en la cultura* es un lúcido ejercicio de comprensión del mundo que nos rodea.

# BIBLIOGRAFÍA

## OBRAS DE FREUD

---

Entre 1953 y 1975, James Strachey y Anna Freud supervisaron la traducción al inglés de todos los escritos de Sigmund Freud. La obra, conocida como *Standard Edition* y compuesta de 24 volúmenes, sirvió como referencia para la versión que, del alemán, preparó José Luis Etcheverry para la editorial Amorrortu y que se publicó entre 1976 y 1980.

No obstante, existen ediciones más asequibles de algunos títulos, entre las que destacan las publicadas por Alianza Editorial, que —a diferencia de otras— agrupan los distintos escritos en volúmenes temáticos, como puede verse a continuación:

*Autobiografía. Historia del movimiento psicoanalítico* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*El chiste y su relación con lo inconsciente* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*El malestar en la cultura* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*El yo y el ello y otros ensayos de metapsicología* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres y Ramón Rey Ardid).

*Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*Escritos sobre la histeria* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres y Ramón Rey Ardid).

*Esquema del psicoanálisis y otros escritos de doctrina psicoanalítica* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres y Ramón Rey Ardid).

*Introducción al narcisismo y otros ensayos* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres y Ramón Rey Ardid).

*Introducción al psicoanálisis* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*La histeria* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*La interpretación de los sueños* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*Moisés y la religión monoteísta* (traducción de Ramón Rey Ardid).

*Los orígenes del psicoanálisis* (traducción de Ramón Rey Ardid).

*Moisés y la religión monoteísta* (traducción de Ramón Rey Ardid).

*Nuevas aportaciones a la interpretación de los sueños* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres y Ramón Rey Ardid).

*Paranoia y neurosis obsesiva* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*Psicoanálisis aplicado y técnica psicoanalítica* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*Psicoanálisis del arte* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*Psicología de las masas* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*Psicopatología de la vida cotidiana* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*Sexualidad infantil y neurosis* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*Tótem y tabú* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres).

*Tres ensayos sobre teoría sexual y otros escritos* (traducción de Luis López-Ballesteros de Torres y Ramón Rey Ardid).

## COLECCIONES EPISTOLARES

---

Freud, Sigmund, *Cartas a sus hijos*. Barcelona: Paidós, 2013.

– y Freud, Anna, *Correspondencia*. Barcelona: Paidós, 2013.

– y Jung, Carl-Gustav, *Correspondencia*. Madrid: Trotta, 2012.



---

**TEXTOS SOBRE FREUD**

---

Gay, Peter, *Un judío sin dios. Freud, el ateísmo y la construcción del psicoanálisis*. Buenos Aires: Ada Korn Editora, 1994.

—, *Freud*. Barcelona: Paidós, 2010.

Jung, Carl-Gustav, *Freud y el psicoanálisis*. Madrid: Trotta, 2000.

Neu, Jerome, *Guía de Freud*. Madrid: Akal, 2003.

Nicholi, Armand M., *La cuestión de Dios: C. S. Lewis y Sigmund Freud debaten acerca de Dios, el amor, el sexo y el sentido de la vida*. Madrid: Rialp, 2004.

Onfray, Michel, *Freud: el crepúsculo de un ídolo*. Barcelona: Penguin Random House, 2011.

Zeig, Stefan, *La curación por el espíritu: Mesmer, Baker-Eddy, Freud*. Barcelona: Acantilado, 2006.

---

**EL MUNDO VIENÉS**

---

Gay, Peter, *La cultura de Weimar*. Barcelona: Paidós, 2011.

Jonhston, William M., *El genio austrohúngaro. Historia social e intelectual (1848-1938)*. Oviedo: KKK Ediciones, 2009.

Schorske, Carl Emil, *La Viena de fin de siglo*. Madrid: Siglo XXI, 2011.

Taylor, Alan John Percivale, *La monarquía de los Habsburgo (1809-1918)*. Barcelona: Crítica, 1992.

Zeig, Stefan, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. Barcelona: Acantilado, 2002.



# COMITÉ CIENTÍFICO INTERNACIONAL

---

## **ANNA GIARDINI**

---

Psicóloga y psicoterapeuta de orientación cognitiva, socia de la Sociedad Italiana de Terapia Cognitivo-Conductual (SITCC), desde 1997 trabaja en el Servicio de Psicología del Instituto Científico de Montescano - Fundación S. Maugeri IRCCS. Desarrolla su actividad clínica en Pavia, en cuya universidad es profesora adjunta. Ha impartido conferencias sobre psicología de la salud y tanatología en algunas escuelas de psicoterapia de orientación cognitiva. Es autora de numerosas publicaciones sobre psicología de la salud de ámbito nacional e internacional.

---

## **ILARIA BAIARDINI**

---

Psicóloga y psicoterapeuta de orientación cognitiva, es socia ordinaria de la SITCC. Doctorada por la Universidad de Turín, desarrolla su actividad clínica en Alejandría y colabora con la Universidad de Génova en diversos proyectos de investigación y divulgación científicas. Es autora de numerosas publicaciones sobre psicología de la salud de ámbito nacional e internacional.

---

## **BARBARA CACCIOLA**

---

Psicóloga y psicoterapeuta cognitivo-constructivista, es socia correspondiente de la SITCC. Desarrolla su actividad clínica con adultos, niños y adolescentes en Pavia, Lodi y Piacenza (y, más en concreto, en los centros de Associazione Omega, Psicología Lodigiana y Psychoarea, respectivamente). Se ocupa de las intervenciones de diagnóstico y rehabilitación



de trastornos específicos del aprendizaje (TEA) y forma parte del Circle of Security Parenting (COS-P), un programa de intervención en apoyo de los padres.

---

### MARINA MAFFONI

---

Licenciada *summa cum laude* en psicología por la Universidad de Pavía en 2015, vive entre esta ciudad y la provincia de Piacenza. Entre su obra cuenta con la novela *Nel vuoto che ho in me*, publicada en 2009 con Berti Editore, así como con diversos textos en prosa y verso en antologías de concursos literarios nacionales e internacionales.

---

### LAURA RANZINI

---

Licenciada *summa cum laude* en psicología, dirección experimental y neurociencias cognitivas en la Universidad de Pavía en 2014, vive en Vigevano. Ha completado su formación en los campos de la psicología de la salud y la neuropsicología. Estudiante de postgrado en psicoterapia cognitiva, trabaja como profesional independiente atendiendo a adultos, adolescentes y niños en Vigevano, Pavía y Voghera, donde se ocupa del diagnóstico neuropsicológico, la rehabilitación y la estimulación cognitiva.

---

### FRANCESCA SICURO

---

Psicóloga y psicoterapeuta de orientación cognitiva y socia de la SITCC, trabaja en Turín como profesional independiente, donde se ha especializado en la psicoterapia individual del adulto y el apoyo a las personas con discapacidades cognitivas. Asimismo, trabaja como especialista en neuropsicología en una residencia de ancianos e imparte cursos de formación sobre métodos de educación, acogida y atención a las personas con discapacidad.

.....

Nacido en el corazón del esplendoroso y contradictorio Imperio austrohúngaro, testigo del ocaso de la *Belle Époque* y de las masacres de la Primera Guerra Mundial y exiliado durante sus últimos días en el Reino Unido para evitar la persecución del nacionalsocialismo, Sigmund Freud es una de las figuras más importantes del pensamiento contemporáneo.

A partir de la búsqueda de nuevas terapias para las enfermedades mentales, el padre del psicoanálisis exploró, como si de un arqueólogo se tratase, los abismos del inconsciente y la estructura de la mente; se preguntó por la naturaleza de los sueños y los lapsus y desafió la moral de su época interrogándose por la sexualidad y su influencia en nuestro equilibrio psíquico.

Hoy, su extensa producción intelectual —muy cuestionada, pero de incalculable valor científico— nos ofrece la posibilidad de acometer una impresionante aventura cultural a través de territorios tan fascinantes como el psicoanálisis, la psicopatología, el arte, la mitología, la literatura, la historia o la sociología.

.....